

[illegible]

EL
AYUNTAMIENTO
DE
ZARAGOZA

ZARAGOZA Y SU PROVINCIA

POR ANTONIO BELTRAN

Las personas somos el resultado de nuestra pequeña e íntima historia. Y aunque cuando nos conocen o conocemos a los demás —en la urgente realidad del aquí y ahora—, se han sepultado los seres que fuimos, no por ello desaparece y se esfuma la fuente genética y el manantial de la crónica doméstica que ha constituido nuestro devenir.

La ciudad, lo mismo que la persona, es también una consecuencia. No aparece insólita, en un determinado instante, para sorprender el paisaje, sino que la conforman los días, los años, los siglos, hasta llegar a ser parte de ese paisaje.

En este libro hay un acercamiento entre cariñoso y científico hacia la personalidad de Zaragoza. Y por eso se bucea en su infancia, se explora a través de las profundidades medias, se extraen costumbres, datos y tradiciones para contemplarla desde la superficie, en esa cota cero que es nuestro presente.

Ese muro secular, esos letreros de tendería, esa araña de cables que conducen energía, o el perfil de un terreno convertido en parque, o un puente que se transformó para cabalgar más seguro sobre el río, o una calle que devoró huerta a través del alquitrán depredador, cualquier detalle que aparece ante nuestros ojos o que intuimos comprender es siempre una consecuencia de acciones anteriores, del quehacer de los ciudadanos, que, como en todas las empresas humanas, danza entre miserias y grandezas.

Pero conocer es amar. Y se ama más intensamente aquello que mejor se conoce.

Muchas veces, en el regreso de un viaje, cuando el automóvil remonta los duros repechos de La Muela y aparece, de repente, allá al fondo, la ciudad, me he preguntado sobre su destino. Porque la «inmortalidad» del escudo ni es fanfarronería ni falta de raciocinio: es una querida esperanza. Y cuando se vuelve —a la ciudad, a las personas, a las cosas— es cuando éstas adquieren la importancia que tienen para nosotros.

Ojalá que este libro pueda servir para acrecentar el amor a Zaragoza y para subrayar que con nuestro trabajo conformamos el destino de lo que será la ciudad mañana...

MIGUEL MERINO PINEDO

Alcalde de Zaragoza



A
CESAR AUGUSTO
QUE DIO A ESTA CIUDAD
NOMBRE ETERNO



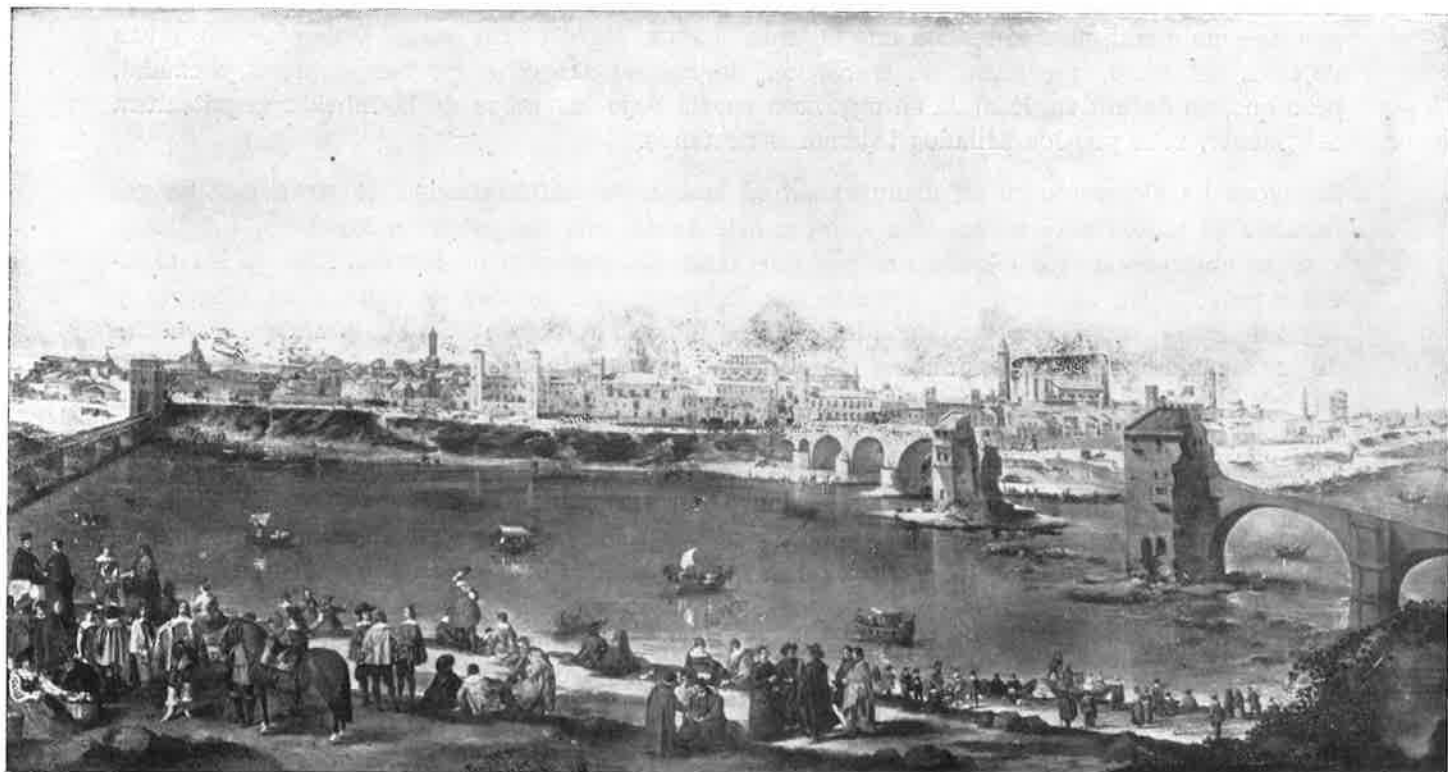
ARAGOZA es la ciudad dueña y vigía del río Ebro, cuyas aguas trazaron, desde antes de la Historia, el camino multiseccular recorrido por todos los pueblos llegados al cuadrante noreste de la Península. Y en su centro, allí donde el Gállego y el Huerva vienen a cederle sus aguas, poco después de que le haya hecho análoga ofrenda el impetuoso Jalón, se alza la vieja Zaragoza, casi veinte veces secular, ciudad de las cuatro culturas. Cabeza de puente, señora del valle, novia del cierzo que la bate incesantemente, violento y benéfico; Zaragoza es una necesidad geográfica y una creación humana exigida por la fuerza de los hilos indestructibles del devenir histórico. Existe porque es forzoso que así fuera y en el lugar que la geopolítica decidió. El vigoroso estatismo del Puente de Piedra es el símbolo de la ciudad; muchas veces arrastrado por la fuerza de la corriente y otras tantas reconstruido por los hombres, tenazmente, con una pujanza mayor, logra al fin peinar y sujetar las aguas volubles del Ebro, que pasa, sin transición, de manso arroyo a río tempestuoso y caudal, pero que, en definitiva, humilla su orgullosa cerviz bajo los arcos de la híbrida arquitectura del puente, rota por los afilados tajamares romanos.

Zaragoza ha alcanzado en su madurez actual la cabeza del viejo reino de Aragón y ha gobernado su pulso; pero no ha sido siempre así. Antes, con los primeros hombres, fue hosca terraza abierta a todos los vientos, por donde un día pasearon su heroica miseria los cazadores paleolíticos, al borde del inmenso río. Después, éste moldeó el valle a su albedrío y abrió, amorosamente, el solar donde habría de fundarse la ibérica Salduba, perdida en la noche de los tiempos, sin que conociéramos de ella más que su capacidad económica que le permitió acuñar moneda, en cuyo bronce campeaba, gallardamente, el jinete de los iberos. Mientras tanto, y aun antes, gentes del centro de Europa asomaban a España por los pasos del Pirineo y, desde el siglo IX a. de J. C., se derramaban, con una nueva cultura, por el fácil camino del Ebro, para fundir un nuevo ingrediente humano en el generoso crisol de estas tierras nuestras. La arqueología resucita sus viejos poblados extranjeros, como el que alza sus ruinas en el Cabezo de Monleón, cerca de Caspe, donde el Ebro ve atajado su curso fácil por la barrera montañosa catalana; el Roquizal del Rullo, en Fabara; los Castellazos, en Mediana, o el Cabezo Chinchón, en La Almunia, muestran la ancha vigencia de estas gentes indoeuropeas en la cuenca. Lo ibérico cobra fuerza y las monedas y el bronce escrito de Botorrita lo atestiguan.

Algunos siglos después, Roma se acercaba a las orillas del Ebro y otorgaba a su valle el valor de base de operaciones contra el valle del Jalón y la Meseta, la confianza de centro de

su retaguardia y la seguridad de punto de arranque de sus caminos militares. La situación estratégica de la modesta ciudad ibérica fortificada de Salduba no podía pasar inadvertida a los hábiles ingenieros y administradores romanos, quienes, un buen día del año 24 a. de Jesucristo, asentaban sobre el villorrio indígena a los veteranos de las legiones IV, VI y X, que terminaban de debelar la indómita resistencia de los astures y cántabros y que dieron a la nueva ciudad el nombre de Colonia Caesaraugusta, en honor de Octavio, pacificador de Hispania.

La ciudad de las cuatro culturas dejaba, con dos nombres, dos épocas atrás: la de Salduba y la de Caesaraugusta. Así nació Zaragoza, como ciudad de paz, en estratégica situación, destinada, para siempre, a regir una extensa comarca. La huella de la urbe romana, populosa y rica, con más de 30.000 pobladores, está aún viva en la ciudad moderna, y sus entrañas han devuelto a la curiosidad y al afecto de los hombres de hoy, joyas de arte en forma de estatuas y de mosaicos, de sarcófagos y de cerámicas y de pedazos vivos de historia, entrañables tes-



Velázquez y Mazo: «Vista de Zaragoza». (Museo del Prado).

timonios humanos de una vida pacífica y floreciente. La opulenta Caesaraugusta erigía edificios y puertas monumentales, un teatro intramuros del que sólo las estructuras inferiores quedan, estatuas a los soberanos en el lujoso foro y, segura de sí misma, se extendía por las zonas extramuros en quintas de recreo adornadas con fuentes y jardines.

En la paz, el puente ya no necesita de cuidadores, las gentes trafican afanosamente por las calzadas que van a Osca o a Benearnum, a Emerita o a Tarraco. Y, junto al puente, un puerto fluvial sujeta las aguas del río a la servidumbre comercial y las barcas hacen llegar desde el mar a la urbe, y más arriba, hasta Varea, donde hoy está Logroño, mercancías y productos de la tierra.

Más de trescientos años de paz debilitaron el templado espíritu de los romanos de Hispania, que contemplaron con pavor la llegada asoladora de los pueblos germánicos en el siglo III, que, aun rechazados, eran el aviso de que inquietos tiempos e insospechadas catástrofes se avecinaban. Y a toda prisa, Caesaraugusta levantó de nuevo sus caídas murallas, convirtiendo en sillares para sus muros trozos de columna precipitadamente allegados; la ciudad se encerró con su miedo dentro de un nuevo recinto, del que aún hemos podido resucitar restos muy patentes.

Sigue su curso la vida de la ciudad romana, y el cristianismo, cantado por el poeta caesaraugustano Aurelio Prudencio Clemente en himnos encendidos de fe y de amor, dejaba aquí en el siglo IV, la perfumada tradición de sus mártires famosos e innumerables, y bellísimos sarcófagos constantinianos en la cripta de Santa Engracia. Y aún más: antes, Zaragoza se veía distinguida con la aparición de Nuestra Señora, en carne mortal, a orillas del Ebro y junto al puente, al apóstol Santiago, el 2 de enero del año 40. Sobre la columna donde asentara sus pies nacieron templos y, con tan seguro pilar como cimiento, la Virgen fue raíz esencial y profunda de Zaragoza y de Aragón, fe de España y devoción predilecta de la Hispanidad y del universo católico.

Pero el mundo romano iba a desmoronarse ante el empuje de pueblos jóvenes y nuevos, que destruían unas fórmulas artísticas, administrativas y políticas que admiraban y que intentaban imitar. Ni su violencia, ni las injurias del tiempo y de los hombres, han logrado borrar la huella inmarcesible de Roma, presente en las comarcas zaragozanas, que conservan restos de carreteras y de puentes, de templos y mausoleos, de trofeos y palacios. Hablen y sean testigos las ruinas de grandes ciudades como Bilibis, patria del poeta Marcial, celtíbero en Roma, en quien podemos encontrar ya muchos rasgos del futuro aragonés; o las grandes murallas de Belmonte, donde se fraguó la heroica ocasión de la destrucción de Numancia; o la rica Celsa, antecesora de Zaragoza, dueña de un puente de piedra, en la actual Velilla de Ebro; o las termas y acueductos de los Bañales de Uncastillo, cuyas tierras secas recibían el agua por obra de los hombres, tal como casi dos mil años después volverá a suceder; y los panteones y mausoleos de Fabara, Caspe, Chiprana y Sádaba. Despoblados y vestigios que

pregonan el incesante hacer y deshacer de la historia y de los hombres y, al mismo tiempo, lo hermoso de una política de salvamento y restauración recientemente emprendida.

Caesaraugusta sigue viviendo, y, visigoda, soportó el sitio de los francos, en tiempos de Teudis, y de los vascos inquietos, cuando Wamba. Aunque, fiel a su papel de ciudad de la paz y sede de la cultura, haga nacer los trabajos de San Braulio, prez de su Iglesia y perla de la escuela isidoriana.

En el siglo VIII, nuevas gentes y culturas nuevas llegaron hasta el centro del Ebro con los árabes y bereberes norteafricanos, que la hicieron teatro de algaradas y contiendas. La ciudad de las cuatro culturas está entrando en la tercera de ellas; ante los muros de Medina Sarrakosta, su nuevo nombre, había de iniciarse la huida de Carlomagno, que terminaría en la derrota de Roncesvalles, llorada por los poetas. El poderío y la personalidad de la ciudad habría de ponerse nuevamente de manifiesto cuando, disuelto el califato cordobés en sus propios defectos, se alzó en 1039 la Taifa zaragozana bajo la poderosa familia de los Beni Hud. Su genio arquitectónico se nos ha revelado en la Aljafería, fortaleza y palacio que son lo más importante de su tiempo y naciendo ahora de nuevo, al brotar de las paredes del viejo cuartel yesserías, atauriques, arcos, capiteles y pinturas; la Aljafería es el símbolo de una herencia de ruinas, amorosamente restituídas a su belleza y a su gloria.

Ya Aragón está a punto de nacer y a Zaragoza, en su cuarta cultura, la cristiana, va a caberle la honrosa tarea de ser capital del reino. Primero, en el siglo IX, los montañeses, desde el alto valle del río Aragón, que iba a dar nombre a sus conquistas, sentaban las bases de un condado, pobre y exiguo, entre los valles del Roncal y de Gistáin y al Norte de Sierra Guara; después, los reyes caudillos, Sancho Ramírez y Pedro I, harían posibles los fantásticos saltos guerreros de Alfonso I Sánchez, el Batallador, quien, no contento con ganar a los moros Ejea y Tazona, Borja, Calatayud y Daroca, tomaba Zaragoza en 1118, consagraba como catedral de La Seo la mezquita mayor y, en aventura caballeresca, llevaba las tropas aragonesas hasta los muros de Almería. Los zaragozanos han recordado a su rey con una colosal estatua en los altos del Cabezo de Buenavista y en la más popular de sus calles.

Ya ha nacido un Aragón potente que llevará la empresa de la Reconquista hasta las tierras de Valencia, de Mallorca y de Murcia, y la destreza de sus naves hasta el Mediterráneo oriental; que inventará un nuevo estilo en las libertades políticas con los fueros, las cortes y la institución del Justicia Mayor; y que asombrará al mundo en el Compromiso de Caspe, resolviendo la sucesión al trono vacante de Martín el Humano por medio de pacíficas conversaciones de santos y de sabios, en vez de recurrir, según era uso, al cruel fragor de las armas. San Vicente Ferrer dejará sus recuerdos en Caspe y su nombre nos evocará la tenacidad del Papa Luna, mantenido en sus trece y encastillado en Peñíscola hasta el final del cisma de Occidente.





Aljafería: Artesonado
del primer salón (1492).

Esta es la época del recio y fervoroso arte románico de las Cinco Villas, de Luna, de Muriillo, de Daroca o Zaragoza; de los monasterios cistercienses de Rueda, cerca del terroso Ebro, o de Veruela, en el limpio ambiente de las estribaciones del Moncayo. En Zaragoza, bellísimas estatuas y relieves han resucitado la catedral cristiana que se edificó sobre la mezquita y un pequeño templo románico albergó a Santa María del Pilar, como un tímpano encajado en la fachada del templo moderno los recuerda. Es el tiempo de las peregrinaciones a Santiago de Compostela, cuyo camino se acercaba a Aragón.

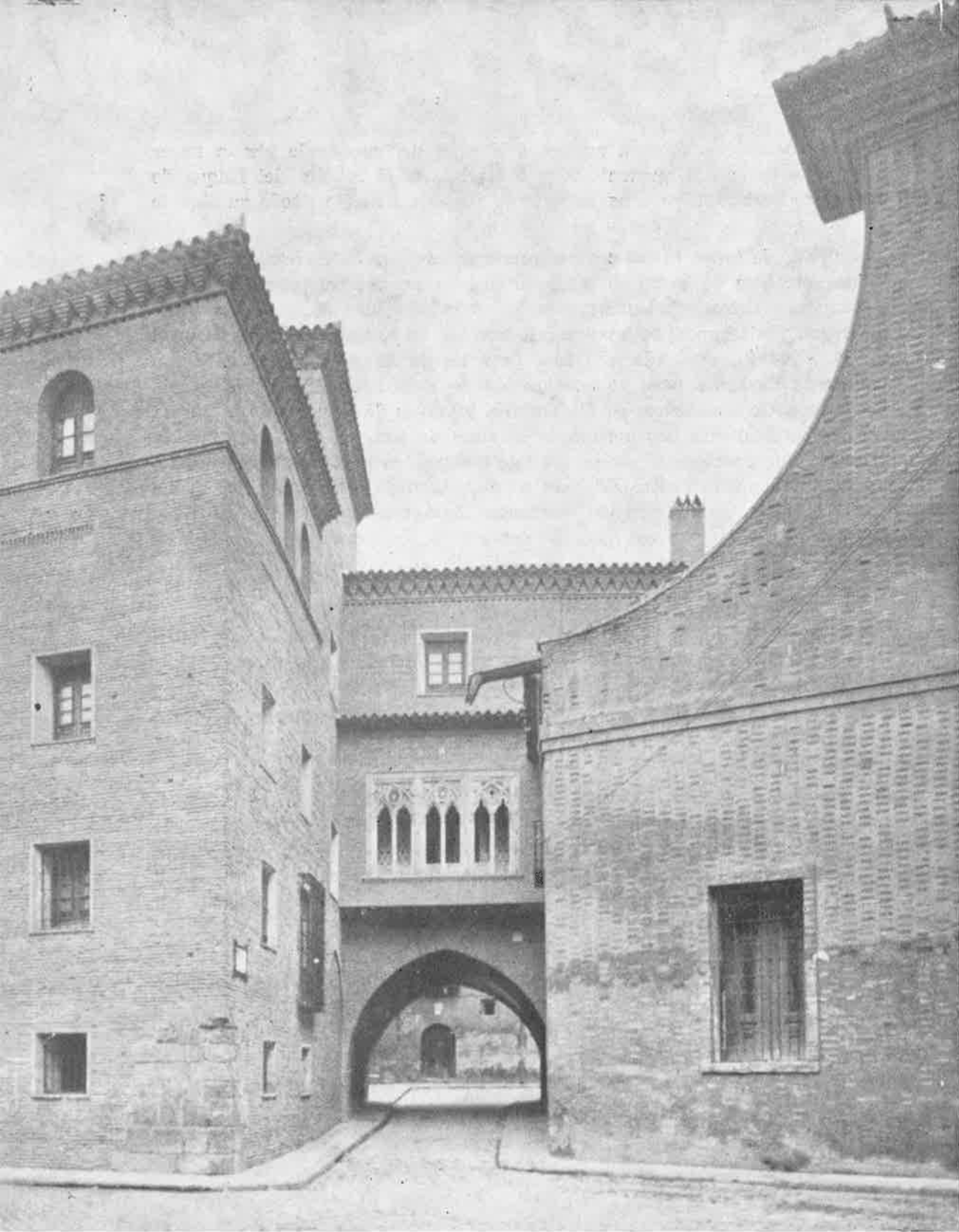
Pero Zaragoza y su valle, colmado de aluviones arcillosos, carecen de piedra, su barro ofrece la baratura ingrata del adobe y del ladrillo y parece que, con tan deleznable materia, los edificios contruidos habrían de resultar míseros, sin gracia ni personalidad. Y, no obstante, la conquista que las armas cristianas hicieron de las tierras y de las gentes que habían sido moras, incorporó al arte español la destreza de los alarifes mudéjares, que tejieron los muros de ladrillo con la finura del encaje, patente en las bellas torres de Zaragoza y de su provincia: torres robustas, macizas y viriles como las de Tauste y Calatayud, o finas como la de Utebo, llena de gracia y viveza; o la gran sinfonía de las iglesias de la capital, dirigida un día por la Torre Nueva —neciamente derribada— y hoy por el soberbio octógono de San Pablo, a quien hacen coro San Miguel, San Gil y la Magdalena, sobre el cañamazo delicioso del muro de los Luna y de la cúpula de los mozárabes de la Parroquieta, en la formidable catedral de La Seo. Nacerán entonces ciudades monumentales zaragozanas a caballo del mudéjar y del gótico. Nombres árabes designaron a Calat Ayub y Almuniat; explotaciones agrícolas de huerta crearán el tipo de «torre» y el regadío; Ateca, Calatayud, Daroca, Borja, La Almunia y Caspe separarán la horticultura de la ganadería, darán origen al abono y al «fematero», y nacerán los industriuosos oficios de tejedores, sastres, sogueros, esparteñeros, caldereros, herreros y ceramistas, todos moriscos y habitantes de los valles. Y serán opulentas Calatayud, con sus torres, sus iglesias y sus caserones, clavada sobre el turbulento Jalón; y Tarazona, defendida desde la fortaleza ibérica de la vieja Turiaso hasta las mansas aguas del Queiles; Daroca, ceñida de altas murallas, rica en joyas arquitectónicas y guardiana de los Santos Corporales, sagrario de uno de los milagros eucarísticos más famosos del orbe; y Sos del Rey Católico, aun hoy ciudad medieval casi intacta, donde vino a ocurrir un hecho que lograría hacer cambiar la faz de España: allí, el día 10 de marzo de 1452, en la casa palacio de los Sada, nacería un niño que había de hacer, con el tiempo, de Aragón, el varón en el matrimonio de las Españas, como el mismo rey Fernando dijo.

Y con los Reyes Católicos, Zaragoza, ciudad entonces de 4.000 almas, se convierte en cabeza de la patria, alcázar, palacio y corte en las regias estancias de la Aljafería, donde nacen artesonados dorados e inscripciones áulicas que producen pasmo y deslumbramiento; con iglesia en la catedral de La Seo, escenario de las Cortes, que ahora, destruido el románico, mostrará la suprema belleza del altar mayor y de las cuadradas naves sostenidas por columnas que forman un bosque de pétreas palmeras.

Más tarde, este Aragón fuerte y seguro, apoyado en la reciedumbre de sus castillos, recuerdo de unas luchas que se extinguieron —Uncastillo, Sádaba, Mesones de Isuela, Rueda de Jalón—, irá perdiendo sus libertades de grado o por fuerza, cedidas en favor de la unidad y del poder de España, y vivirá al compás de los tiempos, edificando en Zaragoza el perdido monasterio de Santa Engracia, con los retratos de Fernando e Isabel en la plateresca fachada, de cuya gentileza aún nos gozamos. Su prosperidad económica necesitará de la Lonja de mercaderes, dedicada a doña Juana y don Carlos y al príncipe Felipe, joya del Renacimiento español e índice, como templo de los comerciantes, del peso de Zaragoza en la economía española. La nobleza se hará palaciega y edificará en la capital mansiones señoriales, con estilo propio, como la casa de la Maestranza o la Audiencia, antiguo palacio de los Luna, raros supervivientes, con algún otro ejemplo, de un importante conjunto sistemáticamente maltratado y destruido. Esta es la Zaragoza rica y poderosa que nos refleja, asomada al Ebro, con el puente roto, el lienzo de Velázquez y Juan Bautista del Mazo, en el Museo del Prado.

Y así, la Zaragoza de los Austrias, renacentista y aun mudéjar, a quien el arquero Cook, que la visitó incluido en el séquito de Felipe II, llamaba «la harta», iba ganando en opulencia y poderío, que sólo habrían de terminar en el siglo XIX, cuando quiso inmolarsse en el altar de la patria, en la más heroica resistencia que a la Historia le ha sido dado contemplar. Antes se habían levantado las joyas barrocas de San Carlos, en la antigua judería, y de San Cayetano, y ornaban la ciudad el señorío de los palacios de Argillo y Sástago, mientras Claudio Coello cubría con frescos las bóvedas de la Mantería y San Juan de los Panetes, con su gracia pueblerina, dejaba en pie su torrecilla inclinada. La Zaragoza morisca se empobrecía con la expulsión de más de 64.000 moriscos, horticultores, artesanos, alarifes y ceramistas. El despoblamiento se corrige trabajosamente y, apenas restaurado, el esplendor de Zaragoza se derrumba porque sus hombres antepusieron el honor a las ventajas materiales, y en sus dos Sitios por los ejércitos napoleónicos, Palafox, la condesa de Bureta, Boggiero, el tío Jorge o Manuela Sancho, no fueron sino el símbolo del heroísmo colectivo de una ciudad de cincuenta mil almas. Zaragoza, arrasada, con sus más importantes monumentos en ruinas, y con otros mutilados por gloriosas heridas, muestra a los atónitos ojos del mundo la Puerta del Carmen, síntesis de lo pequeño y endeble de los muros y de lo inmenso y recio de los pechos que de continuo habían de suplirlos y de taponar sus brechas. El Portillo, un día campo de feroz batalla, es hoy mausoleo de las heroínas de aquellos días. El reducto del Pilar, donde una cartela decía: «Zaragozanos, por la Virgen del Pilar, vencer o morir», tiene hoy un monumento erigido a los anónimos héroes de nuestro pueblo. La ciudad entera, protagonista y testigo de esta gesta impar, iba a tener un cronista excepcional de estos hechos con los que España abrió la Edad contemporánea.

Don Francisco de Goya y Lucientes, nacido en la pobreza rural de Fuendetodos para asombrar al arte con el vigor y la novedad de su paleta, abrió, con la magia de su genio, un tiempo



Arco del Deán.

para cerrar otro en la historia de la pintura universal. En las tierras que le vieron nacer quedan no pocos testimonios de su arte portentoso, y bastaría con el retrato del Duque de San Carlos, en el Museo de Zaragoza, para asegurar a su autor la fama que toda su obra le ha conferido.

Zaragoza tiene que resucitar de tanta ruina, costoso precio de la gloria. Tímidamente sale de su casco romano a los arrabales de San Pablo, creado en los tiempos medios por los labradores que desde sus alquerías salían con los carros a las ubérrimas huertas, y de las Tene-rías, poblado por marineros y artesanos; se añaden las «torres» de recreo, que alcanzarán el monte por ella llamado Torrero, cruzando el Canal Imperial de Aragón, que el canónigo Pignatelli hizo llegar hasta Zaragoza para convencimiento de incrédulos. Un día la gracia decimonónica del paseo de la Independencia se desbordaría a través de la verja de la puerta de Santa Engracia y crearía la delicia provinciana de la plaza de Aragón. Otro, de 1908, la exposición hispano-francesa de conmemoración de los Sitios abriría la plaza de José Antonio, nobles edificios y un barrio completo dentro del más correcto sentido urbanístico. Y, en los últimos lustros, ante el asombro de sus propios habitantes, Zaragoza duplica su población y extiende sus calles y sus casas hasta lugares que sólo como meta de largas excursiones imaginaban los zaragozanos de 1936. La nueva ciudad se configura en barrios y ensanches; las avenidas de Fernando el Católico y de su esposa Isabel se lanzan camino de Valencia; el bellísimo parque, un día empresa de visionario, se muestra como una de las más fecundas iniciativas edilicias de Zaragoza y se puebla de jardines y fuentes, de estatuas y museos y edificios deportivos. Las orillas del Canal y del Ebro se urbanizan; se trazan amplias avenidas, como la de la Independencia o la de Pamplona; se termina la gran avenida de Goya sobre el cubierto ferrocarril que antes dividía la ciudad; se construyen puentes para cruzar el Ebro y el Huerva o pasos inferiores que salven el peligro del ferrocarril; se gastan millones en salvar y restaurar monumentos.

Los casi 500.000 habitantes de Zaragoza, su situación en el centro de un cuadrante de España, su historia y sus monumentos, pero, sobre todo, su rotunda voluntad de futuro, postulan para ella vigencia ineludible e infinita. Ciudad en la que la Universidad, la Milicia y la Iglesia imprimen carácter; en que la industria, la agricultura y el comercio aseguran la fecundidad de los esfuerzos, plantea su vida con seguridad en el presente, apoyo firme en el pasado y esperanza optimista en el porvenir.

En 1964 se ha centrado en Zaragoza un polo de desarrollo de su industria, acontecimiento sin duda el más importante de toda su historia económica. La tierra ofrece pródiga el calor de sus vides y de sus vinos en el dilatado campo de Cariñena, en Calatorao y en Borja; las vides trepan hasta las empinadas sierras de Paniza y, desde allí, se emparejan con las tierras blancas del cereal, ubérrimos graneros cuando no les falta la bendición de las aguas del cielo, concedidas tantas veces con penuria a las sedientas labores; en el Jalón y el Jiloca, en el



Calle de la antigua
Zaragoza. (Grabado
antiguo.)

Ebro y el Gállego, las sabrosísimas y deliciosas verduras hacen figurar a Zaragoza, con ventaja, en el mapa agrícola español.

La historia de la agricultura en la depresión del Ebro está en el proceso de deforestación, en la roturación de las tierras y, sobre todo, en la conquista del agua. Viejos intentos que tratan de combatir la aridez con acequias y canales, no son sino el lejano precedente de la política que se inicia con timidez, en 1926, con la creación de la Confederación Hidrográfica del Ebro y que está llevando a que no se diluya estérilmente en el mar el agua de los ríos aragoneses; han surgido presas y canales, pantanos y acequias, y los ojos reventando en lágrimas de los labradores de las Cinco Villas y de los Monegros, de la Violada y de las Bardenas han visto correr el agua por primera vez, por arroyos artificiales que llevan a las entrañas de las tierras, multisecularmente resacas, la vida y la prosperidad. Al conjuro de la canción de las acequias han brotado árboles, se han repoblado montes, se han nivelado tierras y han nacido pueblos





Torreón de la Zuda y murallas romanas del siglo III,
junto a San Juan de los Panetes.



Interior de La Seo.

nuevos en los viejos yermos, pueblos limpios y alegres, afanosos en su tarea de hacer de las piedras pan y de ganar para España estériles y pedregosos desiertos...

En una provincia tradicionalmente campesina y continental, con producciones primarias mediterráneas —pan, vino, aceite, sal—, la industria gana sus batallas, y el nivel de vida se eleva con una fuerza inesperada, reflejada en la intensidad bursátil y en las copiosas relaciones de Zaragoza, quinta ciudad de España, con una extensa área circular de doscientos kilómetros de radio.

Si la Historia, el Arte y la Economía señalan la importancia de Zaragoza y de su provincia, su privilegiada situación en las rutas españolas complementa los atractivos que la han convertido en importante centro turístico. A lo largo del triángulo que forman los límites provinciales pueden hallarse los más absolutos contrastes; valores positivos son la luminosidad y claridad del cielo, la riqueza cromática de los paisajes, los horizontes infinitos de las tierras áridas y todo un tesoro de peculiaridades desconocidas en los pueblos escondidos o aun en aquellos que la prisa moderna no deja reposo para contemplar. Junto a esto, todas las exigencias del turismo internacional, hostelería, comunicaciones, campings, en itinerarios cómodos y de rápida visita. Y, desde un punto de vista especializado, la atracción religiosa de Zaragoza, la de los balnearios de la cuenca del Jalón para el turismo doliente, la proximidad al Pirineo y la fraternidad con las comarcas de Olorón y Pau, completan estas posibilidades.

Para quienes pongan su atención no sólo en las tierras, los paisajes y los monumentos, sino también en el factor humano, la provincia de Zaragoza está en el nudo de un proceso interesante de la actuación de lo montañoso sobre el fondo de los valles y de sus poblaciones. Desde la Reconquista, gentes del Pirineo, berneses, gascones y navarros, frugales y duros, buscaron la riqueza de las ciudades artesanas y hortícolas; y, periódicamente, esta arribada de montañeses se ha ido repitiendo. De esta suerte, en el crisol del valle del Ebro se han ido vertiendo tipos humanos y elementos culturales de origen muy diverso y se ha ido macizando un tipo abierto, emprendedor, lleno de buen juicio y con gran capacidad política. Tópicamente se aplicarán los mismos conceptos a todo Aragón, aunque éste diste mucho de formar una unidad geográfica o étnica y deba ser considerado como una entidad histórica y política. A Zaragoza le ha correspondido, indudablemente, la ordenación de esos factores histórico-políticos y las zonas marginales de la provincia atraerán a las vecinas, salvo en la comarca de Maella a Mequinenza. El contacto con Castilla hará que, históricamente, el aragonés reciba el habla castellana, atenuada por aragonesismos copiosos, con particularidad idiomática en pueblos concretos aislados (Chiprana, La Almoldea), e influencia catalana en los límites de Tarragona y Lérida.

La literatura costumbrista del siglo XIX ha construido el tópico regional español y no pocas veces con carácter peyorativo. De hecho, las raíces de lo que suele llamarse carácter arago-

nés convienen bastante bien a todos los habitantes de la España seca mediterránea, cuya comunidad étnica es indudable. Es aceptable lo que el bilbilitano Gracián afirmaba, hablando de los aragoneses: «Gente buena, sin mentira, doblez o embeleco. Fuertes, discretos, reflexivos y sufridos». La vida agrícola, la dureza del clima y, a veces, la pobreza, forjan frugalidad, sobriedad y, si no producen un hombre chistoso, sí le confieren socarronería y agudeza. Madoz, que vivió muchos años en Zaragoza, otorgaba a sus hombres «vivacidad natural, imaginación penetrante y juicio sólido. Habla poco y defiende su opinión con firmeza, ensalza su país hasta la hipérbole, le enardece la menor contradicción, desconoce sus propios defectos y rara vez confiesa los de sus compatriotas. Altanería natural, aire serio, maneras frías, tono brusco, se corrigen con prudencia y reflexión, juicio sólido y sentimiento recto; atentos y comedidos...». Ciertamente que muchas de estas virtudes, exageradas, pueden originar la caricatura donde los caracteres son la tozudez, la nobleza y una cierta ingenuidad paleta. Julio Cejador explicaba así las virtudes del aragonés: «Jamás servil, amigo de la igualdad, franco y verídico, independiente y digno, hasta pasar por brusco y testarudo».

No es fácil presentar una provincia, como la de Zaragoza, con tantos elementos diversos y fundida, por otra parte, con Huesca y con Teruel en una serie de valores comunes, de los cuales el histórico es el más importante. De lo ya dicho y de cuanto sigue puede advertirse que Zaragoza tiene los rasgos esenciales de la España de hoy. Fuertemente tradicional, orgullosa de su historia, amante de lo propio sólo porque es suyo. Y, al mismo tiempo, abierta a todos los problemas del progreso, moviendo sus hombres desde el trabajo agrícola al industrial, cambiando la suciedad e incomodidad de los pueblos por limpieza y alegría, elevando al máximo el esfuerzo por fertilizar los campos y regarlos, crear industrias y exportar sus productos y ampliar la Universidad y los centros docentes y de formación profesional. Resucitando monumentos, fundando bibliotecas, protegiendo la investigación y defendiendo con mimo los elementos de la vida popular, el folklore, el vestido y la danza.

A quienes visiten Zaragoza, conociéndola o no; a quienes intenten desvelar su secreto a través de este libro, aconsejaremos que, antes de marcharse, antes de terminar su lectura, sacudan el impacto que les haya producido la historia, el arte, el ambiente, la prosperidad y el afanoso trabajo de las gentes, y lleguen, física o moralmente, hasta el camarín de la Virgen del Pilar. Allí verán una inmensa y reverente multitud desde la misa del alba, que cantan los «infanticos», hasta la noche; les verán orando y llorando, besando la columna que muestra la dureza de su piedra desgastada por la fuerza del amor y de los besos; y a los niños llegando hasta la Virgen para «ser pasados» por su manto; o simplemente confortando su espíritu en la paz de un templo singularísimo. Y así sentirán, con millones de católicos de todo el orbe, que Zaragoza es deudora a la providencia divina del más alto favor que una ciudad pudo recibir: Ser enteramente templo de la Virgen, que quiso venir a Zaragoza, en carne mortal, para alegría, fe y confortamiento de sus hijos.





La Imperial Ciud. de ZARAGOZA Metropoli del Reino, y Corona de ARAGON la fundo Tubal Año de 144. despues del diluvio. sobre las riberas del Ebro. Llamose antiquam^a Auripa, despues Salchiva; Y habiendola redificado y ampliado Cesar Augusto, la dio su nombre, y las armas q^a usa de un Leon coronado en campo rojo. El Empera^r D. Alonso el Batall^r la fece dt poder de los Sarrac^a año III8 dt naci^m de X^pto. Esta situada a los 18 grados, y 40 minutos de longitud, y 41 gr^a 48 min^a d^a latitud, es omeno paraíso, heneficiado de 4 Rios, Ebro, Xalon, Gallego, y la Huerva. Adornada sup^alugos Temp^a Pala^a, magnificos hermosas calles, delectables jor^a d^a fertiles Uegas frondosas. Alame^a y labodas torr^a su templado y benigno Clima la base fertil^a q^a pan, vino, aceite, carne av^a caz^a. Frutas, lana, y seda. Tiene Capitan Gene^a y una R^a Audiencia. Es suelo nativo d^a much^a Gr^a d^a España q^a la bautiza, Tit^a y Cavalteros Hijosdalgo. En lo sagrado es Singularmente favorecida dt Cielo, q^a la enriquecio con 6 Imag^a aparecidas de M^a S^a. La d^a N^a S^a d^a Pilar fue trubida por ministerio d^a Ange^a quando esta sober^a R^a viviendo.

En carne mortal aparecio a Santia^a, a las orillas del Ebro y le mando erigir a honra suia la Angelical Capilla en que oy se venera como primer templo d^a la Christian^a. La del Portillo aparecio con 5 Squadrones de Angeles en la rotura del Muro, y destruyó a los Sarrac^a, quando favorec^a d^a las linieblas d^a la noche dt sueno de la Crist^a. Centinelas abrieron brecha, para tomar la Ciu^a, por sorpresa. Las del Milagro, Cugullada Zarag^a, la Virgen, y Sagrada tienen obrados poder^a mila^a. Es Zarag^a, Madre de mu^a S^a, Pontif^a, y Confe^a y d^a innumer^a Martires que oy se veneran en Aras, Pozos y Calacumbas. Su Metropolitana tiene 6 Calbedrales sufraganeas, se compone de 13 Dignid^a, 29 Canonigos, 2 Capell^a, Rea^a y quantioso num^a d^a R^aciencia y Benf^a. Se han colbr^a en ella 3 Cona^a. Consta d^a 2: Parro^a, y d^a otras 3 Igle^a, una Capltular d^a N^a S^a del Portillo y 2 d^a la Relig^a, d^a S^a Juan. Esta illa trada con Tribu^a, d^a la Fey y Vuuerst^a, antiquiss^a con Calle^a, d^a led^a, Cien^a, y Jacut^a. Tiene 21 Cona^a d^a Relig^a, y 14 de Religiosos, 9 Coleg^a, y 14 Hospicios d^a Regul^a Hospitales, el d^a N^a S^a d^a Gracia es General Urbis Ex Orbis, 9 Seminarios, 3 para E^a studian^a d^a Philosophia y Teologia y 2 paragram^a, y 4 Cajjas d^a piedad para Mugeres.

HISTORIA EN CIFRAS DE ZARAGOZA

(a. de J. C.)

154-153

Belmonte, sobre el río Perejil, no lejos de Calatayud, conserva unas hermosas murallas ibero-romanas. Con el nombre de Segeda era ciudad de los belos e infringió el tratado con Graco, que prohibía fortificar las ciudades; el Senado romano intervino y la guerra entonces emprendida no terminó sino con la destrucción de Numancia y la pacificación de Celtiberia.

100.

Una pequeña ciudad ibérica, con nombre latinizado por Plinio en «Salduba», acuñaba moneda de bronce después del año 100 y antes del 45 a. de J. C., con un busto varonil y el jinete ibérico, y el nombre con letras ibéricas del primer poblado precursor de Zaragoza, situado quizá donde hoy está San Juan de los Panetes.

24.

Terminadas las guerras cántabras y pacificada Hispania, los veteranos de las legiones IV, VI y X fueron establecidos como colonos, por Octavio, a orillas del Ebro, sobre la ciudad ibérica de Salduba. Un puente de piedra, que venía a sustituir al de Celsa (Velilla de Ebro), tendrá como cabeza, en el solar que hoy ocupa el casco viejo de Zaragoza, a la colonia Caesaraugusta.

(d. de J. C.)

- 38-41.** Un primero de marzo de uno de dichos años nació en Bílbilis, cerro de Bámbola, cerca de Calatayud, Marco Valerio Marcial, poeta que llena la segunda mitad del siglo I con su duro gracejo hispánico y con su sátira despiadada. El año 64, famoso por el incendio neroniano de Roma, llegaba a la urbe. Hasta el 98 no regresará a sus añoradas tierras del valle del Jalón.
- 40.** Según antiguas y reiteradas tradiciones, el día 2 de enero del año 40, la Virgen se apareció al apóstol Santiago, junto al puente y el Ebro, en la romana Caesaraugusta, sobre un pétreo pilar.
- 348.** El gran lírico Aurelio Prudencio Clemente, cantor de los mártires, zaragozano o calagurritano, hizo de sus versos coronas para los mártires de la persecución de Diocleciano y Daciano («Peristefanon»). Santa Engracia e innumerables más fueron por él cantados. Se declaró «oveja del obispo Valerio» de Zaragoza y celebró esta ciudad como «lugar ameno y delicioso entre todos los de España e ilustre y floreciente por las sepulturas de santos y mártires».
- 380.** Reunidos en Zaragoza los obispos de España y de Aquitania, en el Primer Concilio Caesaraugustano, para luchar contra la herejía de Prisciliano, dictaron seis cánones el día 4 de octubre «en la sacristía de la iglesia caesaraugustana».
- 531.** Comienza a reinar Teudis y ha de hacer frente a una invasión de los francos, que se apoderaron de Pamplona y sitiaron Zaragoza, ciudad que no consiguieron tomar, siendo perseguidos por el monarca visigodo.
- 613-651.** En la época visigoda, San Isidoro y su escuela significaron la defensa de la cultura clásica y uno de los momentos más brillantes de la Historia de España. La ingente obra isidoriana, «Las Etimologías», fue confiada para su ordenación y corrección al discípulo predilecto, San Braulio, obispo de Zaragoza.
- 714.** En la primavera, las tropas de Muza ben Nusayr se presentaron ante Zaragoza, que modificó su nombre romano en Sarakosta, rindiéndose tras breve resistencia. La edina Albaida, ciudad blanca donde no entran las serpientes, según el Rawd-al-Mitar, era famosa por su fuente, sus murallas, sus huertas, las tumbas de sus santones y la mezquita mayor.

- 777.** El fabuloso emperador Carlomagno intervino en las luchas e intrigas de los príncipes árabes de Zaragoza, quienes ofrecieron entregarle la ciudad; la promesa no fue cumplida y el ejército carolingio en retirada fue derrotado en Roncesvalles, cantando la gesta los poetas.



- 1049-1081.** Abu Chafar Ahmed ben Suleiman Almoctadir Bilah, primer monarca de la potente familia de los Beni Hud, inauguró la taifa zaragozana con la construcción de uno de los más hermosos edificios de la España árabe, la Aljafería, rescatado ahora de sus ruinas.



- 1118.** Alfonso I el Batallador, con sus tropas de montañeses, berneses, gascones y navarros, conquistó Zaragoza. Antes se apoderó de Ejea de los Caballeros y poco después de Tarazona y Calatayud. Con sus almogávares llegará hasta las puertas de Almería y perfilará las directrices de la reconquista aragonesa hacia Teruel, Valencia y Baleares, realizadas más tarde.
- 1137.** Tiempos de turbaciones y debilidades en la monarquía aragonesa aconsejan urgentes soluciones. El matrimonio de doña Petronila, hija de Ramiro II el Monje, con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, abrirá a Aragón el camino del mar y la ruta de prósperas empresas.

Siglos XI-XIII. El ábside de La Seo de Zaragoza, San Esteban de Sos del Rey Católico, San Salvador de Ejea, San Gil de Luna, San Juan de Uncastillo y San Nicolás de El Frago, son la muestra del arte recio y sobrio del románico zaragozano, mezclado a veces con el mudéjar de ladrillo y formando una pieza con los hermosos ejemplares oscenses dentro de las corrientes europeas de la época.



- 1276.** Contraen nupcias en La Seo de Zaragoza Pedro III el Grande y Constanza de Suabia. La unión de los nobles contra el rey logra alcanzar el «Privilegio general» en las Cortes de Ejea y Tarazona, terminadas en Zaragoza. Una larga y enconada lucha comienza.



- 1348.** Pedro IV termina con la anarquía nobiliaria. La ocasión, la batalla de Epila, donde la Unión es derrotada. La tradición quiere que el rey rasgase el pergamino con un «puñalet»; pero realmente fue quemado en el refectorio del convento de Predicadores de Zaragoza, hasta hace poco Archivo del Ayuntamiento de la ciudad.

Siglo XIII y ss.

- Zaragoza y su valle carecen de piedra de construcción. La excelente arcilla y el arte de los alarifes mudéjares procuran una arquitectura bellísima de ladrillo, cuyos ejemplos se cuentan por decenas. Tobed, Maluenda, Zaragoza, Calatayud, Tauste, Ateca, Torralba de Ribota, Utebo, nos muestran las más distintas realizaciones dentro de la unidad del estilo.
- 1412.** Ha muerto Martín I el Humano, sin sucesión. Lo normal en tal tiempo hubiera sido que hablasen las ambiciones por el filo de las espadas. Aragón reúne en Caspe sabios, juristas y santos y, de pacíficas conversaciones, nace un nuevo rey: Fernando I de Antequera. El buen sentido aragonés da una lección al mundo.



- 1452.** El 23 de enero de 1516 moría Fernando II el Católico. Había nacido en 1452 en Sos del Rey Católico. Era «hombre de mediana estatura, bien proporcionado en sus miembros, en las facciones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos y llanos... Cabalgaba muy bien a caballo, justaba sueltamente e con tanta destreza que ninguno en todos sus reinos lo hacía mejor». Político extraordinario, de amplia y justa visión, sentó los cimientos para la unidad de España mediante su matrimonio con Isabel I de Castilla. Como él mismo dijo, hizo de Aragón el varón en el matrimonio de las Españas.



- 1473.** Se conoce el contrato para el establecimiento de la primera imprenta española en Zaragoza; un año más tarde, Lamberto Palmart daría a estampa las «Trobes en lahors de la Verge Maria», en Valencia. El mismo año, Sixto IV confirmaría el privilegio fundacional de la Universidad Cesaraugustana.
- 1492.** Luis Santángel, tesorero de la Corona, adelanta casi un millón de maravedises para la empresa colombina. Se terminan La Seo y el palacio cristiano de la Aljafería. Zaragoza inaugura la historia de su opulencia.

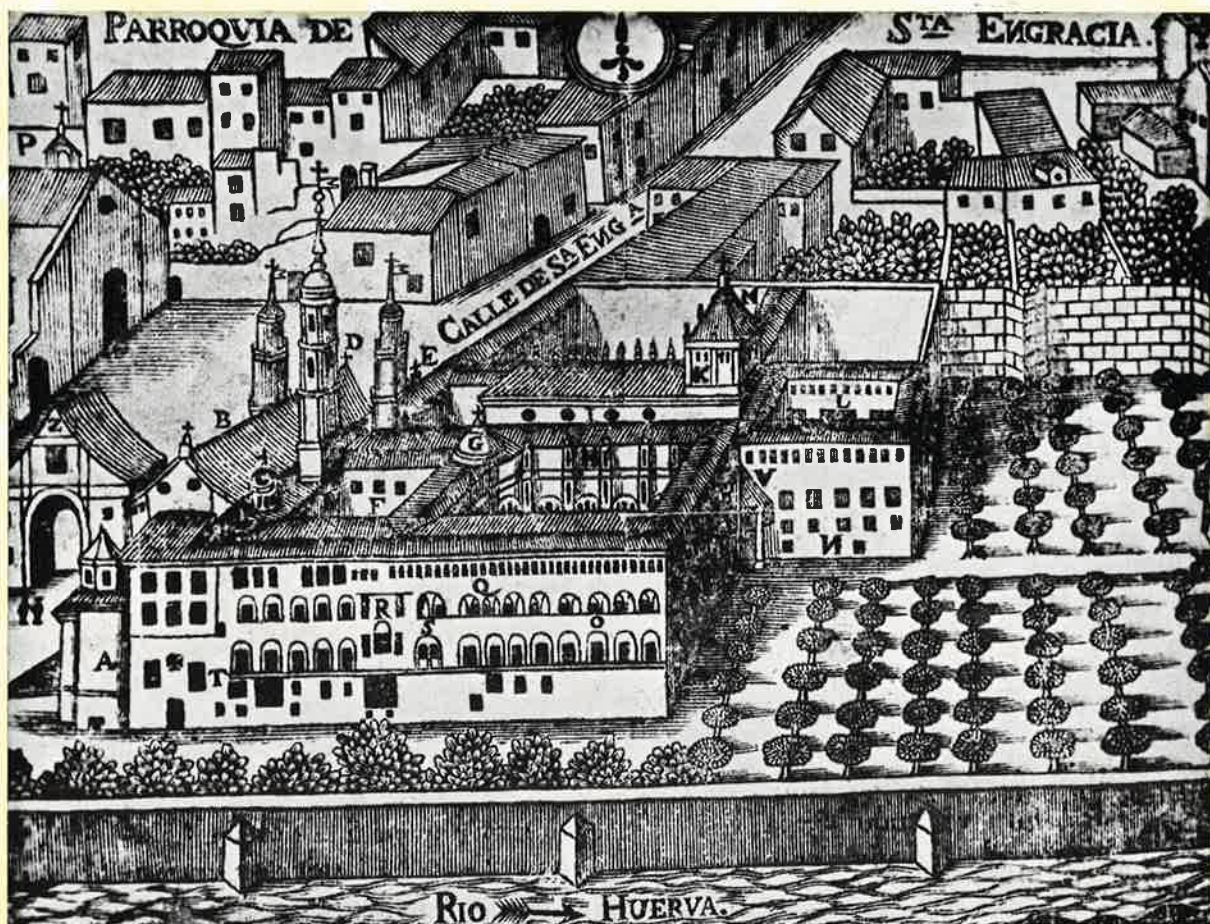


- 1530.** Martín Cortés de Albacar, nacido en Bujaraloz, en el corazón de los Monegros, parte para Cádiz. En Sevilla imprimirá el «Breve compendio de la Sphera y de la arte de navegar». Las escuelas náuticas inglesas utilizarán esta obra durante mucho tiempo, y sus marinos aprenderán a navegar en el libro de un monegrino.

- 1551.** El arquero Cook, del séquito de Felipe II, llamará a Zaragoza «la harta» a causa de su riqueza. Un símbolo puede ser la terminación de la Lonja de Mercaderes, con los nombres de doña Juana, don Carlos, el príncipe don Felipe y los jurados de la ciudad figurando en ella (1555). Poco antes habrá muerto Forment, dejando ingente obra escultórica y continuadores de tanto interés como los Morlanes. Zurita, nacido en 1512, está redactando sus monumentales «Anales», anticipo de la historiografía moderna.
- 1591.** Los restos del espíritu medieval aragonés se anulan. Las más queridas instituciones desaparecen. Los enredos de Antonio Pérez y la ejecución del Justicia Mayor, don Juan de Lanuza, son la anécdota. El fondo es el particularismo encajado en el espíritu de integración de Felipe II. El poderío económico continúa: los canales de riego son atisbo de una política de futuro. El imperial de Aragón, uno de los más atrevidos empeños.
- 1610.** Un problema nacional de seguridad y de convivencia es resuelto con la expulsión de los moriscos aragoneses, a trueque de producir un empobrecimiento demográfico y económico. El número de moriscos era la quinta parte de la población del reino; las ciudades quedaron despobladas y los campos sin cultivo, pero la repoblación fue muy rápida. El proceso de decadencia económica se arrastraba desde el siglo XV.



- 1658.** Muere el bilbilitano Baltasar Gracián, jesuita, nacido en 1601, tratadista político extraordinario, cuyas obras «El héroe», «El político Fernando», «El discreto», y «El oráculo manual y arte de prudencia», no logran oscurecer el valor de la novela filosófica «El Criticón», su obra maestra. Su conceptismo se cifra en la frase «lo bueno, si breve, dos veces bueno», y su estudio del culteranismo y conceptismo está en «Agudeza y arte de ingenio».



Santa Engracia y su barrio, desde el río Huerva (siglo XVIII).

1621-1655. Felipe IV reina en España. Velázquez y Mazo pintan a Zaragoza y a sus gentes asomadas al Ebro. La mentalidad hidalga que prohíbe el trabajo servil, la política proteccionista, los peajes y una amplia herencia de dificultades, agudizan la decadencia económica. El duque de Híjar intenta, sin éxito, seguir las veleidades separatistas de Portugal y Cataluña. Los Argensola escriben sus anales. En 1667 comienzan las obras del actual templo del Pilar.



Vista general de Zaragoza durante los Sitios, en la guerra de la Independencia, desde el campo francés, en los montes de Torrero.

- 1707.** La «Nueva planta» borbónica deroga los fueros aragoneses. Cesan el Justiciazgo, las Cortes, el Virrey y el Consejo de Aragón.
- 1707-1808.** El canónigo Pignatelli logra que las aguas del Canal Imperial lleguen hasta Zaragoza. La ciudad beberá y regará de ellas y navegará por el nuevo camino. El renacimiento agrícola del valle del Ebro comienza. Más tarde se creará la Confederación Hidrográfica del Ebro; en nuestros días el gran plan de riegos de las Bardenas, la Violada y los Monegros redimirá tierras y creará pueblos.
- La Zaragoza del siglo XVIII pisa fuerte en la política nacional; el influente partido aragonés tendrá como nombre sobresaliente el del Conde de Aranda.
- 1746-1828.** Francisco de Goya y Lucientes, el más universal de los pintores españoles, nació en Fuendetodos. Se anticipó a su tiempo, creó nuevos modos y pautas de futuro y su obra es fabulosa. Trabaja con Luzán, pintará en el Pilar, en Muel, en Remolinos y en la Cartuja de Aula Dei. Después Aragón, España y el mundo le vendrán pequeños y pintará para la eternidad.
- 1765.** El motín de Esquilache repercute en Zaragoza. La asonada es bautizada con el nombre de «motín de los broqueleros».
- 1808.** Desde junio a agosto de 1808, y desde diciembre de dicho año a febrero de 1809, Zaragoza inmortaliza su nombre en toda Europa. Una ciudad sin murallas ni defensas presenta los pechos de sus hombres como barreras contra las bayonetas napoleónicas. Mujeres de la nobleza, como la condesa de Bureta, se encuentran en los parapetos con las hijas del pueblo, como Agustina, «la artillera»; Palafox, el Padre Boggiero, el tío Jorge, no son más que símbolos de una de las epopeyas colectivas más resonantes de la Historia. Zaragoza paga la gloria a precio de destrucción y ruinas.
- 1815-1908.** Zaragoza renace lentamente de sus heroicas ruinas y se configura como ganadera y cerealista. Cobra sentido y vibra en el pulso de la ciudad el Romanticismo. Después del desastre de 1898, lo aragonés significa la voz de la reacción saludable y del buen sentido: prohombres aragoneses, desde Joaquín Costa a Basilio Paraíso, compendian este movimiento.

- 1908-1923.** El progreso ininterrumpido de Zaragoza tiene como exponente la Exposición Hispano-Francesa en el Centenario de los Sitios. Las luchas sociales no llegan a cortar el impulso constructivo. La remolacha anuncia un nuevo propósito del agro zaragozano.
- 1923-1930.** El Gobierno del General Primo de Rivera deja sentir su benéfica obra en Zaragoza. Baste citar la creación de la Confederación Hidrográfica del Ebro y su impulso sobre la política hidráulica y la agricultura; la fundación de la Academia General Militar, cuyo primer director fue el General D. Francisco Franco, y la inauguración del túnel del Somport y el ferrocarril internacional de Canfranc, mejora largamente deseada.
- 1936-1939.** Zaragoza, incorporada en julio al Movimiento Nacional, es de hecho capital de la España nacional. Caen bombas, que, prodigiosamente, no estallan, sobre el templo del Pilar.
- 1937.** Primavera. La Falange XXV, nutrida de mozos de las Cinco Villas, cubre con sus cuerpos muertos la posición «San Simón», en la sierra de Alcuierre en designio de paz para el futuro.
- Verano. El ejército nacional ha emprendido la operación del Norte. Franco afirma: «En el Norte está la victoria» Y añade: «En Aragón, que resistan». Y la línea del Ebro, furiosamente atacada desde Zuera a Belchite y desde aquí a Fuentes y Quinto, resiste. Belchite se inmola en una resistencia empecinada; todo su caserío queda en ruinas.
- 1939-1973.** Belchite es una ciudad nueva, limpia y alegre. Un símbolo. Toda la provincia se entrega al afanoso trabajo de ganar la paz. La gran Zaragoza es, nuevamente, la «harta» de otros tiempos, hoy con cerca de 500.000 habitantes y amplio proyecto urbanístico.





ZARAGOZA EN EL MAPA DE ESPAÑA

Zaragoza y su provincia constituyen el corazón del cuadrante nordoriental de la península y el centro de la fosa tectónica del Ebro. Ni la geografía ni la historia convienen exactamente con los convencionales límites de una provincia de forma sensiblemente triangular, 1.086 kilómetros lineales de perímetro y fronteras con Guadalajara y Teruel, entre las altas sierras ibéricas y las hojas del Bajo Aragón; con el agudo macizo del Moncayo, en el límite de Soria, y con las tierras llanas de Logroño y de Navarra, hasta el valle del río Aragón, en el extremo septentrional. Y por Oriente, Huesca, a través del río Gállego y de los Monegros, hasta los primeros contrafuertes de la cordillera costera catalana.

De Norte a Sur se sitúan la zona del Prepirineo, con su somontano y los llanos altos de Cinco Villas; la depresión del Ebro con sus accesos; el Moncayo con las tierras aledañas; el valle del Jalón, camino de todos los tiempos; las serranías ibéricas; los campos de Cariñena y de Romanos; los bordes del Ebro en los áridos Monegros y el arranque de las hoyas bajoaragonesas turolenses en Caspe. Cada una de estas comarcas posee sus peculiares características en lo geográfico, lo económico y lo humano, aunque se hallen fundidas en una comunidad histórica de trazos vigorosos y agrupadas artificialmente en una provincia sometida al fuerte atractivo de su capital.

Zaragoza es así cabeza de todos los cruces de caminos del Nordeste de España, a través del Ebro, Gállego, Huerva y Jalón. Ruta necesaria entre el Pirineo y el centro de España o entre el Mediterráneo septentrional y la Meseta o el Cantábrico. Trazando círculos que la tomen como centro, los radios de 300 Km. la unirán con Madrid, Bilbao, Toulouse, Barcelona, Tarragona y Valencia. Otra más corta, de 150 a 200 Km. de longitud, dejará en el área a Soria, Logroño, Pamplona, Canfranc, frontera francesa, Lérida, Tortosa y Teruel. Y aún quedaría una comarca de un centenar de kilómetros de radio, donde se situarían Tudela, Huesca, Fraga, Alcañiz, Daroca y Calatayud.

La provincia de Zaragoza (17.194 Km. cuadrados y ejes de 230 Km. de Norte a Sur y de 300 de Este a Oeste) tiene una configuración vertical determinada, esencialmente, por su situación en el centro de la fosa del Ebro; el Pirineo, con sus altas cumbres, quedará fuera de la provincia, aunque hondamente enraizado en el corazón de los zaragozanos, siquiera, en la comarca de Sos, quebrados montes formen el reborde meridional de la cuenca del río Aragón. Aún queda mucho, en las tierras zaragozanas, de la configuración del viejo lago terciario, el valle donde el padre Hiberus habría de abrirse paso hacia el mar, trabajosamente, por el por-





El Moncayo.

tillo de Cherta. Una vez desecado el lago, quedaron las calizas de sedimentación silueteadas en «muelas» y «sierras» y alternadas con llanos de arcillas, margas y yesos, visibles hoy por las tajantes excavaciones de ríos y de «vales» o barrancos.

Entre el Prepirineo, tímidamente presente en el Norte (Sierra de Santo Domingo, 1.256 metros), y las orillas del Ebro, se extienden las amplias terrazas en descenso escalonado que forman la Bardena, el Castellar y los Monegros, secas y áridas. En el centro del valle, a 200 m. de altura, dominándolo, Zaragoza. Los estribos montañosos que forman el límite del vallé estricto son las sierras del Castellar y de Alcubierre, por el Norte, con alturas que rebasan apenas los 800 m., pero que dominan los llanos de las Cinco Villas, las vegas del Gállego y los páramos amesetados de la Violada y los Monegros, un tiempo ejemplo de desierto en la geografía española y hoy en trance inminente de redención total.

Al Oeste de la provincia, la vertiente zaragozana de la alineación ibérica, con clara dirección Noroeste a Sudeste, comprende el gigante Moncayo (2.313 m.), con entrañas de hierro explotadas por los romanos, y un somontano relativamente elevado (Tarazona, 840 m.), prolongado por las sierras de la Virgen y de Vicor hasta los límites de Teruel por montes de más modesta altura. La alineación montañosa ha sido rota por el ímpetu del río Jalón, en cuya grieta se alojan la ruta del ferrocarril y la carretera hacia Madrid, esta última remontando los puertos de Morata, El Frasno y Cervero (708 a 785 m.). Más al Sur, el puerto de Paniza (934 m.) será el paso desde el valle a Valencia, aprovechando luego el curso del Jiloca, paralelo a la cordillera.

La Zaragoza del XIX desde la Misericordia.



Entre la Ibérica y el Ebro se extienden las llanuras del Campo de Cariñena (591 m.), sembradas de vides, y las de La Almunia de Doña Godina (366 m.), y más al Este, la de Belchite (450 m.), interrumpidas en su suave descenso sobre el Ebro por la meseta de la Muela y el vértice de Puig de Ladrones (595 m.). En el límite oriental, las primeras montañas de Teruel y de Tarragona cerrarán la provincia y el tramo aragonés del Ebro, en Fayón, a 50 m. sobre el nivel del mar. En el extremo Oeste, una serie de elevaciones de antepaís serán el estribo de la meseta central, alineándose a los lados de la fosa del Jiloca, entre Daroca y Calatayud, empalmando con los desfiladeros del Jalón y con la prolongación de la cubeta soriana de Almazán, en Ariza.

Los ríos aragoneses rinden la pleitesía y el tributo de sus aguas al Ebro, si se exceptúan los turolenses Turia y Mijares. Si bien no son caudalosos, sirven excelentemente para el riego de las tierras y para el trazado de caminos que son, muchas veces, la explicación de la Historia de Aragón.

El Ebro es el río de Zaragoza, aunque corra por otras tierras antes y después de besar las piedras del Pilar. Forma una comarca natural entre las logroñesas Conchas de Haro y el estrecho de Mequinenza y Fayón, en su fricción con la cadena catalana. Los 350 Km. que anda sobre la provincia son de río de llanura, de curso perezoso, con meandros acusados aguas abajo de Alforque. Entra en la provincia a 222 metros sobre el nivel del mar y sale de ella a 52. Su curso y el camino que traza son uno de los más fecundos vehículos de las culturas históricas de España.

Las exiguas corrientes que al Ebro se añaden en la provincia no bastan para devolverle los caudales que le roban la evaporación y el riego; desde Tarazona le llega el Queiles, quizá el viejo Chalybs, de extrañas virtudes en sus aguas para el temple del hierro del Moncayo; el Huecha, que fertiliza las huertas de Borja; el Arba, que no lejos de Gallur le entrega las aguas que le restan tras de regar los campos de Biel, Luesia, Ejea y Sádaba.

Por Alagón se precipita en el Ebro el turbulento y terroso Jalón, que baja de la altiplanicie soriana, formando el mejor camino entre el valle y la meseta; el viejo Salo de los iberos está lleno de resonancias históricas desde sierra Ministra, a 1.190 m., hasta las tierras de Ariza, Alhama de Aragón (antiguo balneario romano de Aquae Bilbilitanorum y hoy centro termal importante), Ateca y Calatayud, rompiendo aquí por abruptos desfiladeros, protegidos en la antigüedad por la fortaleza de Bílbilis, la sierra de Vicor; después riega los fértiles llanos y vegas de Ricla, Calatorao y La Almunia, para llegar a Epila y Alagón por un valle sembrado de castillos y palacios. Los afluentes del Jalón son ramblas y torrentes secos casi siempre, pero temibles en las inundaciones; como el Manubles, el Aranda con el Isuela, el Peregil y el Grío. Un régimen especial, a causa de los relieves calcáreos, tienen el Jiloca, el Piedra y el Mesa, que crean valles amenísimos y parajes pradisiacos en el centro de una comarca desola-

da. Las fuentes termales y la riqueza agrícola son peculiares de los valles del Jalón y del Jiloca, llamados, respectivamente, el «río de la fruta» y el «río del azúcar», aun ahora que el cultivo de la remolacha está en crisis.

El Jalón llega al Ebro a poco más de 20 Km. al Noroeste de Zaragoza; en la ciudad, y casi frente a frente, confluyen el Gállego y el Huerva, explicando este gran núcleo fluvial la privilegiada posición de la capital aragonesa. Los dos ríos menores zaragozanos conservan aún sus nombres romanos, Gallicus y Orbia. El primero es camino directo hasta el Bearn desde la antigüedad hasta hoy, y en la provincia forma las ubérrimas vegas desde Zuera a San Mateo, San Juan y Zaragoza. La Huerva, pomposamente llamado «río del aceite», es el camino de las sierras, entrando en la provincia por el campo de Romanos y otorgando vida a los regadíos situados entre Muel y Zaragoza.

Aguas abajo de Zaragoza, por la orilla izquierda, los áridos Monegros no aciertan a mandar al Ebro más que vales y torrenteras. Tampoco por la derecha el arroyo Lopín, el Almonacid con el Aguas, el Martín, Guadalope y Matarraña, que sangran las tierras altas de Teruel, allegan importantes caudales, aunque fecunden y enriquezcan las tierras zaragozanas de Caspe, Maella y Fabara.

Aún deben citarse las lagunas, que son vestigios de más amplias extensiones de agua en tierras sin drenaje, que actualmente casi desaparecen en verano, dejando en sus cuencas manchas salobres. La principal es la de Gallocanta, con su vecina la Salada de Used, algunas estancas y salinas o, con mayor trascendencia, los lagos artificiales creados por la mano del hombre, como Yesa, La Tranquera, Las Torcas, Valdelafuén, San Bartolomé y otros, que han servido de arranque para la redención de tierras yermas y la creación de una potente riqueza hidroeléctrica.

Hoy se aprovecha en buena parte el valor que el Ebro y los demás ríos aragoneses tienen para una tierra siempre ávida de agua. Aun así, el gran río vierte anualmente al mar 18.671 Hm.³ de agua dulce y preciosa. Desechados los proyectos de navegación, que resucitarían los tiempos en que fue vía fácil hasta Logroño (la romana Vareia) y que tenía puerto fluvial y barrio de pescadores en las Tenerías en Zaragoza, el río Ebro habrá de ser mejor aprovechado para riegos y producción de energía eléctrica, como ambiciosos planes están poniendo en práctica.

El clima de Zaragoza y su provincia es variable según las estaciones y comarcas, aunque en general sea seco y conformado por vientos que soplan con frecuencia y, a veces, con gran velocidad. Zaragoza se comporta como un pequeño continente, sede en invierno de un anticiclón propio y origen en verano de un ciclón autóctono, a causa de la fuerte insolación y de su alejamiento del mar; las estaciones intermedias se ven afectadas por perturbaciones impor-

tantes y bruscas. El viento frío corre aquí a lo largo de la depresión del Ebro, de Noroeste a Sudeste.

Resultan así, para Zaragoza, aridez, irregularidad en las escasas precipitaciones, intensa evaporación estival, constancia y violencia del viento, especialmente del cierzo (el «circius» romano), tónica e injustamente apellidado «del Moncayo», y presencia del suave «viento castellano», que ocasiona chubascos y aguaceros. La primavera y el otoño son estaciones poco definidas, resultando escasas las lluvias, numerosas las bruscas tormentas de verano, frecuentes las precipitaciones de nieve en el Moncayo y más repetidas de lo deseable las heladas, el pedrisco o el granizo veraniego. En general, las temperaturas extremas son moderadas y se está modificando el régimen de nieblas o «boiras», antes habituales en el invierno en el valle del Ebro.



Rondadores.

La población de Zaragoza es la resultante de la generosa mezcla que en el crisol del fondo del valle han hecho la historia y el cruce de caminos impuesto por la geopolítica. Aun teniendo rasgos étnicos comunes con todos los aragoneses y con el tipo mediterráneo, el zaragozano posee algunas peculiaridades en contraste, sobre todo, con el hombre del Alto Aragón. Estatura mediana o baja, cráneos mesocéfalos, predominio de las tonalidades oscuras del cabello y de los ojos castaños y negros, con una frecuencia importante de cabellos rubios y de ojos azules, impar en Aragón. Debe anotarse también el valor algo más elevado del índice cefálico y aún podría añadirse la amplitud del pecho y la abundancia de chatos, en relación con Huesca y Teruel, y las buenas dentaduras, en contraste con Soria y Navarra.

La formación del tipo humano se origina en la Prehistoria con un elemento mediterráneo que produce la unidad peninsular desde el Eneolítico y al que la llegada de los romanos no añadirá nada racialmente nuevo, y la aparición de un elemento europeo, alpino y nórdico en las invasiones hallstáticas. Sobre ellos actuará en antropológico y, sobre todo, en lo cultural la activa población musulmana entre el siglo VIII y el XII y después hasta el XVII. Así perdurarán los topónimos (Calat, Borch, Al-muniat, etc.), la organización de los cultivos de huerta —donde nace la jota—, con sistema de riegos (el azud de Caspe), la aparición de «la torre» como unidad agrícola, de la construcción de adobe y del imprescindible «fematero»; el florecimiento de industrias como la construcción en ladrillo, la textil y cerámica (Muel) y numerosas más monopolizadas por moriscos: zapateros, esparteñeros, sogueros, sastres, colchoneros, juboneros, recueros, caldereros y herreros, albítares y revendedores de todo: de aceite, de pescado, miel, azúcar, pasas, huevos y gallinas, lienzo, prendas de lana para niños. La expulsión de la mayor parte de todos estos «cristianos nuevos» (tal vez 64.000) despobló y arruinó económicamente a la provincia de Zaragoza, pero dejó vivos usos y tradiciones: el pañuelo coronario o turbante, el calzón abierto, la manta y las alpargatas en el traje; el sistema agrícola en los cultivos de fondo de valle, la «torre».

El viejo elemento hispano perdurará en el secano, como en la meseta. Arado-cama romano, yugo cornal, como en Levante y Mediodía, los mismos refranes e idéntico modo de realizar las labores, sobre todo cerealistas.

Sobre estos elementos humanos hay que contar con los montañeses —altoaragoneses, navarros, gascones, bearneses—, cuando la Reconquista y en numerosas ocasiones posteriores.

En la actualidad la mezclada población de Zaragoza ha crecido de modo asombroso, que sólo las cifras podrán reflejar con justeza. En 1900, la provincia contaba con 421.843 habitantes

y con 99.118 la capital; en 1950 habían alcanzado 621.763 y 264.256, respectivamente, y en 1985, Zaragoza andaba rondando los 400.000 habitantes, en tanto que la provincia se acercaba a los 700.000. En 1966, las cifras fueron 415.000 y 719.000, respectivamente.

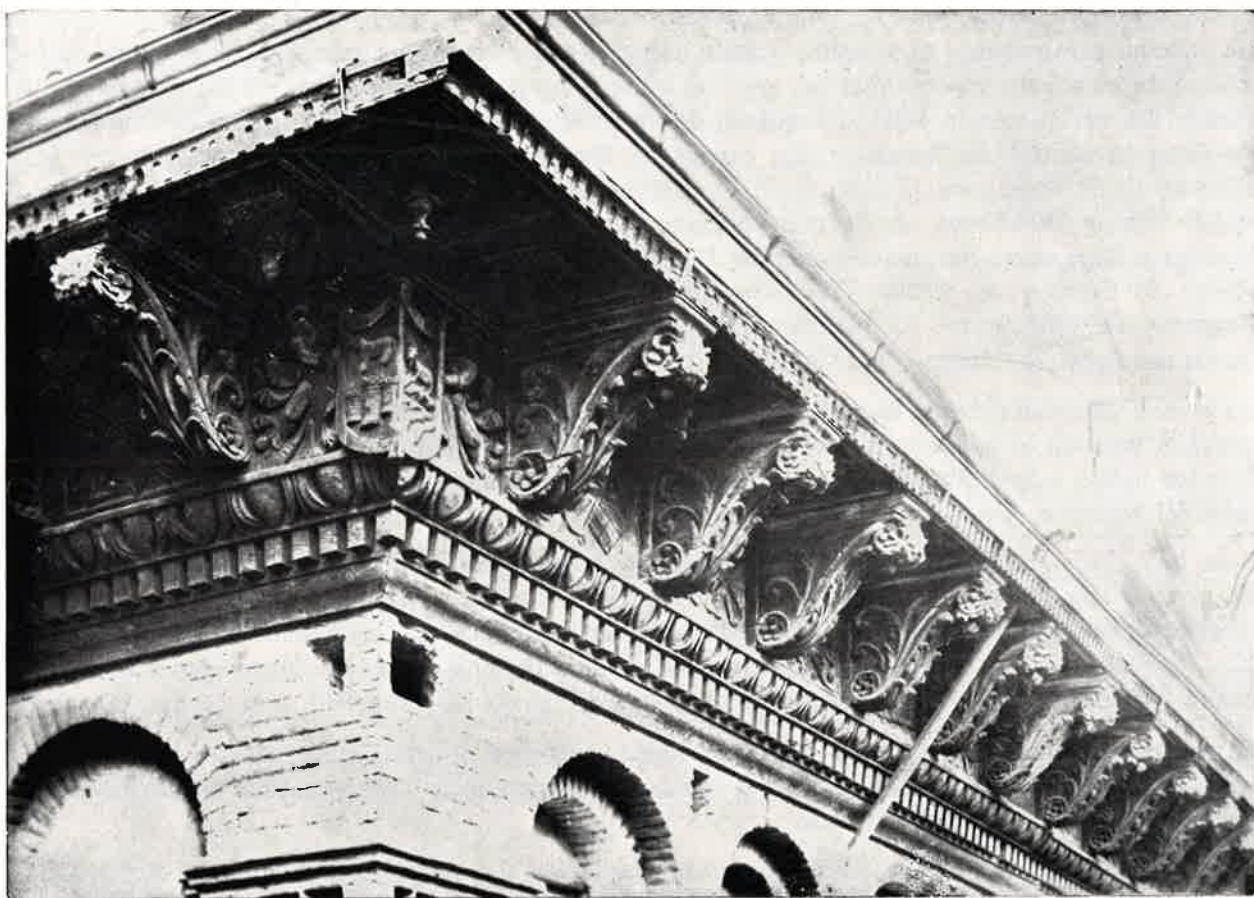
Con ello, los índices presentan una despoblación de extensas zonas provinciales, siendo la cifra de 38 habitantes por kilómetro cuadrado, inferior al promedio de España. El desigual reparto otorga la mayor densidad a las zonas de cultivo de huerta; así, por encima de 10.000 habitantes están Calatayud, Ejea de los Caballeros, Tarazona y Caspe; rebasan los 5.000 Taus-te, Alagón, Epila y Zuera; alrededor de 3.000 cuentan Daroca, Borja, Belchite, La Almunia de Doña Godina, Sos del Rey Católico, Ateca, Cariñena, Pina de Ebro, Gallur, Escatrón, Mallén, Fuentes de Ebro y Calatorao; quedan catorce pueblos de más de 2.000 habitantes y cincuenta y cuatro que pasan del millar.

Tiene interés para conocer el factor humano en su fisiología la consideración de las peculiaridades de la «vida popular». Es muy difícil, en este aspecto, separar la provincia de Zaragoza del resto de Aragón, con el que tiene comunes muchas instituciones jurídicas, históricas y etnológicas; por otra parte, algunas no son propias de toda la provincia, sino de alguna comarca o ciudad, y es muy arriesgado teorizar sobre ellas. Finalmente, el atractivo del Pirineo ha provocado no pocos estudios, mientras que faltan casi totalmente las síntesis sobre la depresión del Ebro y el Moncayo.

«La vivienda», especialmente la rústica, bien agrupada en pueblos o aislada («torres»), presenta un aspecto definido, con rasgos peculiares en toda la zona climática de sequía persistente y temperaturas extremas. En la zona subpirenaica se construyen de ladrillo, con cubierta de teja, y en las casas más importantes aparece el patio central o «luna», haciendo el papel del antiguo atrio romano, abriéndose a él las habitaciones en la planta baja y alta, y, en ésta, galerías con aleros salientes o «rafes». La casa señorial utiliza la piedra en sillares grandes, puerta con arco de medio punto dovelado y escudo sobre ella, agranda el patio central, muy importante para las tareas agrícolas, y amplía las dependencias (pajar, corral, cuadras, granero, masadería, lagar, bodega, almazara, etc.).

Ciñéndonos al valle del Ebro hemos de anotar la fuerte tradición morisca, el dominio del tapial, adobe y ladrillo, por la carencia de piedra de construcción y la buena calidad del barro. Es la zona del mudéjar, que utiliza alfarerías de reflejos metálicos, azules o verdes, en la decoración arquitectónica. Los pueblos, agrupados en los valles fértiles, son en general grandes y están a mucha distancia unos de otros; hasta hace pocos años su carácter agrícola los hacía descuidados en sus condiciones urbanísticas, de calles desiguales, tortuosas y a veces empinadas; una plaza principal con la iglesia y una subida al castillo o a la ermita son habituales. Las casas de planta rectangular con medianerías poseen tres pisos, hechos de mampostería el bajo y las partes maestras del primero, y el resto de ladrillo, cuando no de adobe, de tapial o de cañizos revestidos. La tercera planta queda abierta como «angolfa» o «so-

lanar» y sirve para tomar el sol en invierno y para secar productos agrícolas en todo tiempo. La cubierta es de tejas de color claro, pardo o amarillento. Las casas tienen en conjunto un color ocre terroso. La puerta de entrada da al zaguán («patio»), centro de la vida pública y estancia normal en el verano. En la planta baja están las cuadras, el corral y la bodega. No pocas veces tiene adosada una pieza de respeto y, siempre, al fondo, la escalera. La cocina, en la planta baja o en la principal, es de hogar bajo, con grandes bancos de madera con respaldo («cadera») y en ella se vive en el invierno. En la planta principal están los dormitorios, con pocos huecos y éstos pequeños, y, en ocasiones, la sala, estancia la más solemne de la casa. Los pavimentos son de yeso o de losas y la mala calidad del muro exige el revesti-



Casa de la Real Maestranza: Alero.

miento con cal. Al exterior hay aleros muy salientes, bellísimos en las casas señoriales, que protegen una serie de arquillos de medio punto, en ladrillo, casi siempre abiertos, recayentes a la solana o al granero. El piso principal tiene balcones con herrajes simples y el bajo una o más rejas.

Hay en la provincia algunos núcleos de cuevas no siempre originadas por penuria económica, sino por comodidad; pueden citarse las de Calatayud, Ariza, Epila y Aniñón, en laderas de un monte; en Salillas de Jalón, en tierra llana; y, en todas partes, en trance de extinción. La casa tradicional no tardará en desaparecer ante la considerable elevación del nivel de vida en los medios rurales, pero aún se conservan muchos ejemplares, tanto señoriales como populares.

La «cocina zaragozana» es simple y fuerte, muy de acuerdo con las gentes y con el clima. Normalmente es sobria y poco variada, pero se complica y se hace abundante en las fiestas y «lifaras». La enriquecen la calidad exquisita de los productos de las huertas; gozan de renombrada fama la coliflor de Tarazona, los cardos de Muel, las alcachofas de Garrapinillos y las cebollas de Fuentes; los pimientos de Montañana, los espárragos de Gallur y las borrajas, siendo las de Miraflores las de más delicado gusto; el aceite de Caspe y el de Paracuellos, Morata y Tarazona; los melocotones de Campiel y de Gallur, a veces puestos en vino; las ciruelas de Gelsa y de Velilla; las peras de Bubierca, Terrer y La Almunia; las cerezas del Frasnó y de Villamayor, las manzanas de La Almunia y, en general, todas las frutas de los valles del Jalón, del Jiloca y del Gállego.

La cocina centroaragonesa está siendo simplificada ahora con el tópico de unos cuantos platos, como el bacalao al ajoarriero; los huevos al salmorejo con espárragos y longaniza de Fuentes; los pollos a la chilindrón, con pimiento, tomate y cebolla; y el cordero a la pastora, además del ternasco, asado y en distintos guisos.

Pero hay otros muchos que merecen igual fama: la ensalada ilustrada, las sopas de Leciñena, el «recao» con judías blancas, patatas y arroz; las anguilas con judías; el lomo de cerdo a la zaragozana (enharinado, frito y cocido levemente con jamón, cebolla, huevo duro, tomate, vino y aceitunas), la longaniza con especias, granos de anís y canela, para comerla cruda, asada o frita; la morcilla de arroz; un tipo especial de cocido; el jamón y la cecina, etc.

Zaragoza es justamente famosa por sus dulces, turrónes, guirlaches y roscones de San Valero, y podrían añadirse muchos postres caseros de la provincia hechos a base de harina, azúcar, almendra, mosto, manteca, etc.

Ocasiones de especial relieve culinario son la «matacía» del cerdo, con suculentos mondongos (morcillas y «bolas»), y las cenas con bacalao y almendras para solemnizar el «encube» de vino y como pretexto para beberlo.

Los caldos zaragozanos son recios, de color intenso, mucha capa y elevada graduación alcohólica. Los de mezcla o «coupage» llegan a tener de 16 a 18 grados, mucho color, abundante extracto seco (de 28 a 32 g. por litro) y mucha «capa»; se producen en el campo de Borja y en la ribera baja del Jalón. Son vinos dedicados a la exportación o al mercado del Norte de España. Los de pasto tienen entre 14 y 15 grados, se consumen en el año y resultan de paladar fino y agradable; se crían en los campos de Calatayud y Daroca, parte del de Cariñena y Caspe y son de consumo regional. Los vinos de mesa, entre los 13 y 15 grados, se obtienen en el campo de Cariñena, siendo famosas las «pajarillas» o vinos blancos de Cariñena y Paniza y los claretes de Aguarón. Se está introduciendo su consumo embotellado en toda la nación, que hace de ellos una demanda tan grande que posiblemente no podrá ser atendida dentro de poco. Hay vinos licorosos, entre los que son excepcionales los que se cosechan en Lécera, cuyos mostos son los más ricos de España en contenido de azúcar. Se elaboran mistelas con 15 grados de alcohol y 12 de azúcar. Finalmente, los vinos añejos o rancios son de calidad insuperable y de larga elaboración, preparándose la industrialización, por su calidad, para postre y bebida entre horas, con delicado perfume, suave y espirituoso; la mejor producción se obtiene de los caldos de Borja y bajo Jalón.

Migas.



FIESTAS

Las «fiestas religiosas y populares» se enlazan entre sí, ocurriendo los festejos civiles con ocasión de las celebraciones de los santos patronos de los pueblos, que en toda la zona agrícola suelen situarse en el mes de septiembre, después de la recolección de los cereales. Aún quedan algunos restos de las cofradías o hermandades, que eran poseedores de tierras, árboles o ganados, con cultivo común y los productos invertidos en sufragar reparaciones y mejoras de los santuarios, en sufragios por los hermanos difuntos y en banquetes solemnes y copiosos. Muchas de las ventas, especialmente las de carne, se hacían por pujas («releos»); las cofradías tenían altas banderas de tela roja, como los gremios, entrando en competencia por la altura y pesadez de las mismas. También forman parte de lo tradicional las «comidas de muerto», servidas en vajilla tosca y con minutas frugales, y las procesiones de rogativas, especialmente de lluvia, a veces a santuarios muy lejanos. Han desaparecido casi totalmente las hogueras de la víspera de las fiestas de San Valero o de San Juan y los demás ritos relacionados con la última de las citadas noches; también las alabanzas y el llanto público de «plañideras» en los entierros.

La mayor parte de los pueblos de la provincia celebran con especial solemnidad las fiestas de los patronos, la Navidad (los niños piden aguinaldos o «cabo de año»), Semana Santa (con fama especial para la procesión zaragozana el Viernes Santo) y el Corpus Christi. Eran muy numerosos los «rosarieros» con cantos de aurora; los «despertadores», que disparaban por las calles salvas con trabucos; el quemar fuegos aéreos y petardos o «carretillas».

Una de las celebraciones de mayor tradición es la del Corpus, especialmente en Daroca, en cuya Colegiata se honra la reliquia de los Santos Corporales, que se refiere a un hecho narrado en documento de 1340 y figurado en tablas pintadas del siglo XV, que ocurrió, según la tradición, en febrero de 1239: en un hecho de armas en que intervinieron los tercios de Daroca, Teruel y Calatayud, y el rey moro valenciano, Zaén, habido cerca de Luchente, no lejos de Játiva, al ser sorprendidos los cristianos mientras oían misa y se preparaban para comulgar, el oficiante escondió las Sagradas Formas dentro de los corporales y éstos en un matorral, hallándolas después convertidas en sangre y pegadas a la tela; todos intentaron guardar la reliquia, pero echadas suertes por tres veces, fue Daroca la favorecida; al no aceptarlo, se convino en que una mula blanca que no había pisado nunca tierra de cristianos llevase a su lomo la arqueta con los Santos Corporales y que éstos quedasen donde el animal se detuviese, cosa que ocurrió ante el Hospital de San Marcos de Daroca; fueron trasladados a una iglesia románica, donde luego se edificó la Colegiata de Santa María, y allí se conservan y veneran.

Daroca: Puerta baja.



Gozan también de gran devoción la Sábana Santa, de Campillo; los Cristos de Calatayud, Longares y de La Seo, en Zaragoza; la Virgen de la Peana, en Borja; la de la Oliva, en Ejea; la de la Peña, en Calatayud; la de Zaragoza la Vieja, en El Burgo. Pero sobre toda ponderación, la Virgen del Pilar, que según una antigua y reiterada tradición llegó en carne mortal a Zaragoza el día 2 de enero del año 40, para infundir valor al apóstol Santiago en su predicación; en el lugar de su aparición y sobre la Columna en que se presentó al Santo, se han edificado sucesivos santuarios, hasta llegar al grandioso actual, uno de los más visitados del orbe; es antiguo y muy popular el coro de niños, o «infanticos», que cantan diariamente en la misa de alba. Las fiestas del Pilar se celebran en octubre con acontecimientos literarios y musicales, deportivos, artísticos y sociales de gran fama; algunos son tradicionales, como el desfile de las comparsas de gigantes y cabezudos, el «rosario de cristal», y a ellos se han sumado otros modernos, como la cabalgata del pregón, la ofrenda de flores, pruebas internacionales hípias y de motorismo, regatas en el Ebro, corridas de toros y otros, que provocan gran afluencia turística. Aparte, celebra también Zaragoza unas fiestas de primavera, de acusado carácter cultural, con acontecimientos musicales, taurómacos y deportivos.

De reciente creación son las fiestas agrícolas iniciadas por la Diputación Provincial; así, la del Vino y la Vendimia, en Cariñena; la de la Fruta, en Calatayud; la del Olivo, en Caspe; la de la Maquinaria, en Tauste; la del Trigo, en Ejea, y la del Azúcar, en Epila; todas con desfiles, actos académicos y ferias comerciales.

Uno de los festejos populares más interesantes entre los que se conservan en Aragón es el «dance», con ciertas peculiaridades en el valle del Ebro o en el del Jalón. Se realizaba hace poco en el barrio de las Tenerías de Zaragoza el día de la Virgen del Carmen, y en las fiestas populares de Cetina, Ateca, Longares, Ambel, etc. Se compone de diversos elementos: una farsa popular con discusión entre pastores —aquí un mayoral y un rabadán—; una lucha entre moros y cristianos, en la que éstos resultan vencedores y aquéllos convertidos; y una contienda entre el bien y el mal, representados por un ángel y un diablo jocosos, confundido ante la verdad y la bondad; los diálogos, en verso, se acompañan con bailes de espadas y de palos, trasunto de viejas danzas guerreras y agrícolas; en Tauste se baila con arcos adornados y con cintas sujetas a un poste central. El dance es conocido desde el siglo XVI, pero estaba en trance de desaparición y ha sido salvado y reprimado en muchos pueblos en estos últimos veinte años. En Cetina, la «contradanza» es un curioso espectáculo de danza y cuadros de figuras.

Apenas se practican ya las cucañas, «corridas» con pollos o tortas de premio, y las «enramadas» o cencerradas, en ocasión de segundas nupcias; han desaparecido las cofradías de mozos, centradas en «la casa del gasto», con curiosos reglamentos. Persisten, en cambio, pruebas deportivas como la pelota, la barra o los bolos.



Daroca: Puerta baja.



«La jota» (Marín Bagüés).



En cuanto a la música popular, Zaragoza es, por excelencia, la tierra de la Jota, baile y canción extendidos por todo Aragón y gran parte de España. Su origen, tal como hoy la conocemos, no es anterior al siglo XVII, popularizándose en pleno siglo XVIII y, sobre todo, después de los Sitios de Zaragoza, en la Guerra de la Independencia, pero sus bases son, indudablemente, muy antiguas. Pudo originarse, como baile, en el fandango, y tuvo copla de acompañamiento, luego separada. La parte instrumental se confía a una rondalla compuesta por guitarras, laúdes, bandurrias, guitarricos o requintos, hierrecillos, panderetas y castañuelas. En el baile, la Jota de Zaragoza es de compás saltado y de aire violento y rápido, y lenta la del Bajo Aragón, con variantes en Andorra, Calanda, Albalate y Alcañiz.

El brío y la fuerza de la Jota han hecho que se olvide una buena parte de las viejas canciones y bailes zaragozanos, por fortuna salvados, en parte, en los últimos años. Conocemos albas, cantos epitalámicos o acompañando la recogida de presentes por los mozos, en Tobed y otras localidades; auroras de La Almunia, Borja, Calatayud, Boquiñeni, El Frasno, Mainar, Santa Cruz de Grío; bolero de Caspe; contradanza de Cetina y seguidillas de Leciñena; dances de numerosas localidades; cantos de trabajo, de siega, de trilla, «oliveras» y de esquila; gozos y cánticos sagrados; romances de Navidad o de la Pasión, como los «del reloj» de Calatayud y de Caspe; sanjuanadas, villancicos, marzas y mayas totalmente desaparecidas; estribillos, cantos infantiles, de comba, corro y cuna, etc.



Trajes de Calatayud.
(Foto Sicilia.)



«Copla alusiva», de Juan José Gárate.



Trajes de Fraga, Alcañiz, Zaragoza y Hecho; chicotén.



Museo Etnológico: Casa de la sierra de Albarracín.

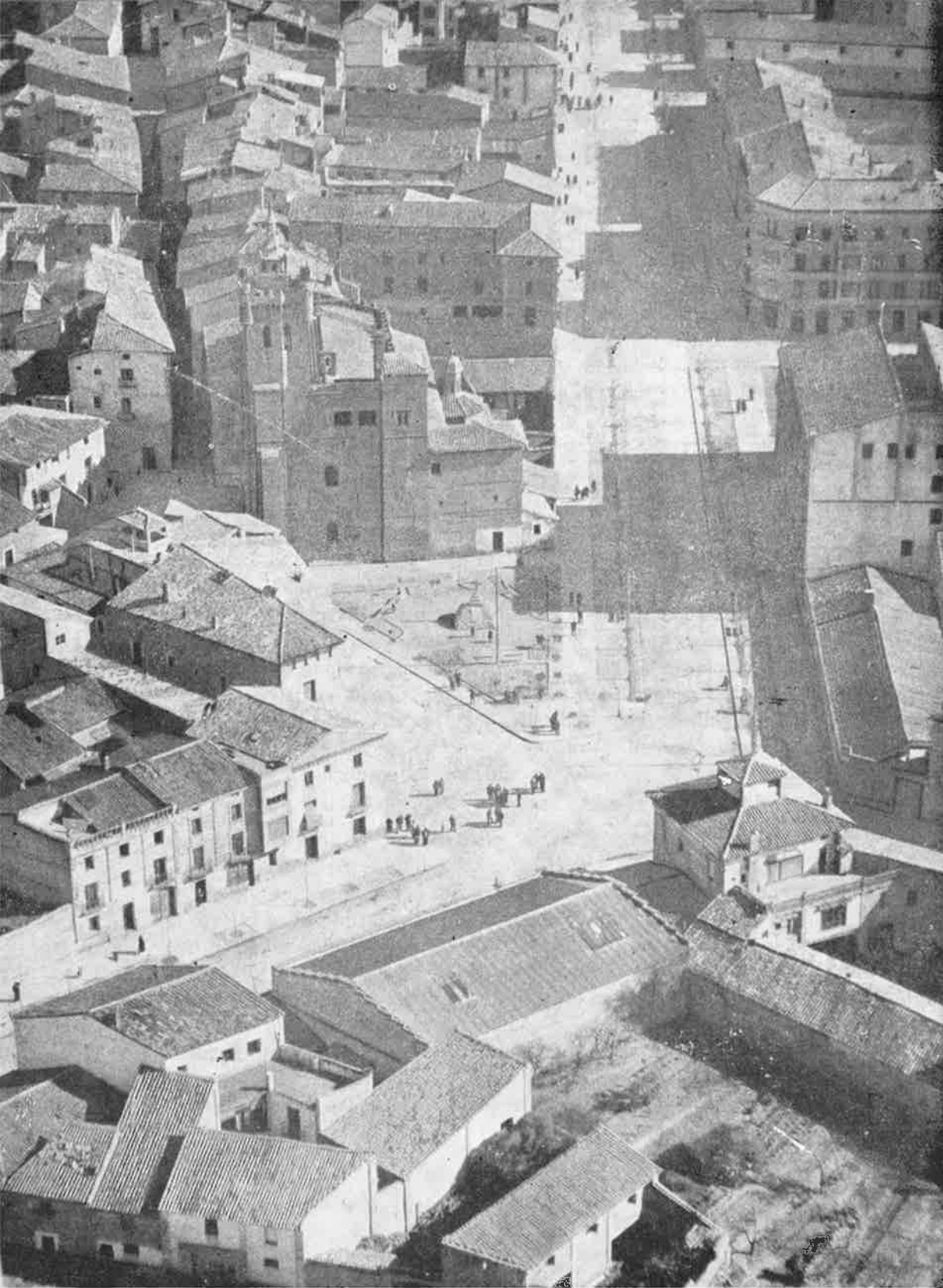
ARTESANIA

Fue muy importante la «artesanía» en el pasado, especialmente en la capital y en las ciudades moriscas de los valles; se refería a hilados, tejidos, aperos de labranza y guarnicionería, cestería, fabricación de serones, bastes y anguileras. Excepcional fue la cerámica de Muel, desde el siglo XVI hasta 1925, habiéndose logrado hoy su nueva puesta en marcha. Deben señalarse también los trabajos pastoriles en madera, la fabricación de «trucos» o esquilas para el ganado, la imaginería popular, juguetería y adornos domésticos; la sillería de asientos de anea; cerámica basta y botijería en Villafeliche, La Almolda y Lumpiaque. En actual proceso de revitalización, la Obra Sindical de Artesanía comprende más de millar y medio de afiliados dedicados al arte textil y del vestido, cuero, juguetería, cerámica, vidrio, hierro, metalistería, madera, corcho, etc.; sus productos figuran en ferias y exposiciones y auguran un renacimiento de estas nobles tareas.

JUEGOS

La afición a los «juegos de toros» tiene modalidades populares en Zaragoza, tales como las capeas de vaquillas, con la suerte «del roscadero», las corridas por las calles con toros libres, embolados, ensogados o «de fuego», tal como se conserva, entre otros sitios, en Tauste o en la zaragozana calle de Boggiero. Las plazas de carros han sido sustituidas por otras permanentes; las de mayor aforo son las de Zaragoza, de interés arquitectónico dentro de su sobriedad, con 13.013 asientos, y la de Calatayud, con 9.000. Menores son las de Ejea de los Caballeros, Tauste, Epila, La Almunia, Alagón, Tarazona, Sos del Rey Católico, Cariñena y Ateca. Zaragoza posee tradicionales e importantes ferias taurinas en octubre, en las Fiestas del Pilar, y en primavera.

Son fundamentalmente deportivos los juegos regionales; se practica aún la pelota a mano en frontón abierto de tres paredes, con la larga la izquierda, y en partidos de uno a tres jugadores por cada bando; es frecuente la fabricación de las pelotas con goma, lana y piel por los propios jugadores. Se practica aún el lanzamiento de barrón o barra, pieza de hierro de 7.200 gramos de peso, disparada a partir de una raya trazada en el suelo y midiéndose el tiro partiendo de la señal de cualquiera de sus dos puntas en el suelo; han desaparecido casi totalmente «el pelotón», jugado por dos bandos, como el trinquete, con pelota de frontón gruesa, de unos 15 centímetros de diámetro y protegiéndose los jugadores la mano con piezas de madera; y los bolos, que tenían lugar en un camino, lanzándose una bola de peso convencional (sobre 2,5 kilogramos) varias veces para alcanzar una distancia determinada, a veces grande y normalmente la que separaba a dos pueblos, obteniendo la victoria quien cubriese el recorrido en menos tiros.



Ejea de los Caballeros.

ESTRUCTURA SOCIAL DE ZARAGOZA

Zaragoza se halla influida, en su carácter y estructura, por sus minorías gobernantes, su posición como cabeza de una extensa comarca agrícola y comercial y la aparición de un potente desarrollo industrial con inmensas posibilidades de futuro. Es ciudad de fuerte vida universitaria, con Facultades de Filosofía y Letras, Derecho, Ciencias, Medicina y Veterinaria; de tradición militar, como cabecera de una Región y sede de la Academia General; mercantil e industrial, como denuncia la importante Feria Nacional de Muestras; y religiosa, con el primer templo mariano del Pilar y la presencia en la vida de la ciudad y de su demarcación del arzobispado y de los cabildos catedralicios. El crecimiento de Zaragoza está cambiando su base social, en la que influían poderosamente la clase de comerciantes, muchos procedentes de la montaña pirenaica, y el vigor de los grupos industriales, creadores de la Zaragoza moderna. De su acción han nacido el plan urbanístico de la ciudad, el impulso para el enorme crecimiento y las reformas de gran impulso, como el plan general de ordenación urbana, la creación del polo de desarrollo industrial y la clarificación del agua; en las comunicaciones, el puente de Santiago sobre el Ebro y los del Huerva; los accesos por carretera y el cubrimiento del ferrocarril Madrid-Barcelona a su paso por la ciudad.

Una importancia decreciente, pero no desdeñable, ha tenido para la aparición de las diferencias regionales, en lo que a Zaragoza se refiere, la peculiaridad legislativa.

Todo Aragón, y no sólo la provincia de Zaragoza, posee un «Apéndice foral aragonés», resultado de una larga evolución jurídica y política que hizo desaparecer peculiaridades como el justiciazgo, las cortes y los fueros, en el proceso unificador de Felipe II y, sobre todo, de Felipe V, tras la Guerra de Sucesión. El Apéndice Foral al Código Civil comenzó a regir en 1926 y consta de setenta y siete artículos, más uno final derogatorio de los «fueros y observancias del reino de Aragón», es decir, lo contenido en las compilaciones que comenzaron en tiempo de Jaime I, en 1247, obra del obispo de Huesca, Vidal de Cañellas, atemperado por las costumbres e incluso por el derecho común, que el Apéndice recoge en varios aspectos. En términos generales, el derecho aragonés ha admitido escasamente influencias francesas, romanas o canónicas, acudiendo, para suplir la deficiencia de las leyes, a la equidad y al sentido natural; es un derecho votado en cortes, popular y dirigido a una colectividad esencialmente agrícola; se protege el principio de la libertad, con ausencia casi total de normas prohibitivas, el de la unidad familia y la sencillez.



Panorámica de la Feria de Muestras.

En sus preceptos hay algunos que rechazan el concepto romano de patria potestad, no aceptan los bienes parafernales, rechazan la responsabilidad ultravires del heredero, etc. El carácter agrícola está patente en la diferencia de trato entre bienes raíces y muebles en el régimen económico del matrimonio, la continuación de la sociedad conyugal fallecido uno de los esposos y aun durante las segundas nupcias del superviviente, el concepto de la casa o patrimonio familia y su posible transmisión sin desmembramientos. Otras peculiaridades existen en la ausencia, tutela, mayoría de edad, servidumbres, contratos de compra, venta y ganadería y, sobre todo, en las sucesiones y sociedad conyugal y viudedad, que son los epígrafes más extensos del Apéndice.

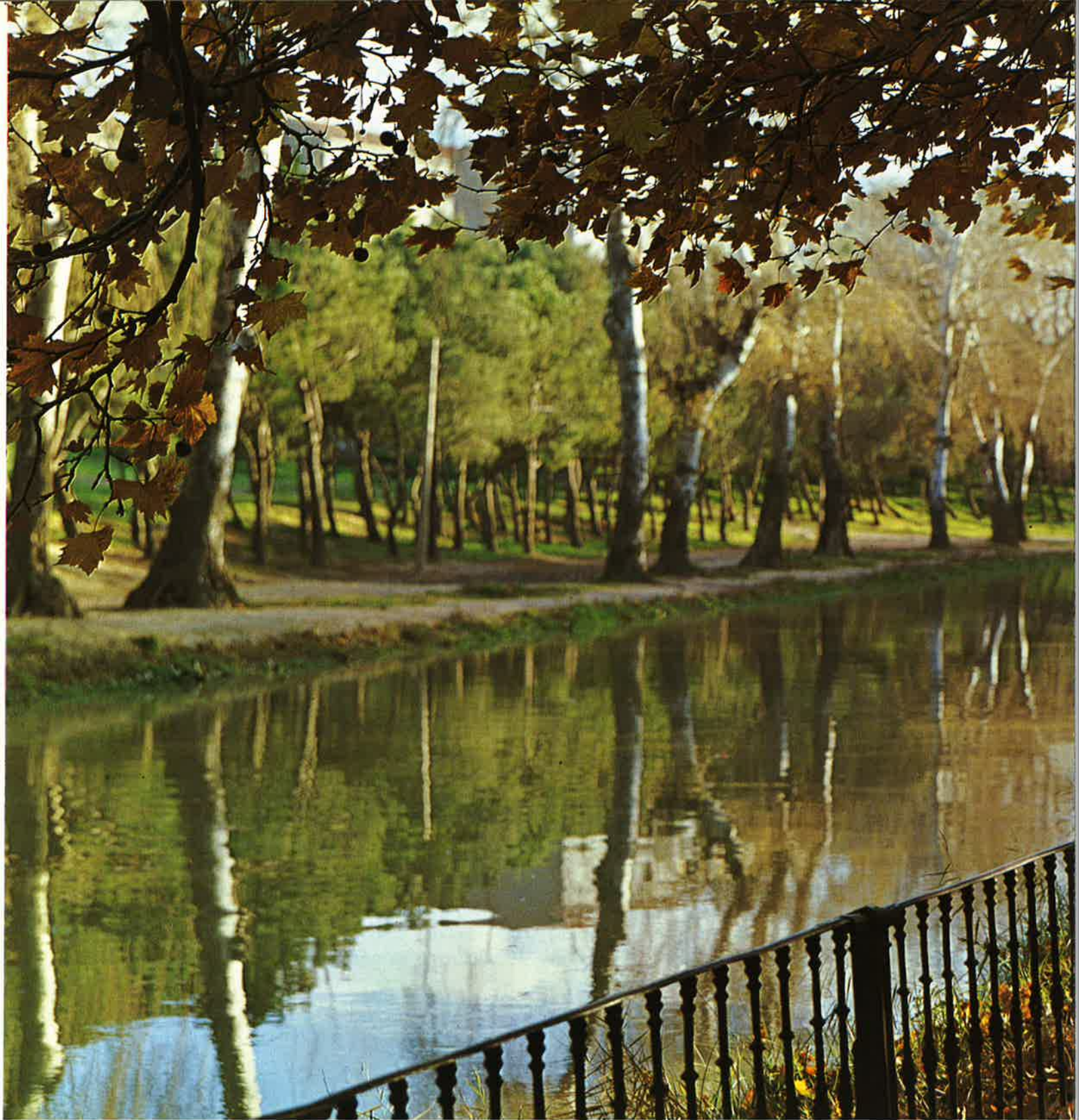
Actualmente, la prelación de fuentes legales en Aragón se inicia con las disposiciones posteriores al 7 de diciembre de 1925; sigue con el Apéndice foral en dicha fecha y cuanto no esté en él preceptuado se regirá por el Derecho común español. La reforma y puesta al día del Apéndice ha sido confiada a una comisión de juristas aragoneses, cuyo anteproyecto ha sido publicado en julio de 1962.

Por otra parte, la industrialización y el fenómeno actual del desarrollo de las ciudades cambian la raíz de la composición social.

Zaragoza y su provincia no podían librarse del problema del desarraigo y de las mutaciones producidas por el progreso material, por el cambio de vida. De aquí las fuertes migraciones interiores que tienden al abandono de los medios rurales no industrializados y a la acumulación de la población en los grandes núcleos urbanos. El crecimiento fabuloso de la capital, Zaragoza, y su atracción irresistible sobre los pueblos, es indiscutible e inevitable.

En líneas generales, el movimiento natural de la población, es decir, la relación entre la natalidad y la mortalidad, coincide con la media de España; el movimiento migratorio ha hecho que la provincia haya aumentado menos de lo que representa el crecimiento natural. Si tomamos como período de experimentación el medio siglo 1900-1950, la provincia ha dado contingentes de emigración que han llegado de un mínimo anual de 12.400 a un máximo de 31.800 personas; en cambio, la capital ha recibido inmigrantes, en el mismo período, que oscilan entre 10.000 y 25.000 anuales, dejando aparte el año 1940, en el que el reajuste de la población a fines de la Cruzada provocó una llegada de 65.000 habitantes. Este éxodo se ve aumentado por el que se dirige a otros centros concretos de atracción, bien por razones de proximidad o por la oferta de trabajo y de elevación del nivel de vida. Veamos unas cifras referidas a 1940: en dicho año en Barcelona había 28.269 zaragozanos, es decir, algo menos del doble que el segundo pueblo de la provincia; 12.670 se habían trasladado a Madrid; más de 4.000 a Huesca y otros tantos a Navarra; entre 2.000 y 3.000 a cada una de las provincias de Vizcaya, Valencia y Teruel; finalmente, el millar de zaragozanos era rebasado en Guipúzcoa, Lérida, Logroño, Soria y Tarragona.

Canal Imperial de Aragón.





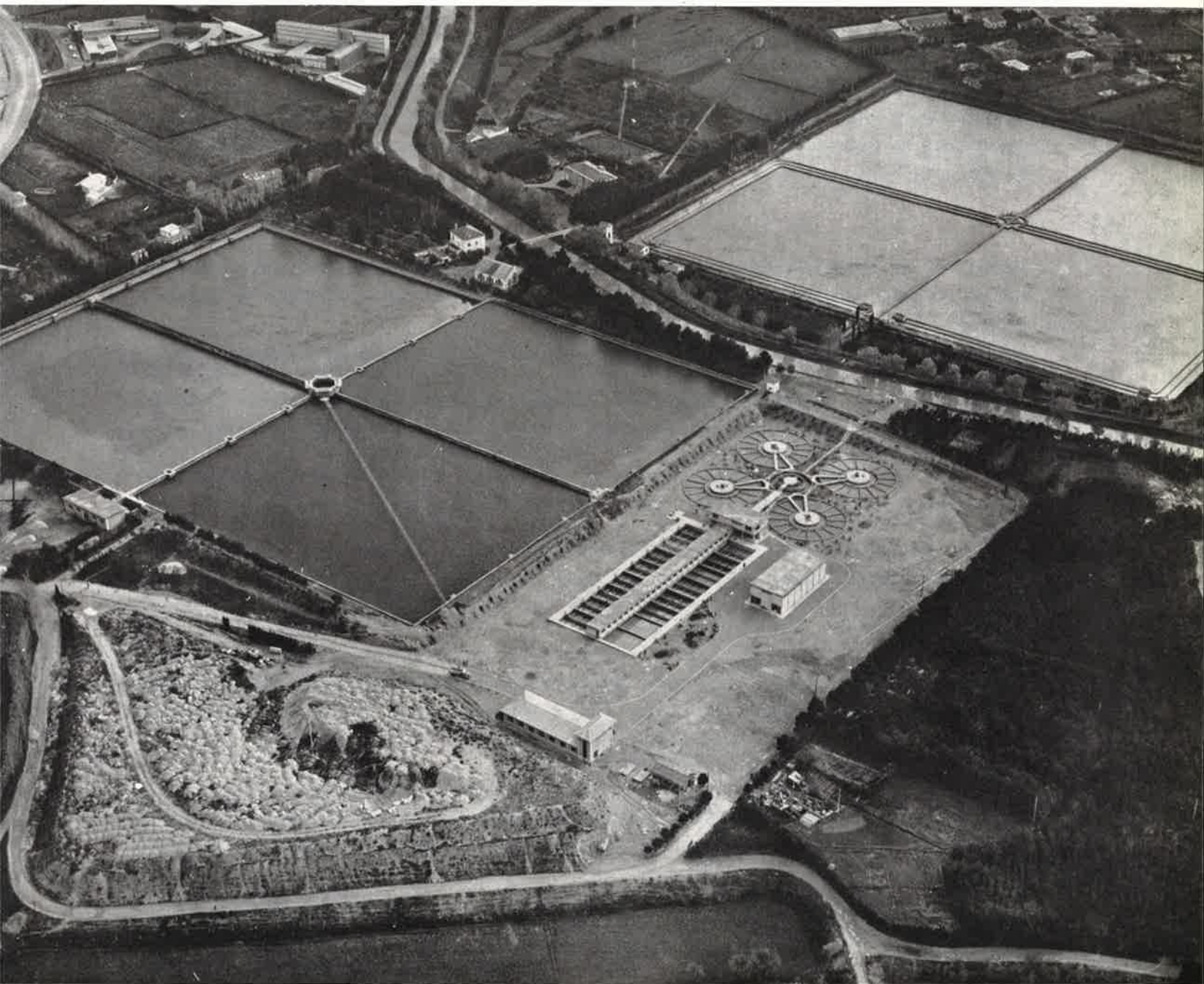
Si analizamos con detalle estos movimientos, hallaremos que la corriente hacia Madrid es, fundamentalmente, de funcionarios y altos técnicos; la de Barcelona, de obreros especializados y técnicos medios; la que se dirige a las pequeñas capitales próximas, de funcionarios en espera de regresar a Zaragoza; hay, finalmente, una pequeña corriente «de golondrina» entre Zaragoza, Navarra y Tarragona.

Si analizamos los años 1950-1957, en que lo expuesto se agudiza, apreciaremos que la población de la provincia ha descendido de 657.512 a 641.844 almas, mientras que la capital, en el mismo tiempo, subía de 264.256 a 292.329 habitantes. Examinando ahora lo ocurrido en los pueblos, encontraremos que han disminuído todos los del partido de Ateca, Belchite, Cariñena y Sos del Rey Católico; en otros partidos han disminuído los pueblos en beneficio de la cabecera, como ocurre en Borja, que aumenta 902 mientras su distrito disminuye 2.833; Ejea, que aumenta 2.429, y levemente Puendeluna, Remolinos y Sierar de Luna, mientras el resto del partido disminuye 2.025; Caspe aumenta 2.905 y su partido disminuye 1.790; Daroca suma 286 habitantes, mientras al partido se le restan 4.408; Pina de Ebro gana 507 y su distrito pierde 1.114; el partido de Tarazona aumenta ligeramente en la capital y pierde 1.871 en el resto; el partido de Zaragoza gana en total 61.023 habitantes. Es decir, que sólo los partidos de Caspe, Ejea y Zaragoza han aumentado su población, y esto en las cabeceras. En 1966, la totalidad de la población de la provincia era de 718.977, y 414.331 la de la capital, con un aumento del 5,3 por ciento sobre 1965.

Hay que hacer constar que, de los trescientos dos Ayuntamientos de la provincia, hay cuatro de menos de cien habitantes, diecisiete de menos de doscientos y treinta y cinco de menos de trescientos, hecho que dificulta mucho el cumplimiento de sus fines y el de las legítimas ambiciones de sus pobladores. Para remediar este mal se ha intensificado la agrupación de municipios para mejorar y utilizar conjuntamente los servicios, intentándose la creación de organizaciones supramunicipales de carácter comarcal, mejorando al mismo tiempo las condiciones de vida económica, cultural y social de los pueblos de la provincia. Se estudia a fondo cuándo la migración es la solución mejor y cuándo deben aumentarse los índices de rendimiento y de riqueza para fijar la población. Consecuencia de los propósitos enunciados han sido la anexión de Torrecilla de Valmadrid a Zaragoza, de Cunchillos a Tarazona y de Tiermas a Escó; y la fusión de Pintano y Undués Pintano en un pueblo llamado Los Pintanos.

Otros factores positivos han sido la aparición de nuevos pueblos en los terrenos colonizados de La Violada y las Cinco Villas, desplazando contingentes humanos desde zonas agrícolas improductivas a los nuevos cultivos.

Por otra parte, Zaragoza recibe numerosos inmigrantes de provincias vecinas, o bien de otras lejanas, que acuden a las nuevas industrias, o como funcionarios; sin poder aducir cifras exactas, la presencia de casas regionales de Valencia, Andalucía, Navarra, Cataluña, Galicia y



Estación clarificadora de agua en Zaragoza.

Soria, que suman 2.321 afiliados, denotan fuertes núcleos de dichas provincias. Los inmigrantes españoles a Zaragoza fueron 12.586 en 1968, y los emigrantes, en la misma fecha, 9.353.

Factor aparte es el de la emigración exterior, especialmente la de temporada, que tiene repercusión en la vida económica y laboral de la provincia, puesto que alcanza a unos 3.000 productores en cada uno de los tres últimos años, con ligero descenso en 1963 (2.789), que en 1966 han bajado a 404.

COMUNICACIONES

Además de un creciente tráfico aéreo con Madrid y Barcelona y una débil navegación fluvial por el Canal Imperial y el Ebro, la red de comunicaciones de la provincia es amplia y completa.

Los ferrocarriles cuentan con 554 Km. de vía normal y 121 de vía estrecha, siendo el núcleo principal Zaragoza, con tres estaciones ferroviarias y comunicaciones directas de viajeros con Madrid, Barcelona, Valladolid, Bilbao-Irún, Cariñena, Tortosa, Logroño, Teruel, Valencia, Arcos, Caspe-Alcañiz, Coruña-Vigo, Canfranc, Huesca y Lérida. Las líneas que pasan por la provincia son las de Madrid a Barcelona por Caspe, con 272 Km., sirviendo a todos los pueblos de la ribera del Jalón, desde Monreal de Ariza a Pinseque, y a los de la orilla derecha del Ebro, desde el citado pueblo hasta Fayón. La línea de Madrid a Barcelona por Lérida tiene el recorrido común con la citada y con la de Zaragoza a Canfranc, por el valle del Gállego. De estas dos líneas nacen ramales a Valladolid, desde Ariza, con sólo 8 Km. en la provincia de Zaragoza; desde Calatayud a Soria y Burgos, con 47 Km. de recorrido, a lo largo de la rambla del Ribota hasta Torrelapaja; y por el valle del Jiloca hasta Caminreal, con recorrido entre Paracuellos y Daroca, de 42 Km.

El de Zaragoza a Canfranc tiene 36 Km. en Zaragoza, empalmando con la línea francesa de Olorón y Pau; desde Zuera, y por breve espacio en la provincia, otra línea continúa a Lérida, Tardienta y Huesca. En la línea Bilbao-Irún a Zaragoza, con 52 Km., están los pueblos de la orilla derecha del Ebro, desde Mallén; han desaparecido los ramales Tudela - Tarazona, Gallur - Sádaba, Mallén - Borja y Zaragoza - Utrillas.

A Valencia (88 Km. en la provincia) va el ferrocarril por el valle del Huerva hasta Muel, luego atraviesa el campo de Cariñena, asciende al puerto del Alto, en la Ibérica, y vuelve al valle del Huerva en Mainar y Villarreal, abandonando la provincia por Badules, en el campo de Romanos.

Ariza, Calatayud, Mallén, Casetas, Zuera y, sobre todo, Zaragoza, son los empalmes ferroviarios de la provincia. Zaragoza cuenta con una moderna funcional y muy bella estación, llamada del Portillo, sustituyendo este nombre al de Campo del Sepulcro.

La red de carreteras en la provincia comprende 3.420 Km., de los cuales 2.509 son del Estado y 911 provinciales o caminos vecinales. La Red Azul tiene 431 Km. dentro de la provincia, mientras que 179 son nacionales, 709 comarcales y el resto locales. Los caminos vecinales suman 866 Km.

La ruta más importante es la de Madrid a Barcelona, paralela al ferrocarril hasta Calatayud y luego desviada de él y del río Jalón para llegar a Zaragoza por La Almunia y La Muela; continúa después por la orilla izquierda del Ebro y sale de la provincia atravesando los Monegros, por Bujaraloz. Esta ruta, bien pavimentada, corregidos o en vías de corrección los puestos y puntos peligrosos, está excelentemente servida de estaciones de gasolina, talleres de reparación y restaurantes. Es de intensa circulación y presentan riesgos de heladas o nieblas los puertos entre La Almunia y Calatayud.

La de Zaragoza a Logroño y Pamplona, paralela al ferrocarril, es de muy intenso tráfico, buen firme y está bien dotada de servicios; algunos puntos peligrosos, como las curvas de Pedrola y la travesía de Alagón, se han corregido. La carretera a Teruel y Valencia está trazada junto al ferrocarril hasta Mainar, desviándose entonces hacia Daroca y Villanueva; tiene buen firme, ha de atravesar el puerto de Paniza, de 934 m., y ha sido dotada, recientemente, de buenos servicios de ruta.

Por la orilla derecha del Ebro va la carretera a Castellón, de firme ondulado y trazado cómodo; llega hasta Quinto, en la provincia.

Al tráfico interprovincial sirven las carreteras de Gallur a Agreda y Soria, por Tarazona; pintoresca, aunque estrecha en algunos tramos y con pavimento deficiente en otros. A Soria conduce también la Sagunto-Burgos, que en la provincia corre entre Daroca-Calatayud, Torrelapaja, con firme aceptable y servicios menos frecuentes que en las rutas citadas hasta ahora. Pequeños tramos tienen en la provincia las carreteras de Zaragoza a Francia, por Huesca y Canfranc, y de Jaca a Pamplona.

De gran interés turístico es la carretera de Gallur a Sádaba, por Tauste y Ejea, con excelente firme y trazado, empalmando con la de Alagón a Tauste por el nuevo puente de Pedrola, sobre el Ebro.

La red de carreteras permite un denso servicio de autobuses, con líneas que es imposible enumerar; desde Zaragoza parten sesenta y siete líneas, algunas interprovinciales, a Alcañiz, Estella-Tudela, Huesca, Jaca, Cariñena, Lérida, Logroño, Montalbán, Pamplona, Soria-Valladolid y Teruel.

En relación con la red zaragozana de carreteras está el problema de la travesía del río Ebro, fundándose muchas de las ciudades como cabeza de puente, tal como ocurrió en época roma-

na con Gelsa (Velilla de Ebro) y Cesaraugusta (Zaragoza). En los últimos años se ha procedido a tender o reconstruir puentes sobre el Ebro, actualmente atravesado por carreteras en Gallur, Pedrola, Zaragoza, Gelsa, Sástago, Caspe y Mequinenza; fuera de estos puntos, la travesía puede hacerse mediante barcas aptas para transbordar personas, caballerías y aun coches; este servicio existe en Pradilla, Remolinos, Cabañas, Alagón, Alcoea, Pina, Velilla, Alborge, Alforque, Escatrón y Chiprana.

La situación de la provincia de Zaragoza ocasiona una gran densidad de circulación automovilística, sobre todo en las épocas de afluencia del turismo, de la que sólo una pequeña parte corresponde al parque provincial de vehículos. Estadísticamente, el parque provincial de vehículos llega a cerca de 75.000.

Monumento al Justicia
y avenida de la Independencia



ESTRUCTURA ECONOMICA

POBLACION LABORAL

Ascendía, a fines de 1966, a 298.687 personas, de las cuales el 32,79 por ciento pertenecía al sector agrícola, con 97.968 individuos; el 35,4 por ciento, al industrial, y el 31,81 por ciento a servicios, cifrados en 94.969 personas. Actualmente, según el último censo, es de 394.000 habitantes, y seguramente al terminar este libro anda cerca del medio millón. Estos promedios son muy satisfactorios como punto de arranque para el futuro desarrollo provincial, si tenemos en cuenta la evolución entre 1950 y 1963, que nos muestra un descenso de la población agrícola del 47,1 al 35,8 por ciento, en tanto que la industrial se elevaba del 26 al 34,3 por ciento, o sea, de 64.169 a 94.875 individuos, mientras que la dedicada a los servicios crecía del 26,9 al 29,9 por ciento.

RENTA PROVINCIAL

En la consideración de la población laboral influye también el carácter de cada comarca y los movimientos interiores de migración; los diez habitantes por kilómetro cuadrado de los Monegros, los veinte de Cinco Villas, los cincuenta de la ribera del Ebro, de Mallén a Casetas —aún mayor cerca de Zaragoza—, nos muestran índices de acumulación y de despoblación que están en función de la reestructuración realista de la población provincial.

La renta por individuo, en la provincia, era en 1961 de 20.255 pesetas, dando una renta total de 13.302.000 pesetas; la comparación con la renta nacional «per capita» es bastante halagüeña si se toma como índice la de 1963, cifrada en 20.557 pesetas. Naturalmente, en la distribución provincial se oscila entre la renta más alta, de 26.939 pesetas, en Zaragoza, y la más baja, en Sos, de 10.868, siendo de 12.682 en Caspe, mientras Tarazona, Pina y Cariñena pasan de 21.000, Ejea y La Almunia están sobre 20.000 y Belchite, Calatayud y Daroca pasan de 17.000 pesetas por persona. Si se utilizan los estudios comparativos realizados por el Banco de Bilbao, advertiremos que la renta provincial de Zaragoza es más favorable de lo que suele pensarse, equiparándose a zonas como Valencia, Tarragona y Gerona y estando por debajo de Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa y Madrid.

El incremento de la renta media está siendo favorecido por la industrialización y la creación en 1964 de un polo de desarrollo industrial en Zaragoza ha de resultar un factor positivo





Fachada principal
del Ayuntamiento.

de elevación. Indudablemente, la provincia ha padecido largas épocas de abandono y el empobrecimiento de las tierras por las guerras, la roturación excesiva y por la acción de los leñadores y carboneros, con la consiguiente deforestación y débil producción, hicieron disminuir terriblemente la renta. La muerte de muchos bosques, como ocurre con los residuales de la Retuerta de Pina o de la Sierra de Alcubierre, los arrastres de tierra fértil por las lluvias torrenciales y las alternativas estacionales, hicieron el resto. Por ello, resulta prodigiosa la mutación establecida en los últimos lustros con la implantación de nuevos planes de regadío, la formación de planes racionales de cultivo, repoblación forestal, concentración parcelaria y colonización de yermos. Aunque la política hidráulica aragonesa tenga su raíz en el Decreto de 5 de marzo de 1926, creador de la Confederación Hidrográfica del Ebro —y antes, si se quiere, con la creación del Canal Imperial y las grandes arterias de riego—, la realidad es que sólo ahora se ha acometido el problema globalmente.

Las obras más importantes son el pantano de Yesa, que embalsa desde hace poco tiempo las aguas del río Aragón; luego, los de Ardisa y Sotonera permitirán la irrigación de los seccarales de los Monegros; el de las Torcas y el de Mezalocha, sobre el Huerva, permiten el riego de 3.500 hectáreas; la presa de Pina, de derivación, sobre el Ebro, beneficia más de 5.000 hectáreas; los pantanos de San Bartolomé, sobre el Arba de Luesia, en Ejea, 3.000; el de Valdelafuén, con aguas del Riguel, en Sádaba, 1.390, y el de Val de Castán, sobre el Arba, en Tauste, 1.200. Por otra parte, el de la Peña, en la provincia de Huesca, aparte de ser utilizado para otros usos, permite riegos entre Zuera y Pina en una extensión de 16.00 hectáreas; 9.000 más corresponden al canal de Tauste y 28.00 al Imperial de Aragón, que, aparte de suministrar agua potable, alimenta los riegos de veinte pueblos, «ad incredulorum convictionem», como reza la inscripción mandada grabar por el canónigo Pignatelli en una fuente junto a las esclusas de Casablanca.

Aunque la realidad sea halagüeña, el propósito futuro inmediato es grandioso, pensándose pasar de las 140.000 hectáreas actuales a un máximo posible de 390.000 con los canales de las Bardenas, los Monegros, Monegrillo, Lodosa (prolongación), Imperial (ampliado), aparte del programa futuro del gran canal de la derecha del Ebro, desde las Conchas de Haro hasta el río Guadalope, los regadíos de este último río y del Huerva y las zonas complementarias de los viejos riegos de Zaragoza. Sin detallar las obras recién terminadas y en curso, baste citar, como ejemplo, el pantano de Yesa, con capacidad de embalse de 450 millones de metros cúbicos, que puede llegar a regar por sí solo 132.240 hectáreas, complementándose con el pantano de Ardisa, sobre el Gállego, a través de 140 kilómetros de canal, a razón de 60 metros cúbicos por segundo (aunque las dos primeras fases se reduzcan a 57.500 hectáreas). El canal de Monegros podrá regar, al Sur de la Sierra de Alcubierre, atravesada por un túnel, 33.000 hectáreas, y otras 30.000 el de Monegrillo.





Parque Primo de Rivera (Jardín de Invierno).

La citada política se completa con la «concentración parcelaria» llevada a cabo, con mucho éxito, en la totalidad de los términos de Uncastillo y de Sádaba, habiendo desaparecido el minifundio y sirviendo aquí de ejemplo para futuras actuaciones; y con la «repoblación forestal», realizada por la Diputación Provincial, el Estado y los pueblos en consorcio, que ha permitido llegar a unas 12.000 hectáreas entre 1944 y 1963. Por su parte, las tareas de «colonización» han dado lugar a la puesta en cultivo de muchas tierras y a la creación de bellos y limpios pueblos en los antiguos desiertos; así, Puilato y Ontinar del Salz, en La Violada; Alera y Cubilar, en Sádaba; Sancho Abarca y Santa Engracia, en Tauste, y El Bayo, Bardena del Caudillo, Valareña, Santa Anastasia, Sabinar y Escorón, en Ejea.

Otro movimiento importante es el de las cooperativas agrícolas. Los escritores tradicionales repetían, como característica esencial de lo aragonés, el individualismo y la resistencia al régimen cooperativo; actualmente funcionan en Zaragoza más de 120 cooperativas, con unos 30.000 agricultores, y el movimiento está en alza. La capacitación del factor humano, del que se ocupa la Escuela de Gerentes de Cooperativas, y el funcionamiento de futuras escuelas de capataces que complementen lo que hoy se hace, mejorarán aún la situación presente.

AGRICULTURA Y GANADERIA

Una visión general de la agricultura zaragozana nos muestra el centro de la depresión del Ebro, de clima continental mediterráneo, con una vocación agrícola vuelta hacia los cereales, el olivo, la vid y el almendro, con extensos yermos y la fertilización mediante el barbecho o —como se dice en la provincia— «el año y vez». Las escasas zonas forestales se localizan en el Norte y en las sierras ibéricas, con escasos aprovechamientos de pastos verdes y de madera; en el Moncayo, las minas no terminaron con los bosques, pero la ganadería, aun aquí, es exigua y se practica como subsidiaria de la agricultura. Son muy importantes, aunque sean poco extensas, las vegas del fondo de los valles. Los ganados trashumantes completan la visión del problema, que sólo los regadíos modernos han comenzado a atacar con efectividad. El fracaso de algunos cultivos, como la vid, estimulada por la demanda francesa durante la filoxera de 1870-74 y luego aniquilada por la plaga; la euforia de la remolacha y su declive; los cambios producidos por la introducción del arado de vertedera, el «bravant» y el tractor; la mecanización actual y el triunfo en la lucha por la captación del agua y por la sujeción de las tierras, son episodios de la historia de la situación actual.

Partiendo de 1.713.000 hectáreas en la provincia, 652.000 son de pastos naturales de secano, dehesas, sotos, montes, espartizales y eriales; 150.000 hectáreas, aproximadamente, de regadío, y 1.250.000 hectáreas de secano, que sólo en las zonas frescas del Norte pueden ser consideradas como de semisecano.

Salón de sesiones
del Ayuntamiento.



Los productos normales en el regadío son el trigo, la cebada y, en menor cantidad, el centeno, la avena, el maíz y el arroz, sin olvidar el aprovechamiento de la paja. Se han estimado las posibilidades de almacenamiento en los almacenes-granero en 791.100 quintales, y en silos de 361.000 quintales. La remolacha es aún cultivo importante, y más la vid y el vino, el olivo y el aceite.

Los frutales, de gran calidad, producen una cosecha de más de 200.000.000 de kilogramos, siendo los más importantes las manzanas, peras y membrillos, de pepita, y los albaricoques, melocotones, ciruelas y cerezas, de hueso, sin olvidar los higos, almendras y nueces; en total suponen más de 100.000.000 de pesetas. Se inicia ahora el aprovechamiento industrial y la exportación, mediante conservas, zumos, pulpas y utilización íntegra de productos tarados, sin olvidar la organización de los agricultores y la mejora de cultivo. Exponente claro de esta política es la feria anual de la fruta, en Calatayud. Otros productos importantes son la patata, hortalizas, leguminosas; plantas textiles, como el cáñamo, lino, algodón y esparto, y ajos, azafrán y alfalfa.

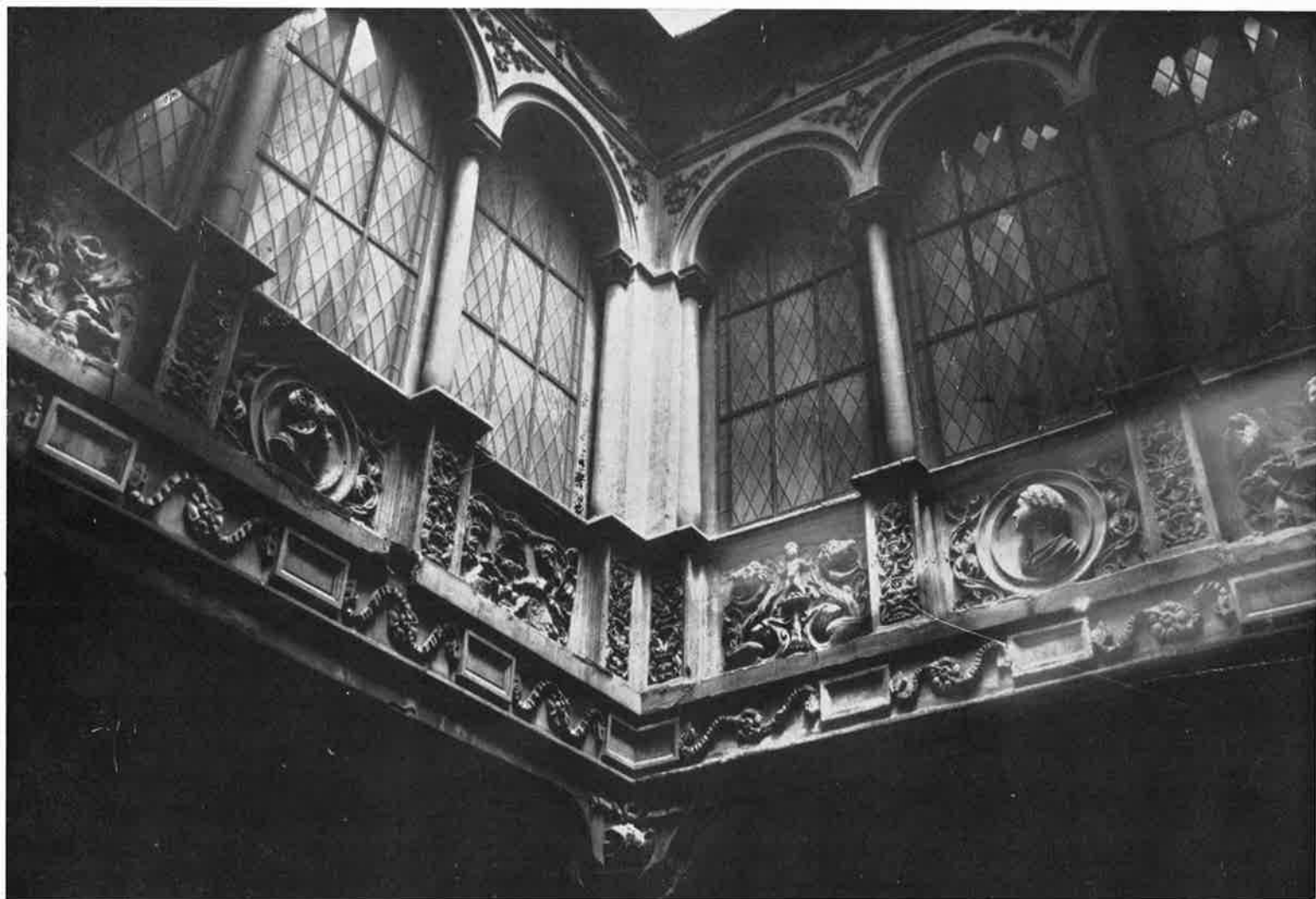
El secano tiene 240.000 hectáreas en siembra de cereales y 191.000 en barbecho; el monte bajo y semejantes, 577.000; la viña, 77.000; 44.000 los espartizales, 13.200 el olivar, 232 hectáreas las plantas forrajeras y 5.500 los pinos resinosos.

La «ganadería» es baja en relación con las demás provincias españolas. El cálculo de 1953-54 daba 0,23 unidades pecuarias, con 2,2 ovejas por individuo. Las cifras absolutas de dicho año eran 47.000 mulas, 19.000 asnos, 10.000 caballos, 16.000 cabezas de ganado vacuno, 57.000 de cerda, 750.000 conejos, 650.000 aves de corral, 783.000 ovejas y 111.000 cabras. En los últimos años se ha mejorado mucho la ganadería; así, la Diputación Provincial ha creado servicios de inseminación artificial; los organismos competentes han logrado el crecimiento del ganado vacuno y de cerda y de las aves en granjas especializadas, mientras que han descendido los animales de tiro, por la mecanización del campo, y el ganado cabrío, por la elevación del nivel de vida. En 1965 había 32.778 vacas, 1.007.225 ovejas, 41.409 cabras, 48.493 cerdos, 4.341 caballos, 26.680 mulos y 9.209 asnos; el aumento del ganado vacuno y ovino y el descenso del caprino marcan la saludable reacción ganadera.





Escalera de honor del Ayuntamiento.



Casa de los Pardo: Detalle galería superior.



Un ensanche de la ciudad con la Plaza de Toros y el Hogar Pignatelli en primer término.





Vista aérea con la torre de San Pablo, a la izquierda, la de La Seo, al fondo, y el Pilar entre ambas.

→ La plaza de Paraíso, uno de los núcleos de dispersión viaria de la Zaragoza del siglo XX, desde la antigua puerta de Santa Engracia y la plaza de Aragón, los paseos radiales de la Independencia, Calvo Sotelo, General Mola y de las Damas, con el «Reducto del Pilar» en su arranque. Y entre ellos barrios creados en pocos años. Como anuncio de una gran vía transversal, la avenida de Goya, nacida sobre lo que fue zanja del ferrocarril Madrid-Barcelona.



Plaza de España y avenida de la Independencia.





CAJA
DE AHORROS
MONTE DE PIENSA
TARAPACA
SANTIAGO Y SULLA

NOBIT





← La Zaragoza romana y medieval, presidida por la Basílica del Pilar y los puentes sobre el río Ebro. Aún se dibujan el perfil casi rectangular de Caesaraugusta, entre las murallas romanas y la Magdalena, entre el puente de Piedra y la plaza de España, y los arrabales añadidos en la Edad Media, el de San Pablo y el de las Tenerías, llenando la totalidad del plano la Zaragoza de los Sitios, desde el Portillo a Santa Engracia, con la Plaza de Toros y las urbanizaciones nacidas sobre el antiguo Hogar Pignatelli.

CAZA Y PESCA

Existe abundante caza en la provincia, incluso mayor, en los montes de Uncastillo, Leciñena, Caspe (Valdurrios), pinares de Zuera, Moncayo y en el vértice Norte de Sos, donde se encuentran jabalíes. Hay raros ejemplares de ciervo en el despoblado de Valdurrios; rebeco y corzo, en escaso número, en la comarca del río Aragón; gamos en aclimatación, en el Moncayo. La caza del ciervo y el gamo está prohibida en toda la provincia. Hay, además, abundancia de aves acuáticas en la laguna de Gallocanta y en el pantano de San Bartolomé; perdiz roja, conejo, liebre, paloma, codorniz, tórtolas y tordos en toda la provincia, pero especialmente en los secanos. En el término de Zaragoza existen seis cotos de caza en el Acampo del Santísimo.

La pesca da abundantes barbos en el río Ebro, que posee, además, carpas en la presa de Pina, en El Burgo de Ebro y en el galacho o embalse formado en las avenidas de la Alfranca, en La Puebla de Alfindén. El lucio se encuentra en el Gállego, procedente del desagüe del Sotón, y en el Ebro; el Gállego tiene también barbos, madrillas, anguilas y carpas. El Huerva es abundante en cangrejos, sobre todo en Villarreal, Muel y María; también se encuentran en el Manubles, el Huecha, el Aguasvivas y el Queiles. Trucheros son los afluentes del Jalón, Isuela, Aranda, Ribota, Manubles, Mesa y Piedra. Existe una piscifactoría en el Monasterio de Piedra y un coto provincial, funcionando todo el año, en El Burgo de Ebro, a quince kilómetros de Zaragoza. Ha sido repoblado con perca americana y carpa royal, o trucha canadiense, el pantano de San Bartolomé, en Ejea. El de las Torcas ofrece barbos y cangrejos.

ENERGIA ELECTRICA

Zaragoza, en 1967, ha producido, sólo a través de «Eléctricas Reunidas», 1.110 millones de Kw. hora, procedentes de centrales hidráulicas y térmicas. Las más importantes, con la producción actual o prevista que se indica, son las hidroeléctricas de Mequinenza, sobre el Ebro, con 324.000 Kw., y las tres de Sástago, que totalizan 28.200 Kw. En el Gállego, las de Marra-cos, Murillo y San Mateo suponen cerca de 9.000 Kw. Embid, Calatayud, Purroy, Riela y dos de Calatorao, en el Jalón, reúnen 7.600 Kw. Finalmente, la de Nuévalos, en el Piedra, alcanza 1.440 Kw., y 1.700 las de Los Fayos. El resto de las pequeñas centrales, en el Jiloca, Mesa, Manubles y en otros canales y acequias, añaden sólo unos 2.000 Kw.

Las centrales térmicas son la de Escatrón, con 172.500 Kw.; Terrer, Luceni, Zaragoza y Epi-la, para azucareras, con 11.394 Kw., y una de «Eléctricas Reunidas», en Zaragoza, con 4.000, quedando dos pequeñas, en Daroca y Ariza, con 120 y 80 Kw., respectivamente.

A añadir la central térmica de Aliaga y los saltos de Javierrelatre, Canalroya y Jaca, éstos en servicio desde 1967.

Un ángulo de la Zaragoza que crece en el siglo XIX, multiplicando sus problemas y enquistando → en el límite urbano antiguos pueblos del extrarradio. Aquí, el palacio de la Aljafería, el ferrocarril y sus instalaciones fundadas en lo que un día eran afueras y hoy en el centro del casco urbano, y el barrio de las Delicias.



Zaragoza es el primer núcleo industrial de Aragón. Las industrias extractivas de sal gema, lignitos y canteras se reducen a las minas de lignitos de Mequinenza, cuyas doce explotaciones, en 1966, con 600 obreros, han producido 67.000 toneladas, y a las de sal gema de Remolinos y Torres de Berrellén, que ocupan a 172 productores, con un rendimiento de 41.224 toneladas. Menos importancia tienen las extracciones de hierro en Tierga, Morata de Jalón y Purroy; de barita, en Herrera de los Navarros y Tobed, en proceso de crecimiento; de cobre, con pequeña producción, en Biel. La carencia de piedra de construcción en el valle del Ebro otorga relativa importancia a las calcitas, mármoles y piedra de cantería de Calatorao, Riela, Epila y La Puebla de Albortón.

La industria de transformación tiene, en el ramo de alimentación, 151 industrias en la capital (74 de azúcar, 34 de bebidas, 19 de cereales y sus productos, 12 de productos diversos, 10 de ganado y productos cárnicos, 6 de frutos y productos hortícolas, 5 de aceites y grasas alimenticias y una de productos lácteos) y 463 en la provincia, sobresaliendo los 256 molinos de harinas, las 104 fábricas de aceite, las 51 de bebidas (alcohólicas o no) y sus derivados y las 17 de conservas, aceitunas y encurtidos. La industria azucarera es la más importante de España, puesto que, con Navarra y Rioja, produce un tercio del total nacional; las fábricas de Alagón, Aragón, Casetas, Epila, Agrícola del Pilar, Luceni, Gállego y Terrer produjeron 63.060 toneladas en la campaña de 1962-63.

La industria textil, utilizando algodón, lana y, en menor cantidad, el lino, cáñamo, seda, yute, etcétera, tiene 118 industrias en la capital y 32 en la provincia, de ellas 18 en Tarazona, con 1.615 productores.

Muy importante es la industria metalúrgica, con 585 factorías en la capital y 5 en la provincia; de ellas, 42 son metálicas básicas, de laminación, forja, fundición, etc.; 128 de maquinaria y material de transporte, y el resto de otros productos metálicos, sin contar en estas cifras los talleres de la provincia. Debe señalarse la industria de camas metálicas, fundición, maquinaria agrícola, aparatos de precisión, construcción de vehículos automóviles todo terreno y camiones, «Material Móvil y Construcciones», «Maquinista y Fundiciones del Ebro», «Factorías Mercier»...

De las industrias instaladas antiguamente sobresale por su volumen la de «Material Móvil y Construcciones, Antiguos Talleres Carde y Escoriaza», S. A., fundada en 1897, en la subida de Cuéllar, con un capital de 225.000 pesetas y una plantilla de treinta operarios. En 1910 se trasladó al actual emplazamiento, en la avenida de Manuel de Escoriaza y Fabro, 71-73. En 1920 se transformó en sociedad anónima, bajo la denominación de «Material Móvil y Construcciones, Antiguos Talleres Carde y Escoriaza», S. A., que actualmente mantiene. En este emplazamiento, la empresa va desarrollándose en sucesivas etapas, hasta ocupar una superficie total de más de 100.000 metros cuadrados, de los que aproximadamente el cincuenta por ciento se hallan cubiertos por las distintas naves. La necesidad de mejorar la productividad de sus instalaciones y el hecho de haber quedado enclavada en el centro urbano de la ciudad, han obligado a la empresa a trasladarse y actualmente está construyendo su nueva fábrica en el polígono industrial de Cogullada, sobre un terreno de unos 300.000 metros cuadrados, con enlace ferroviario. Está construida ya la primera fase y se prevé su terminación total para el año 1970. Actualmente trabajan en esta empresa 1.300 hombres y el capital social actual es de 110.000.000 de pesetas, con una potencia instalada de 1.200 KVA. En sus principios, la empresa se creó como un taller de carpintería especial, dirigido principalmente a la construcción de la carpintería de grandes edificios e incluso a la construcción de los muebles de los mismos. Poco a poco, estas fabricaciones fueron evolucionando hacia la construcción del ferrocarril, y así, «Material Móvil y Construcciones» construyó los primeros tranvías de tracción animal que circularon por España y los primeros coches de ferrocarril totalmente españoles. Su participación en la Exposición Hispano-Francesa de 1908, en Zaragoza, fue muy notable, recibiendo numerosos galardones y presentando un coche de ferrocarril que llamó poderosamente la atención. Desde entonces, «Material Móvil y Construcciones» ha construido gran parte del parque de los transportes públicos españoles, tanto ferroviarios como metropolitanos, de carretera, etc., y actualmente —y como entonces— se encuentra en el primer rango de las casas fabricantes. La gran especialización de sus operarios y la cuidada calidad de sus productos han hecho que los coches de ferrocarril en que se exige una mayor perfección se hayan construido en esta factoría, y así podemos decir que desde el antiguo coche para el tren real hasta los modernos coches camas con aire acondicionado que circulan por las vías españolas, han sido contruídos por esta empresa.

De las recientes industrias, «Fibras Esso», S. A., es una compañía creada por la «Standard Oil Company (New Jersey) con objeto de hacer frente a las necesidades del mercado español de fibras sintéticas y fabricar nylon bajo la marca comercial «Nurel», reduciendo así la necesidad de importación de fibras sintéticas. Se pretende cubrir este objetivo mediante la construcción de una gran fábrica en la carretera de Barcelona, incorporando los métodos más modernos y que una vez terminada completamente dispondrá de la última maquinaria en la materia y el material más avanzado de laboratorio. Los terrenos sobre los que se ha cons-





truído están en la zona de Malpica, en Zaragoza. La fábrica está dotada de clínica, cafetería, aire acondicionado, etc. Los empleados, la mayoría de ellos locales (y la casi totalidad nacionales), se encuentran en período de entrenamiento, habiéndose desplazado a Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos, Argentina y Brasil, con objeto de adquirir la más completa tecnología de los últimos métodos. Además, se han efectuado en Zaragoza clases de entrenamiento. Los productos a fabricar entran en la siguiente clasificación: polímero en granza, hilado continuo paralelo (una parte de cuya producción se comercializará independientemente y la otra será procesada en la planta), hilado continuo torcido, hilado continuo urdido, hilado texturizado a falsa torsión. El proceso de fabricación consta de las siguientes fases: polimerización, hilatura, extrusión, estirado, texturizado y operaciones textiles. Se calcula que, una vez que la fábrica esté en plena producción, serán necesarios alrededor de quinientos empleados, entre técnicos, administrativos y mano de obra, para mantenerla en funcionamiento. No pueden olvidarse las industrias de la madera, del papel y artes gráficas; las de la piel, calzado y caucho, con el importante núcleo de Brea e Illueca.

Las industrias químicas fabrican ácido sulfúrico, ácido clorhídrico, bisulfito y sulfuro sódicos, fertilizantes, disolventes y ácidos orgánicos, materias plásticas, explosivos, colorantes, aceites y grasas industriales, productos farmacéuticos, perfumería, pinturas, detergentes, etc.; debe señalarse la fábrica de regaliz en extracto y la fosforera de Tarazona.

La construcción, vidrio y cerámica ocupan 128 fábricas y talleres, 51 de ellos tejedorías y tres de cemento, en Morata de Jalón, Muel y Zaragoza, habiendo aumentado su producción en una sexta parte en los últimos años. Finalmente, deben anotarse las 24 fábricas de electricidad, la de gas ciudad, en Zaragoza, y 36 de hielo. La fábrica de gas, con 97 obreros, ha producido siete millones de metros cúbicos, 2.267 toneladas de cok y 143 toneladas de alquitrán.

El crecimiento industrial de Zaragoza, que se prevé extraordinario a consecuencia del polo de desarrollo creado en 1964, era ya notable, puesto que desde el 1 de julio de 1962 al 30 de junio de 1963 se establecieron en Zaragoza y su provincia 542 industrias (frente a las 352 de 1959-60) y se ampliaron 246 (mientras que en 1959-60 se ampliaron 93). Está en vías de realización una fábrica de aviones y de barcas con motor fuera de borda, en Caspe.

Zaragoza, ciudad de potencia industrial de todos conocida, es cabecera de una zona de bajo nivel de renta, con excesiva dependencia de la agricultura y sometida a una fuerte emigración. Por eso, el legislador, al llevar a la práctica el I Plan de Desarrollo, le concedió la cualidad de polo, señalando incentivos para que las industrias vinieran a establecerse a la ciudad. Lo hizo con el fin de conseguir un fuerte desarrollo industrial que la convirtiera en foco de irradiación de una potente vida económica.

Las empresas respondieron a los ofrecimientos que el polo les hacía y acudieron a los concursos convocados en cantidad que se puede calificar de masiva. Tramitadas las solicitudes



El Parque de Primo de Rivera,
pulmón de Zaragoza.



presentadas, los beneficios concedidos fueron aceptados por 196 empresas, con una inversión de 11.696.856.000 pesetas y creación de 15.993 nuevos puestos de trabajo. De estas industrias se encuentran ya en funcionamiento 76, con una inversión de 4.902.572.000 pesetas y creación de 4.561 nuevos puestos de trabajo. Y se encuentran en fase de realización 120 empresas, con una inversión de 6.794.284.000 pesetas y creación de 11.432 nuevos puestos de trabajo.

Las características de la ciudad han hecho que la ubicación de estas empresas haya sido totalmente diseminada, pudiendo apreciarse sus edificaciones por los alrededores de la ciudad. Concentración industrial propiamente dicha existe en el polígono conocido con el nombre de Cogullada, casi en total construcción, y en el de Malpica, en el que han empezado a instalarse industrias de importancia. Ambos polígonos han sido realizados por el Ministerio de la Vivienda, el segundo en colaboración con la Comisaría del Plan de Desarrollo.

En el polo de desarrollo se prima también la construcción de centros de enseñanza media y formación profesional, y con los beneficios concedidos se están construyendo trece nuevos centros, con una inversión realizada que supera los 220.000.000 de pesetas.

El polo de desarrollo lleva consigo una eficaz actuación de la Administración pública en todo lo que hace referencia a obras de infraestructura y por eso la declaración de Zaragoza como polo de desarrollo le ha supuesto el impulso en la realización de abastecimientos de aguas, carreteras, enlaces ferroviarios, servicios aéreos, etc.

Los números son lo suficientemente expresivos para no necesitar comentario.

COMERCIO

Las áreas comerciales de la provincia son Zaragoza y Calatayud, según estudio de 1965, con dos subáreas de la primera: Daroca y Tarazona, y otras dos de la segunda: Arcos de Jalón (Soria) y Molina de Aragón (Guadalajara). Al área de Zaragoza corresponden pueblos de su provincia, de las de Teruel y Huesca y, mediatamente, de zonas mucho más alejadas. Reduciéndonos al área estricta, sus datos son: unos 600.000 habitantes, 76 bancos, 66 cajas de ahorro, 50.484 teléfonos, 12.662 licencias comerciales, 5.313.217 pesetas en recaudación de impuestos de espectáculos y 39.761.864 pesetas en efectos comerciales timbrados.

La subárea de Daroca comprende 18.931 habitantes, dos bancos, una caja de ahorros, 279 teléfonos, 334 licencias comerciales, 14.669 pesetas recaudadas en impuestos de espectáculos y 207.012 pesetas en efectos comerciales timbrados; y la de Tarazona, 27.741 habitantes, tres bancos, dos cajas de ahorros, 875 teléfonos, 636 licencias comerciales, 101.807 pesetas en re-



Evolución del barrio de la Gran
 Vía y plaza de San Francisco, re-
 sultado de la política urbanística
 de la Zaragoza del siglo XX.





La vieja plaza del Pilar, antes de la reforma que unió las dos catedrales zaragozanas.

caudación de impuestos de espectáculos y 1.931.430 pesetas en efectos comerciales timbrados. La subárea de Daroca comprende, además de los pueblos de su comarca, algunos de Teruel y de Guadalajara, y la de Tarazona, otros de Soria.

En total, contando la gravitación directa sobre Zaragoza y las subáreas, las cifras son: unas 700.000 personas, 81 bancos, 69 cajas de ahorros, 51.638 teléfonos, 16.632 licencias comerciales, 5.429.693 pesetas en recaudación de impuestos de espectáculos y 41.900.306 pesetas en efectos comerciales timbrados.

El área de Calatayud, con su comarca y pueblos de Soria y Guadalajara, añadiéndole las sub-áreas de Arcos de Jalón y Molina, comprende 94.185 personas, 9 bancos, 11 cajas de ahorros, 2.438 teléfonos, 1.427 licencias comerciales, 333.263 pesetas en recaudación de impuestos de espectáculos y 1.757.697 pesetas en efectos comerciales timbrados.

La valoración de las anteriores cifras es: 2.720 de cuota de mercado y 1,29 de índice de mercado «per capita», en el área de Zaragoza, y 275 y 0,89, en la de Calatayud. Zaragoza queda así en undécimo lugar, después de Madrid (14,38 de índice), Barcelona (14,38), Valencia (5,02), Sevilla (3,53) y, con menos, Vizcaya, Oviedo, Cádiz, Alicante, La Coruña, Murcia y Zaragoza. Tiene Zaragoza 578 núcleos comerciales y los más importantes son los de comestibles, tejidos, mercería, abonos, hierros y carbones, electrodomésticos, etc.

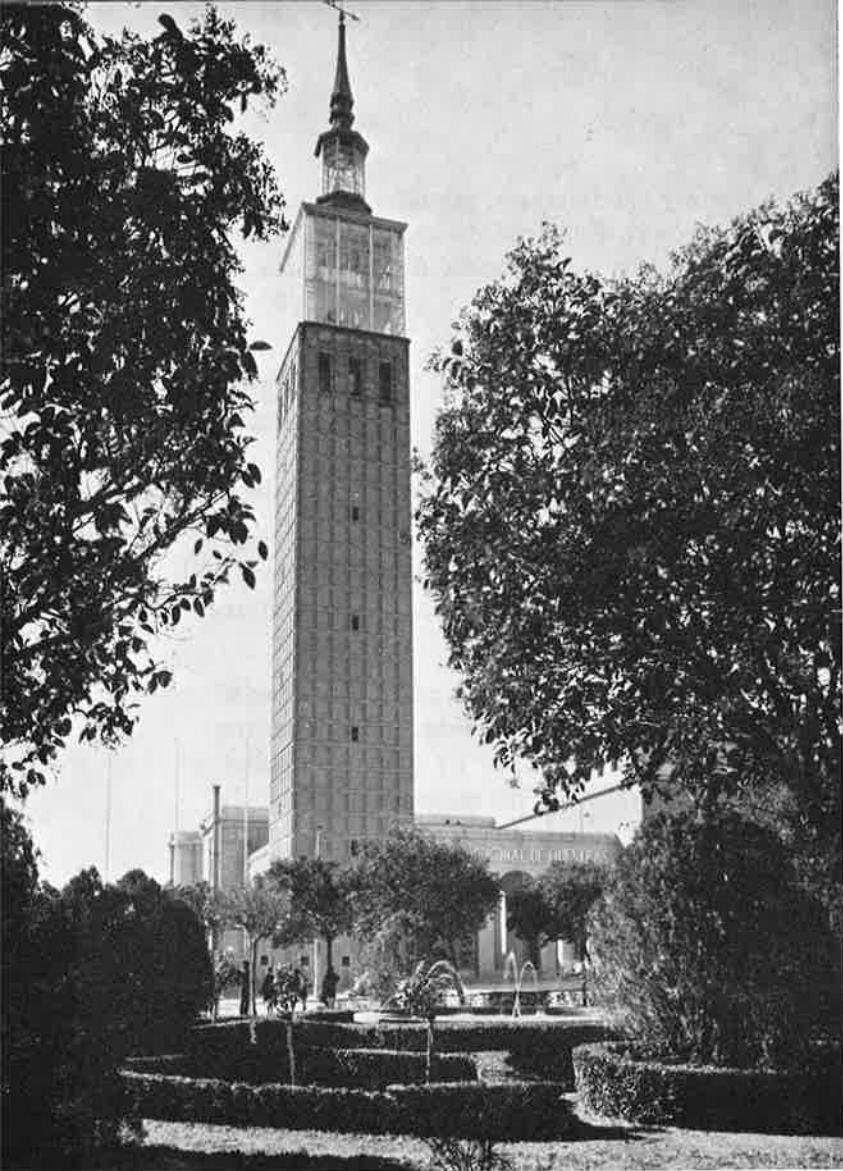
Otros núcleos de atracción de compradores, como centros de comarca, son Cariñena, Borja, Ariza, Ateca y Belchite; y, aparte de ellos, Alagón, La Almunia, Brea, Ejea, Epila, Gallur, Maella, Morata de Jalón, Sádaba, Sástago, Sos, Tauste y Zuera.

La Feria de Muestras de Zaragoza, oficial y nacional, ha celebrado en 1968 su XXVIII certamen. Comenzó a funcionar en 1941, ocupando sus instalaciones, inicialmente, 15.000 metros cuadrados, duplicados en 1955 y edificando un pabellón cubierto de 48 por 37 metros en 1958. Su frecuencia es anual y entre sus muchas secciones sobresalen la de maquinaria agrícola (ahora con feria independiente, en mayo), la textil, la aportación francesa, industrias de la madera, de maquinaria, etc. La Cámara Oficial de Comercio de Zaragoza, realizadora de la Feria, ha invertido en obras de construcción, ampliación y embellecimiento más de 20.000.000 de pesetas. Las mercancías expuestas en los últimos años han rebasado los 350.000.000 de pesetas en cada uno, verificándose transacciones por más de 250.000.000 y acercándose a 500.000 los visitantes anuales.

La Feria Internacional de la Maquinaria Agrícola (FIMA), iniciada en 1964 con carácter nacional, alcanzó tal éxito que en 1967 se le daba carácter internacional, con diecisiete países representados, entre ellos Rumanía con pabellón propio y 365.000.000 de pesetas en mercancía expuesta. Con motivo de la FIMA se celebran conferencias internacionales sobre mecanización agraria, forrajes y alimentos para el ganado, etc. Los 1.217 «stands» de la Feria, en 1969, indican la importancia del certamen y el nivel de mecanización del campo, en la que Zaragoza ocupa el primer lugar en España.

En la provincia se celebran ferias de ganado en Aranda de Moncayo, Borja, Calatayud, Daroca y Tarazona, aparte de las de octubre en Zaragoza. Tauste celebra una feria de maquinaria agrícola y Calatayud otra de fruta.

En cuanto al comercio exterior, más de 161.000.000 de pesetas han supuesto las importaciones y cerca de 33.000.000 las exportaciones, siendo los productos más apreciados las trufas.



el vino (a Francia y Alemania); confecciones textiles a Alemania, Austria, Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Luxemburgo; cestos a Alemania, Francia y Puerto Rico; muebles a Alemania y Bélgica; pieles a Alemania, Checoslovaquia, Finlandia, Francia, Suiza e Italia; calzados a Gibraltar; productos químicos a Italia, Francia, Gibraltar, Suiza y Marruecos; productos metálicos y maquinaria a diversos países de Europa y América.

El censo de 1962, en la provincia, registró 34.545 comerciantes e industriales.



La Feria Internacional de la Maquinaria Agrícola en 1968.



La Puerta del Carmen en el recinto del siglo XVIII: testigo, en su débil arquitectura, de los Sitios de 1808 y 1809.

VIVIENDAS

El ritmo de construcción de viviendas ha sido muy activo en la capital y nada despreciable en la provincia. De los datos estadísticos municipales resulta que en 1939 había en Zaragoza capital 50.151 viviendas y 99.733 en 31 de diciembre de 1963. Este aumento se clasifica en más de 600 edificaciones de seis o más plantas; más de 800 de cuatro o cinco pisos, 285 de tres, 2.370 de dos y, finalmente, 4.983 viviendas de una planta. El Ayuntamiento ha construído 717 viviendas en cuatro sectores de los barrios extremos, estando pendiente la construcción de otras 212 y habiendo sido realizado un plan cuatrienal de 1.000 viviendas, con 400 el primer año y 200 cada uno de los tres restantes.

Tomando el total de la provincia, las casas construídas desde 1943 a 1963 son 44.504, con cifras muy altas en los últimos años; en efecto, en 1943 sólo se edificaron 4 casas protegidas, que eran 156 en 1946, 1.199 en 1950, 5.209 en 1960 y 7.640 en 1963.

Casi se ha alcanzado así el plan ideal de construcción, que era de 8.150 anuales en el cuatrienio de 1962-1966. En el momento presente están ya proyectadas 1.800 viviendas en Zaragoza y 2.899 en Tarazona. En los últimos años se han creado barriadas nuevas y cómodas en muchos pueblos de la provincia, como Calatayud, Illueca, La Almunia, Casetas, etc. La diócesis de Zaragoza ha inaugurado veinticuatro casas parroquiales.



La Gran Vía: atisbos de una reforma que unirán en pocos años el corazón de la ciudad con el Parque y la ruta de Valencia.





El paseo de la Independencia
desde la plaza de España.



La reforma urbanística de más empuje de la Zaragoza de nuestros días:
avenida de la Independencia.

MEDALLA DE ZARAGOZA

(F. JESUS Y FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE)



En el anverso, una mujer joven, con la espada en el alda y apoyada en el escudo de Zaragoza y en la cruz y la palma de sus mártires, representa a la Ciudad, pacífica siempre, pero guerrera cuando el honor lo exige.



El reverso, cuartelado por la cruz del puente y los emblemas, engloba con el Ebro y los símbolos de las legiones fundadoras, las torres del Pilar. Los afilados tajamares simbolizan la dura tenacidad de nuestra Historia.



ITINERARIO ARTISTICO Y SENTIMENTAL DE ZARAGOZA

El Angel Custodio de Zaragoza y San Valero, Patrono de la ciudad; esculturas en bronce de Pablo Serrano.



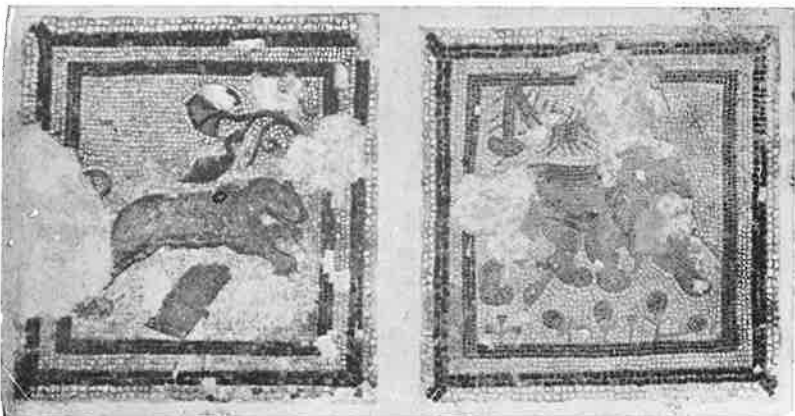
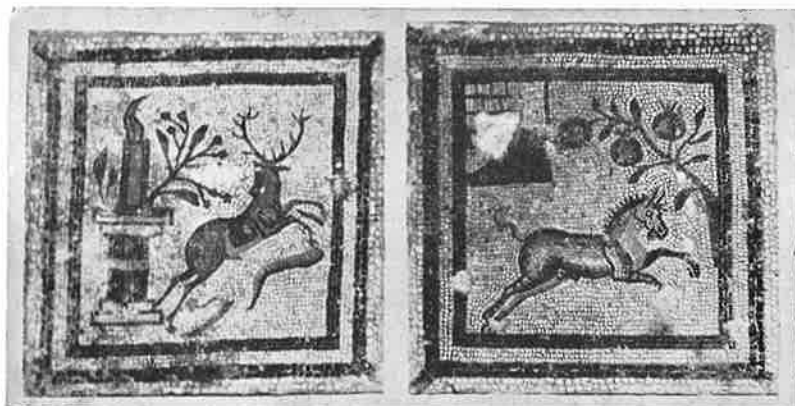
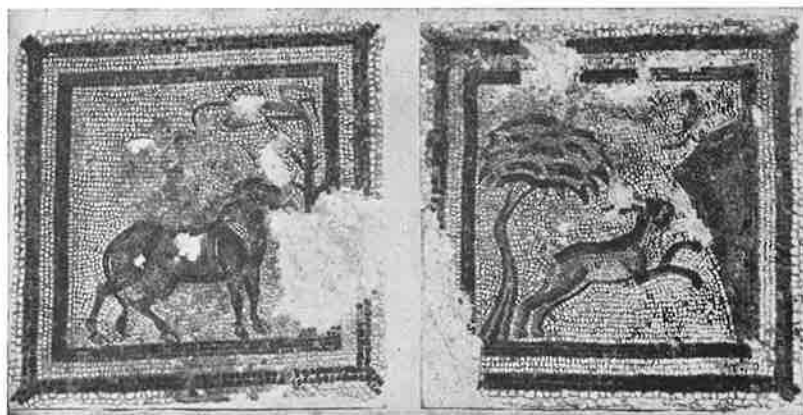
El torreón de la Zuda y las murallas romanas del siglo III.

CAESARAUGUSTA

La dilatada historia de Zaragoza ha sembrado su solar de monumentos y conjuntos ambientales y pintorescos que pueden ofrecer a sus visitantes un gozo particular. Así, lector, si buscas los restos de la vieja «ciudad romana», de la bimilenaria Caesaraugusta, bastará con que pases por las calles del Coso, Echegaray y Caballero, Imperial y Escuelas Pías, para que circunvales la antigua Colonia; y las calles de Manifestación, Espoz y Mina y Mayor te llevarán por la antigua vía decumana, cruzada en línea recta por el «kardo», cuyo trazado conserva la calle de don Jaime I, y en tal lugar, a un foro adornado con estatuas y monumentos, hoy



Mosaico de Ena, hallado en Zaragoza.



Mosaicos romanos de Fraga y Zaragoza, en el Museo Provincial.



Mosaico romano de El Pilar (Fraga).

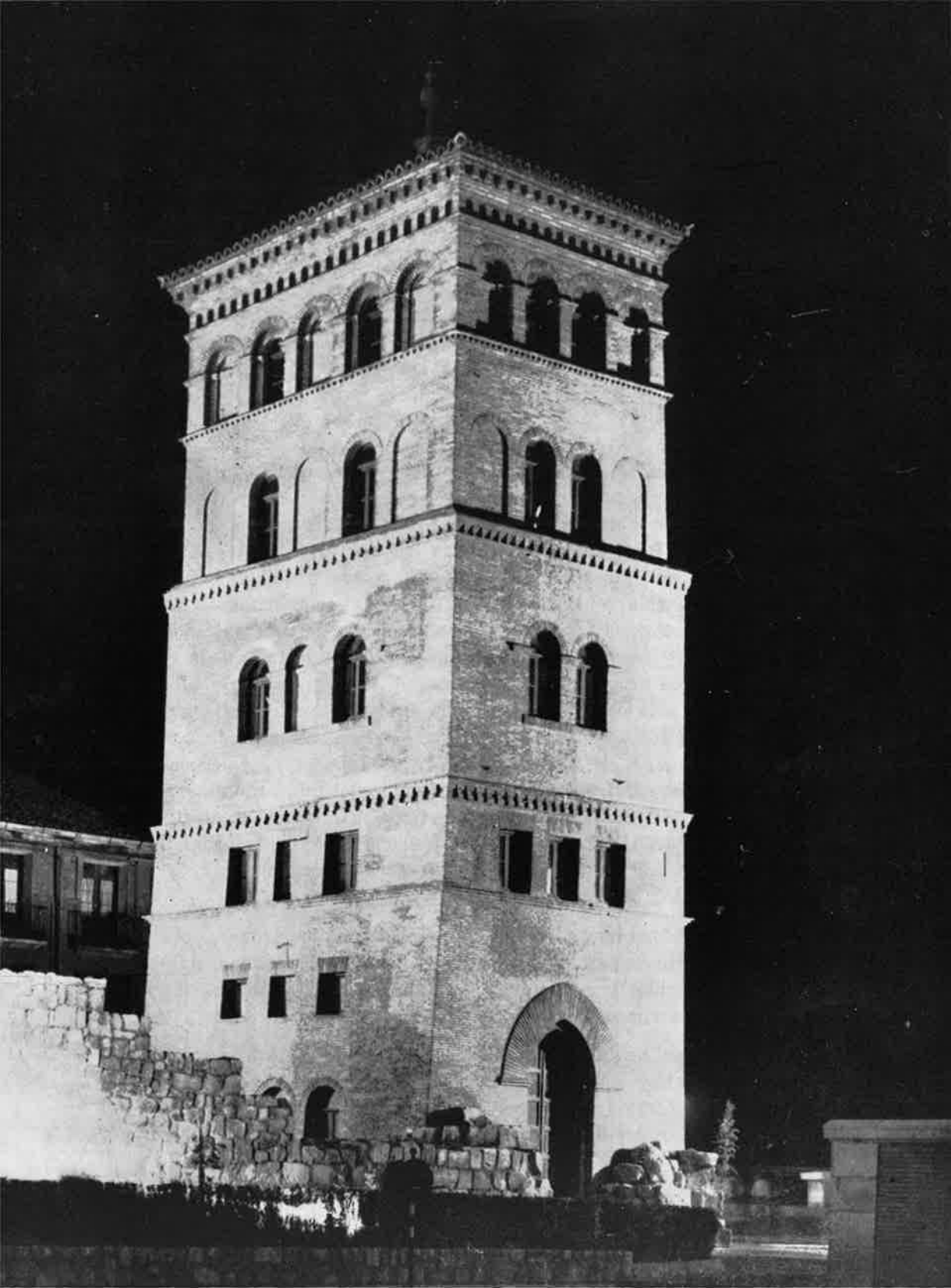
perdidos, pero recordados en monedas romanas y en algunos restos arqueológicos. El solar romano intramuros devuelve, con frecuencia, mosaicos y mármoles que pregonan el esplendor de antaño, y en pie, todavía, se alzan las murallas del siglo III, junto al torreón de la Zuda y en el convento de Canonasas del Santo Sepulcro, para mostrarnos la improvisada defensa de la pacífica ciudad romana contra las invasiones y algaradas de los pueblos europeos. Entre los dos y tres metros de profundidad descansa el cimiento romano de Zaragoza, que debió destruir las humildes casas de la ibérica «Salduie» o «Salduba», acuñadora de moneda y cabecera de un distrito, cuyos soldados fueron condecorados y recogidos sus nombres en el famoso bronce de Ascoli. Y en la calle de la Verónica, descubiertas en 1972 las ruinas del teatro romano.

S A R A K O S T A

La «árabe Sarakosta», llamada también al-baida, la blanca, te ofrecerá un monumento impar, recientemente rescatado y en trance de descubrimiento total. Es el palacio, alcázar y quinta de recreo de la Aljafería, obra mimada de los alarifes que en el siglo XI sirvieron los propósitos áulicos de la taifa zaragozana de los Beni Casi o Beni Hud. Su historia, dilatada, es posible que arranque de tiempos califales, solamente patentes hoy en piedras aisladas; luego, el palacio de Abu Chafar Ahmed ben Suleiman almoctadir bilah pasaría a ser cristiano en 1118 y confiado al monasterio de Clareses de Carasona, bajo la condición de construir una iglesia dedicada a la Virgen, San Martín y San Nicolás. De la magnificencia árabe queda el oratorio o musallah, totalmente decorado con arcos mixtilíneos, con un bello mirahb de aire cordobés, vuelto hacia el Sur en dirección a la ciudad califal y con él los restos de arcos, y-serías y atauriques descubiertos en el gran patio central rectangular, un día embellecido con arriates de flores, cisternas y juegos de agua, y en otras estancias que dejan ver, generosamente, aunque mutilada, la espléndida decoración, escultrada y pintada, del único monumento civil árabe del siglo XI en nuestra patria. De la Zaragoza árabe nada más queda, si se exceptúan algunos restos en el Museo Provincial, pues el riquísimo palacio de la Zuda, erigido en el siglo X, ha desaparecido, excepto su nombre, adjudicado a un torreón mudéjar del siglo XIV.

De intento hemos dejado aparte, pero sin ahorrarte su visita, los baños llamados árabes, pero seguramente judíos, ejemplo muy interesante de este tipo de construcciones abovedadas, apoyado, en este caso, sobre ocho arcos sostenidos por columnas. Restaurados tras la demolición de la casa que los englobaba, será posible una más cómoda visita.

Sólo escasos restos conservamos de la recia arquitectura románica; el tímpano de la modesta iglesia de Santa María, que estuvo donde hoy el Pilar y que se conserva empotrado en el exterior de la basílica, y los restos del ábside de La Seo, por el exterior y, sobre todo, en el lado interno, con parte de un apostolado, relieves y capiteles decorados de la mayor finura.



El torreón de la Zuda,
emplazamiento, un día,
del palacio árabe,
y luego torrecilla
mudéjar adosada
a los muros romanos.

Antes de seguir nuestra visita, es casi forzoso que te conduzca, lector amable, hasta el puente de Piedra, cuya defensa dio origen a la fundación de Zaragoza. Su varonil aunque híbrida arquitectura es posible que descansa sobre sillares romanos, pero fue rehecha a fines del siglo XII. Después, sus arcos significan una incesante e implacable lucha entre la fuerza ciega del Ebro y la industriosa tenacidad de los zaragozanos; arrastrado en 1261 por una crecida y sustituido por otro de barcas, se planeó la construcción de un puente de sillería a mitad del siglo XIV, sin que se emprendieran las obras hasta 1401, para durar casi toda la centuria; maestros de obras mudéjares, franceses, italianos y vascos fundieron sus esfuerzos y saberes en esta obra simbólica. En 1643 y 1813, el río y los franceses rompieron de nuevo el puente, nuevamente reconstruido, para mostrarlo hoy como una síntesis de la historia de Zaragoza.

Puente de Piedra y torre de la catedral de La Seo.

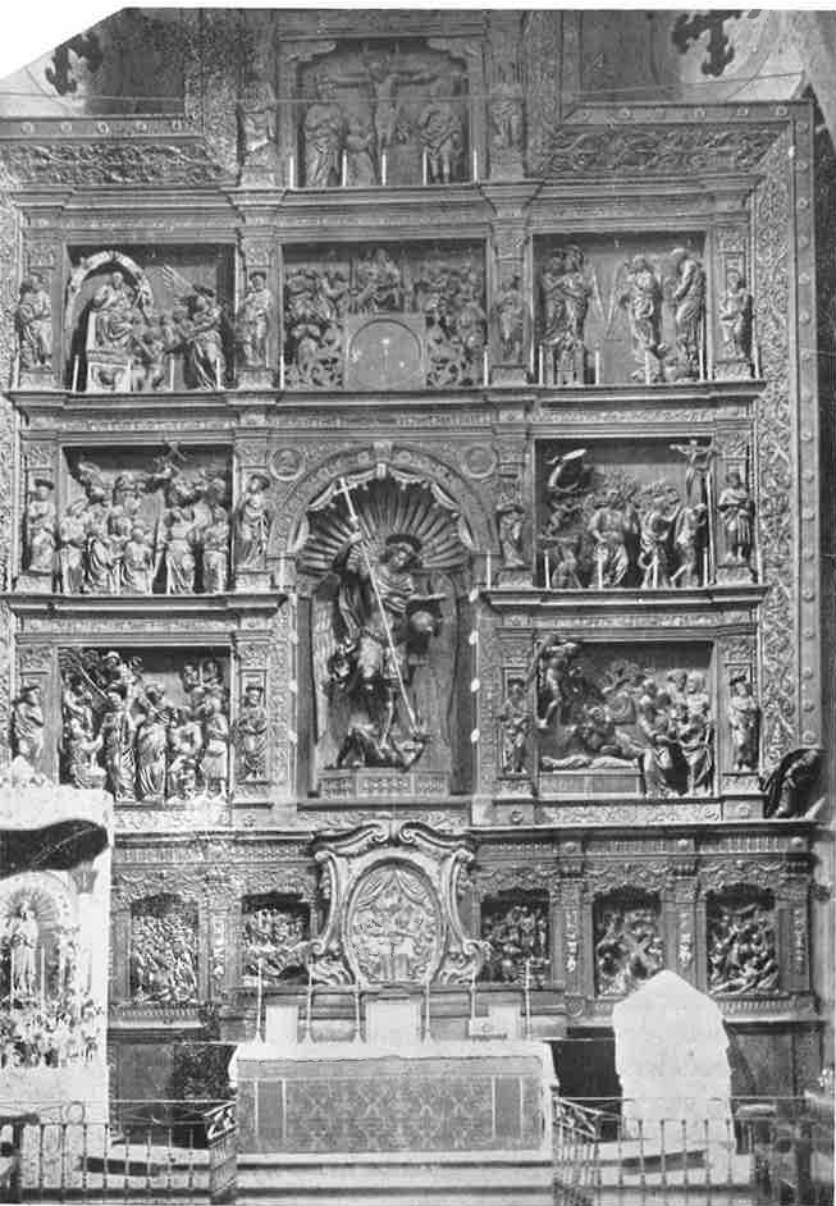




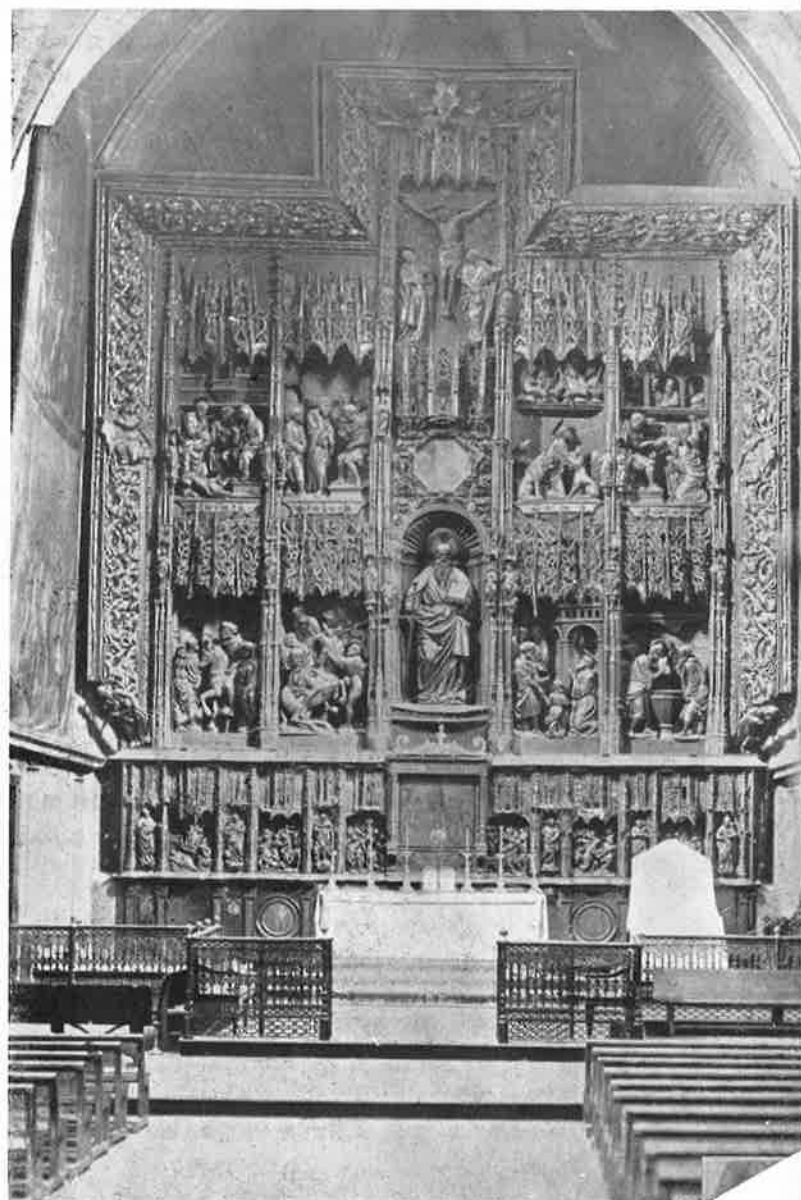
Palacio árabe de la Aljafería.

RETABLOS RENACENTISTAS

San Miguel.



San Pablo.

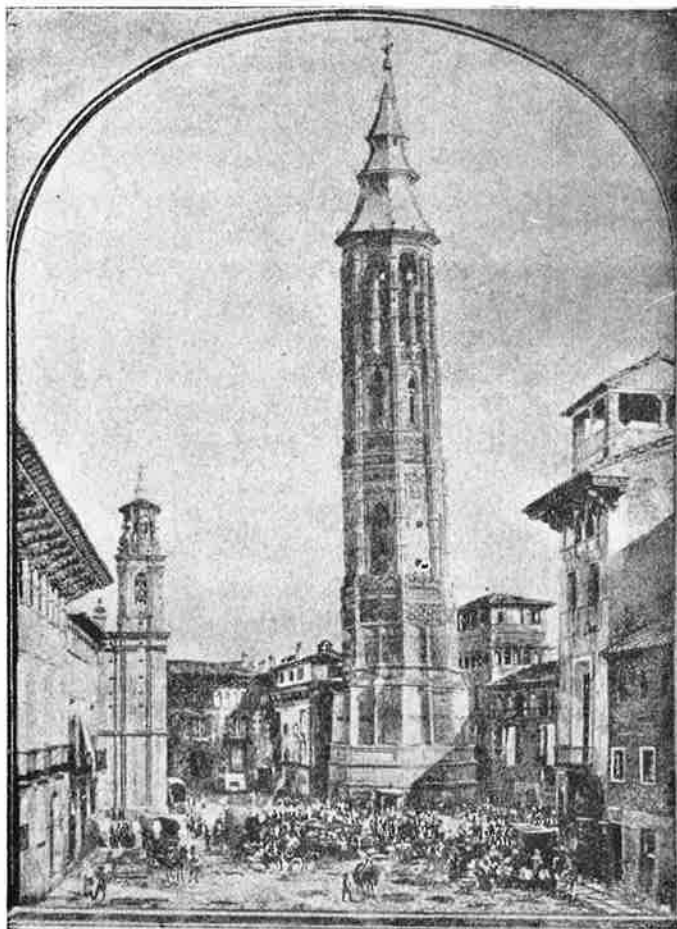


ZARAGOZA MUDEJAR Y GÓTICA

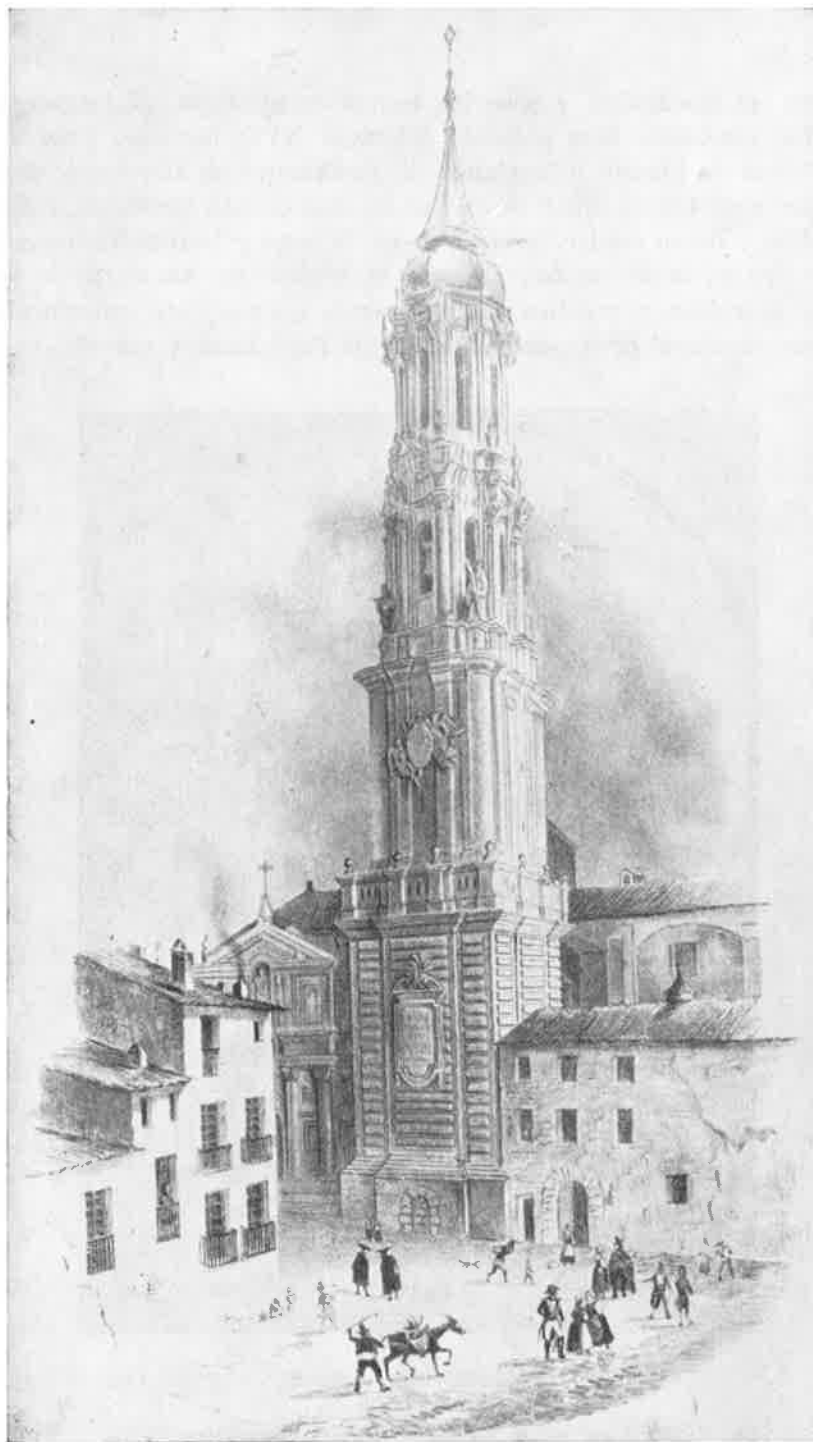
Mucho hay aún en pie de la «Zaragoza mudéjar y gótica» nacida con opulencia tras la Reconquista. Recuerdos de la empresa quedan en el nombre de San Miguel de los Navarros, contingente éste que asaltó primero la ciudad por el nombrado punto, anticipándose a las tropas montañesas y ultramontanas de Alfonso I. Trazas materiales de la ciudad del medioevo pueden rastrearse en el plano de Zaragoza y comprobarse en los documentos; así, los mudéjares fueron situados entre las actuales calles de General Franco y María Agustín, donde la calle de Valenzuela se llamó de la Morería, zona extramuros de la ciudad romana y dentro de los muros árabes; la judería se extendía entre el Coso y la calle de Don Jaime I; nuevos barrios se crearon alrededor de las iglesias de San Pablo, de San Miguel y de la Magdalena, de labradores, menestrales y pescadores; el mercado se instaló en tiempo de Pedro II, en los accesos a la puerta de Toledo, donde continúa. Así, la ciudad duplicó su perímetro romano, abrió nuevas puertas, como la de San Ildefonso, del mercado del Ebro, las de Don Sancho o la Quemada (y renovó las cuatro romanas de Toledo, Valencia o del Sol, la del Angel, junto al puente de Piedra, y la Cinegia, que servía al antiguo zoco musulmán. Poco queda de estos tiempos, pero en los más típicos barrios de la capital, levantando sus airoas agujas en medio de plazoletas y callejas, se alzan aún las iglesias y torres mudéjares de Santa María Magdalena, del siglo XIII, con ábside poligonal y torre cuadrada, muy bellos, a pesar de las torpes reformas dieciochescas; de San Gil con su original torrecilla; San Miguel de los Navarros, con todo el exterior modificado por añadidos y en el interior un gran retablo de Forment y Joli; y capitaneando el mudéjar zaragozano, la soberbia torre octogonal de San Pablo, sirviendo a una iglesia con traza nobilísima y proporciones de catedral, un espléndido retablo mayor de Damián Forment y considerable tesoro de tapices, orfebrería y bustos-relicario. De la «Torre Nueva», famosa en el mundo por su gallardía e inclinación, seguramente la más bella de las torres mudéjares de Aragón, sólo podremos mostrarte la señal de su planta, en la plazuela de San Felipe, junto al recio torreón de la casa de Fortea; nada más queda de ella, si no es la memoria de su estúpido derribo.

Uno de los más extraordinarios monumentos zaragozanos que por sí solo valdría una visita a la ciudad, es la catedral de El Salvador o de La Seo, consagrada el día de Reyes de 1119. Fue catedral románica construida sobre lujosa mezquita árabe, no habiéndose terminado sus obras hasta el siglo XVII y resultando un armónico compendio de lo románico, lo mudéjar, lo gótico y lo barroco; en su exterior maravilla el muro mudéjar de los Luna, con taracea de azulejos, obra de albañiles andaluces, y la airosa torre, con peculiar cúpula bulbosa, extraña a la tierra, que influyó mucho en las iglesias de la región. En el interior, la parroquieta, con

artesonado morisco de mocárabes y soberbia tumba esculturada, gótica-borgoñona, de Lope Fernández de Luna; cimborrio muy gallardo del siglo XVI; hermoso retablo mayor gótico, del siglo XV, de Hans de Suabia y Morlanes. Y, finalmente, en el señorial conjunto, casi cuadrado, de cinco naves, se abren, entre otras, las capillas de San Bernardo, con los sepulcros de Hernando de Aragón y de su madre, obra de Pedro Moreto y Bernardo Pérez, del siglo XVI y de lo mejor de su época; la de los Zaporta, con el retablo de Anchieta; la de San Agustín, con otro de Joli y Morlanes, y muchas más formando un conjunto espectacular e inimitable. Quizá valga la pena añadir el coro, con el facistol del Papa Luna y soberbia reja.



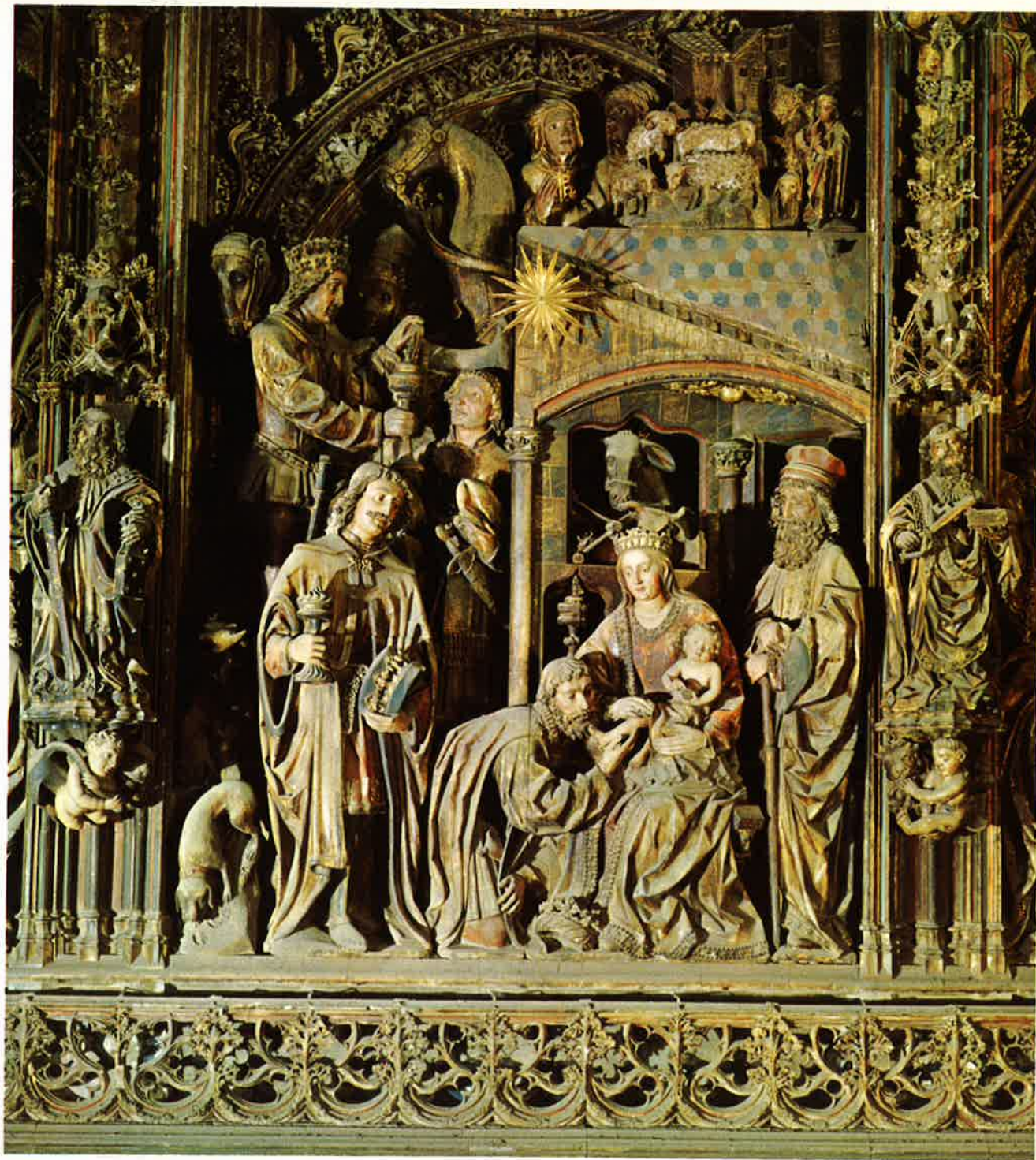
La Torre Nueva, inclinada.



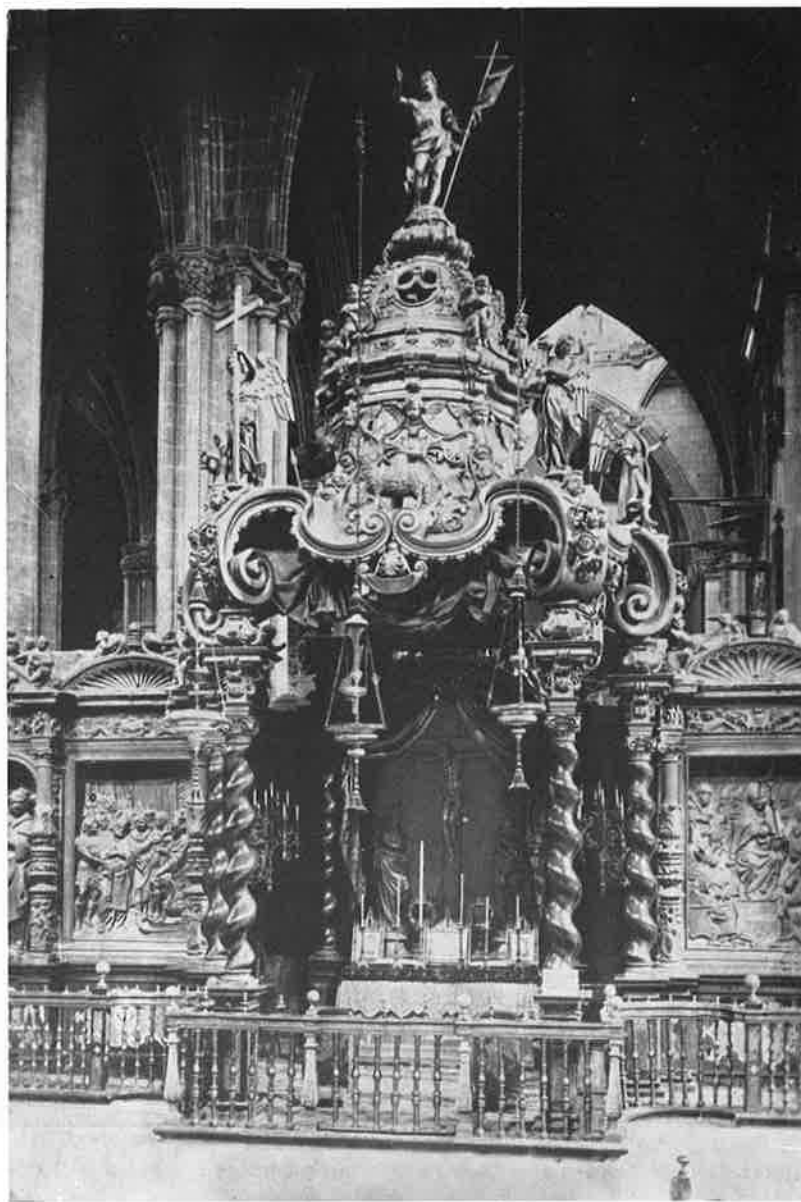
Torre de la catedral de La Seo. (Grabado de Parcerisa.)

El románico en la catedral
de La Seo: Abside
con esculturas de apóstoles
escenas bíblicas,
descubierto en 1961.

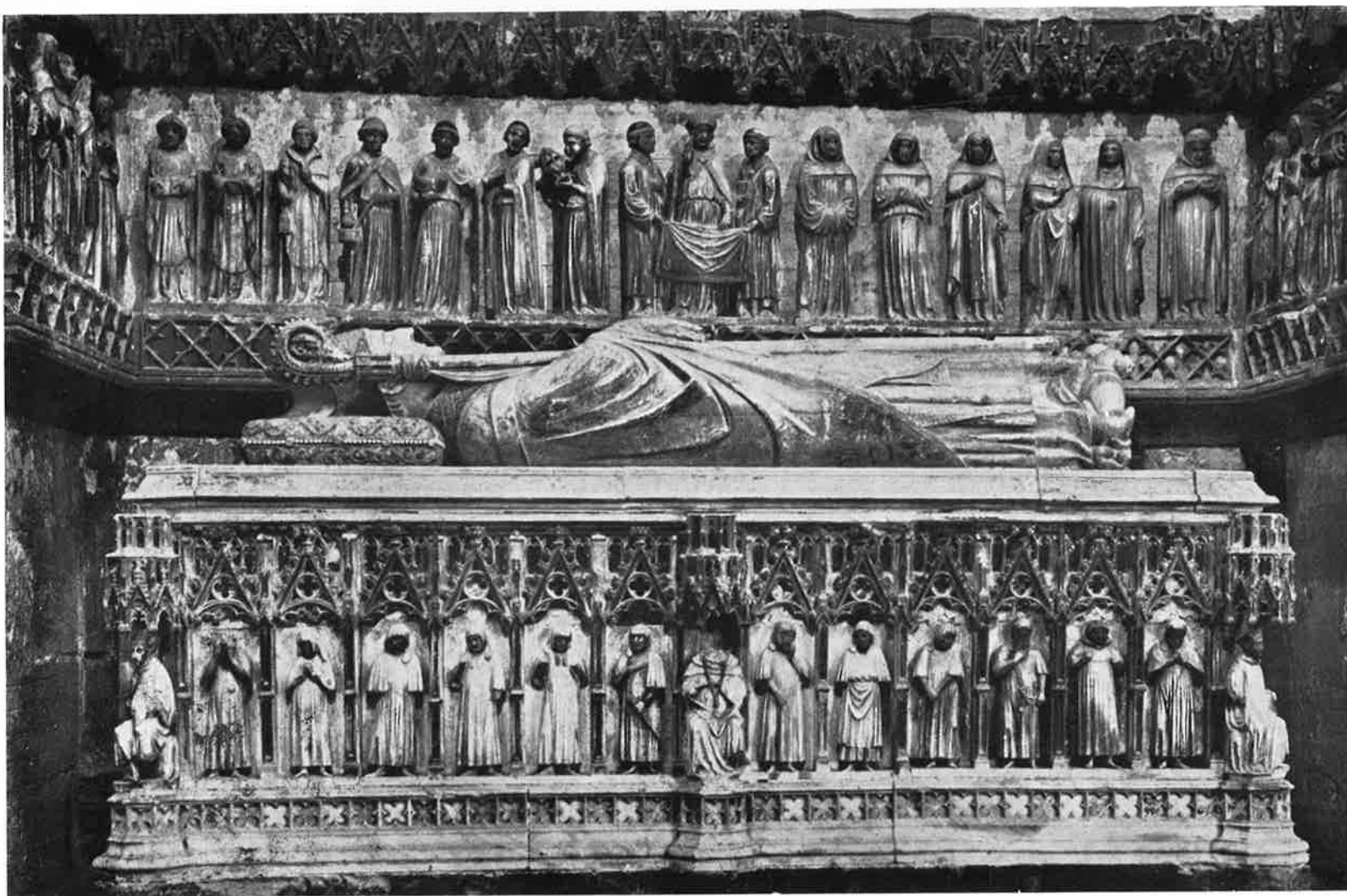




«La Epifanía», retablo gótico de Hans de Suabia (catedral de La Seo).



Cristo bajo baldaquino (catedral de La Seo).

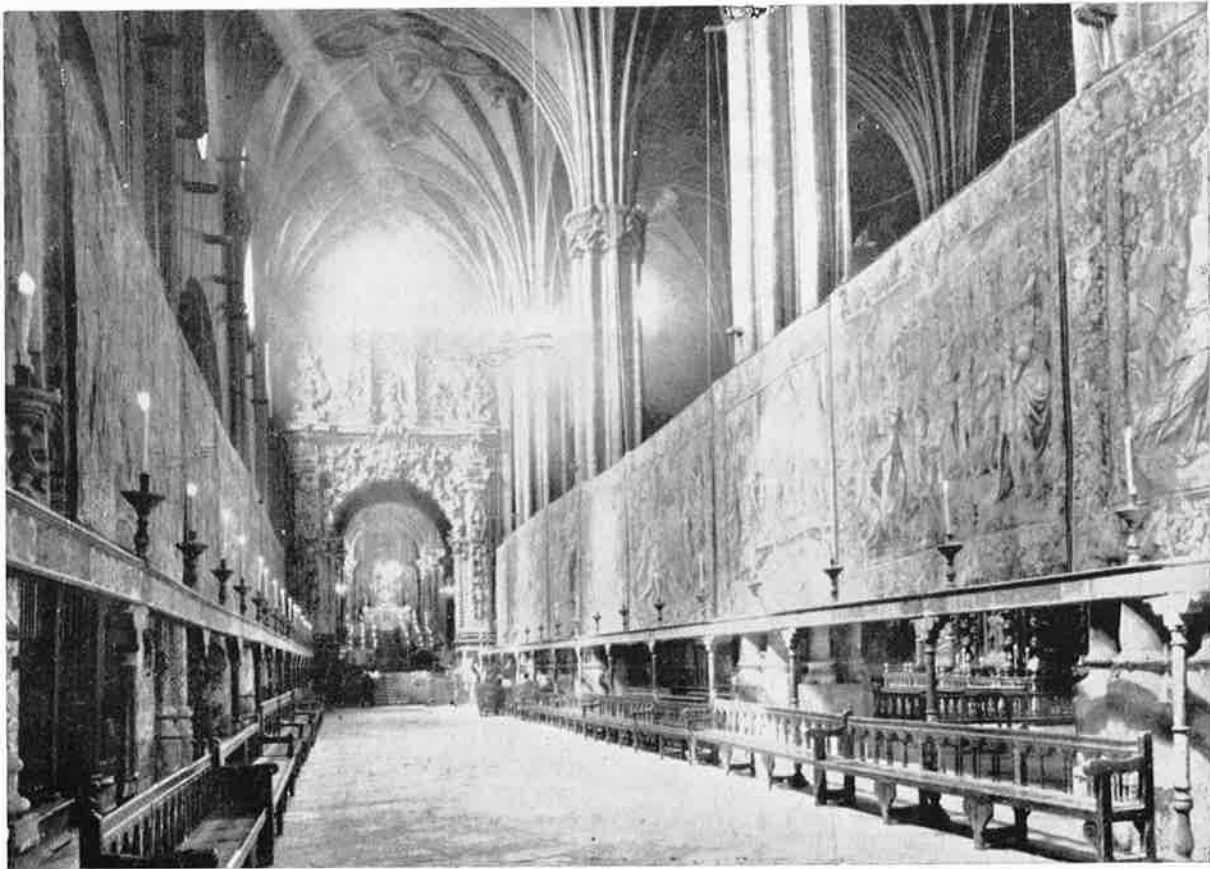


Sepultura de Lope Fernández de Luna en la «Parroquieta» de la catedral de La Seo.

Muro de los Luna
y ábside
(catedral de La Seo).



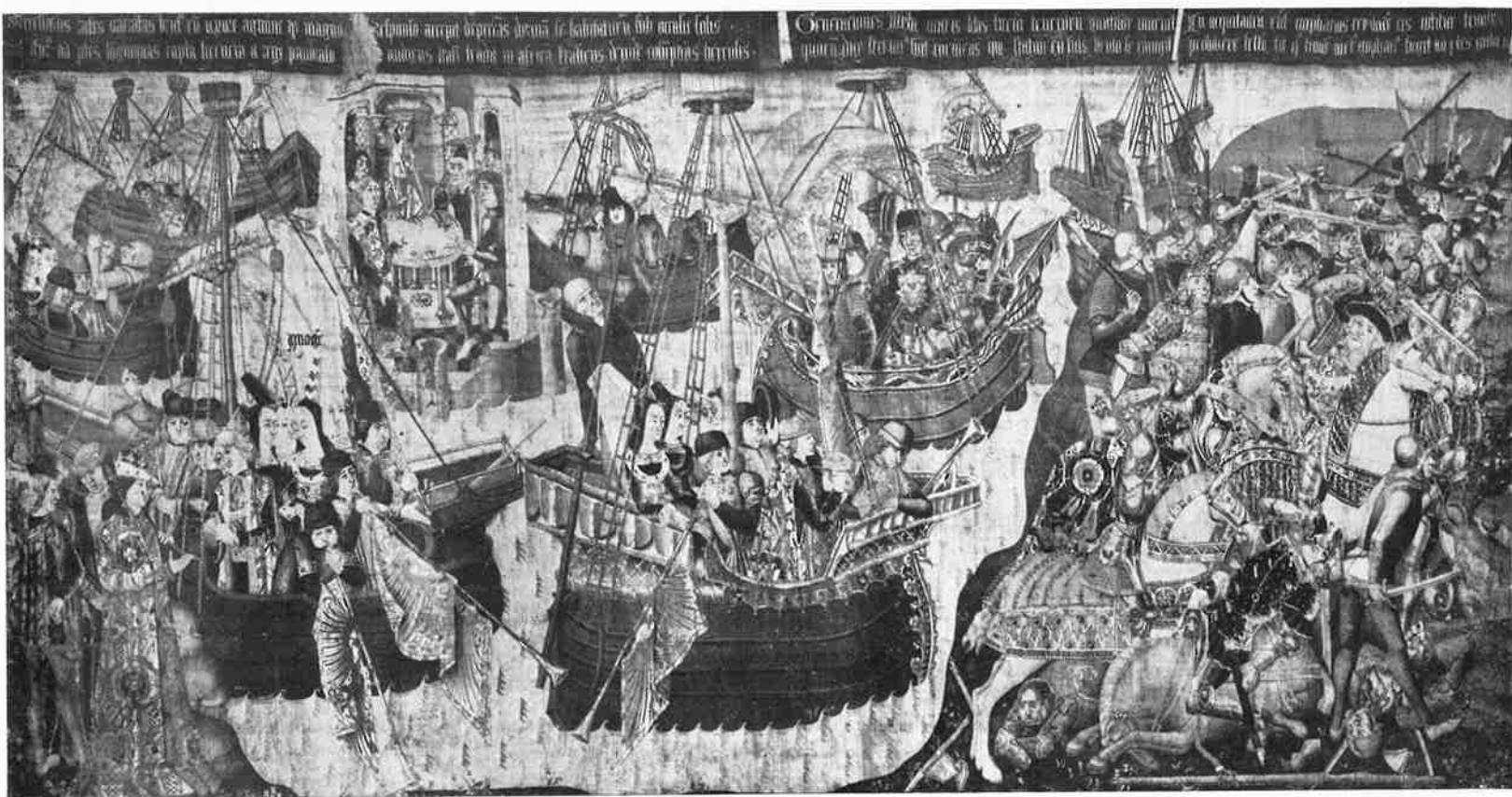
Trascoro (catedral de La Seo).



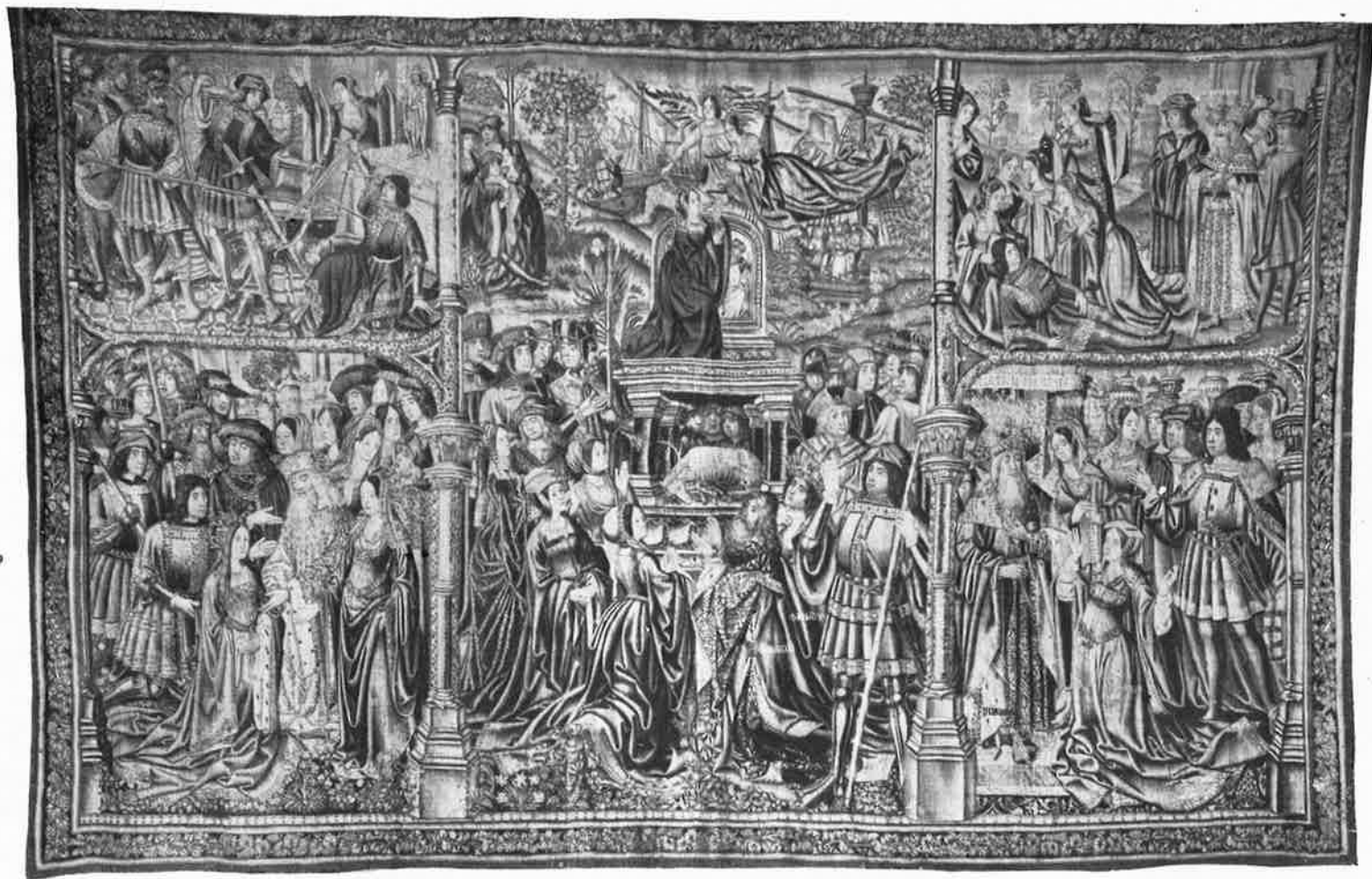
La Seo: Tapicerías colgadas en Semana Santa.

Tras de tanta maravilla, el visitante debe reservar parte de su capacidad de asombro, pues en la misma catedral está una de las colecciones de tapices góticos más importantes de Europa. Con las «B-B» a ambos lados de un escudo, del taller de Bruselas, se marcan piezas soberbias de hasta siete metros de longitud, que van desde el siglo XIV al XVI, con un número total que rebasa el medio centenar, entre los que resultan excepcionales y de primera categoría «La Crucifixión» o «Las naves».

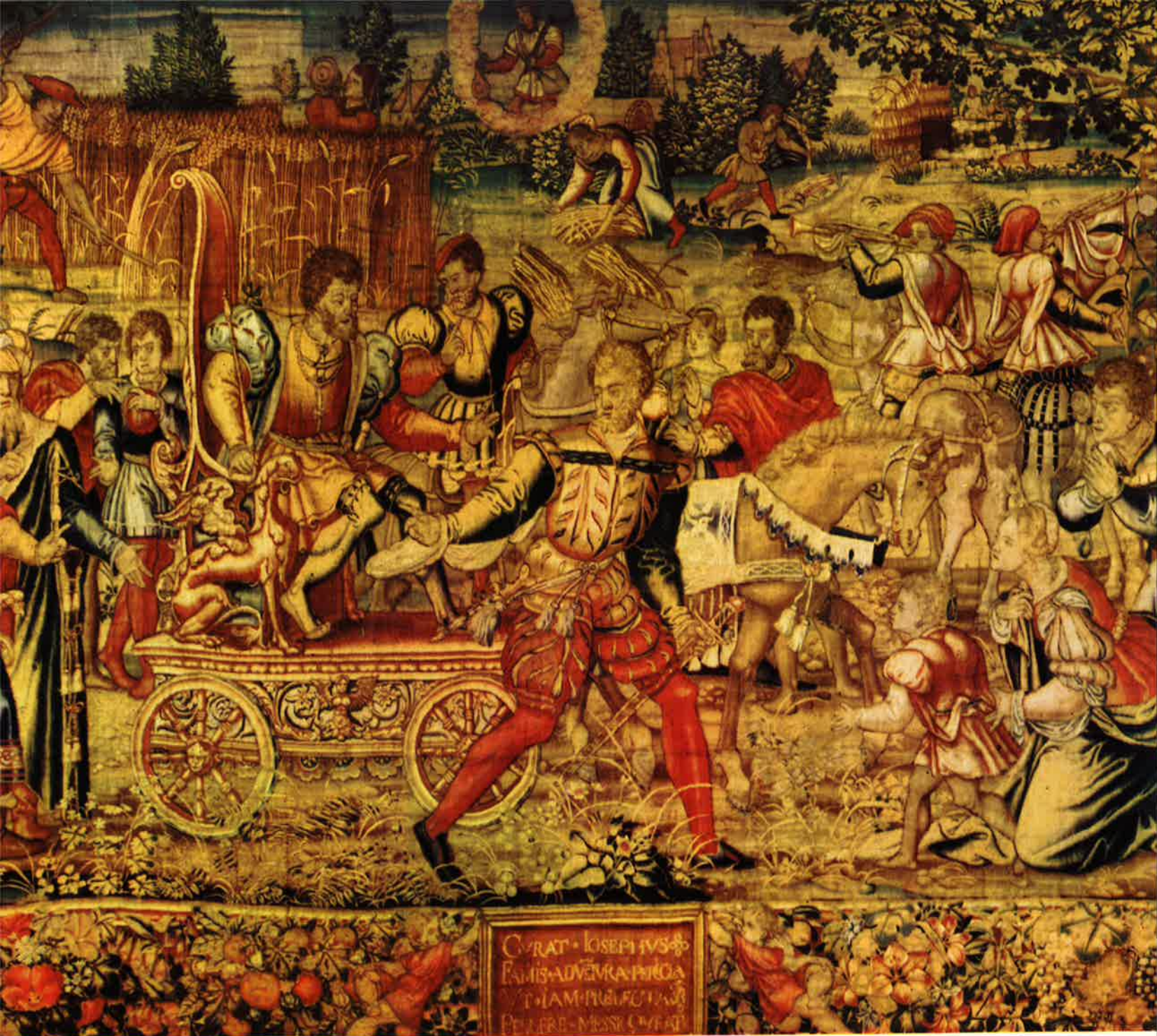




Tapiz gótico de las Naves (catedral de La Seo).



Tapiz bruselés (catedral de La Seo).



Museo de tapices del Cabildo de Zaragoza: «José, Virrey de Egipto» (Bruselas, siglo XVI).

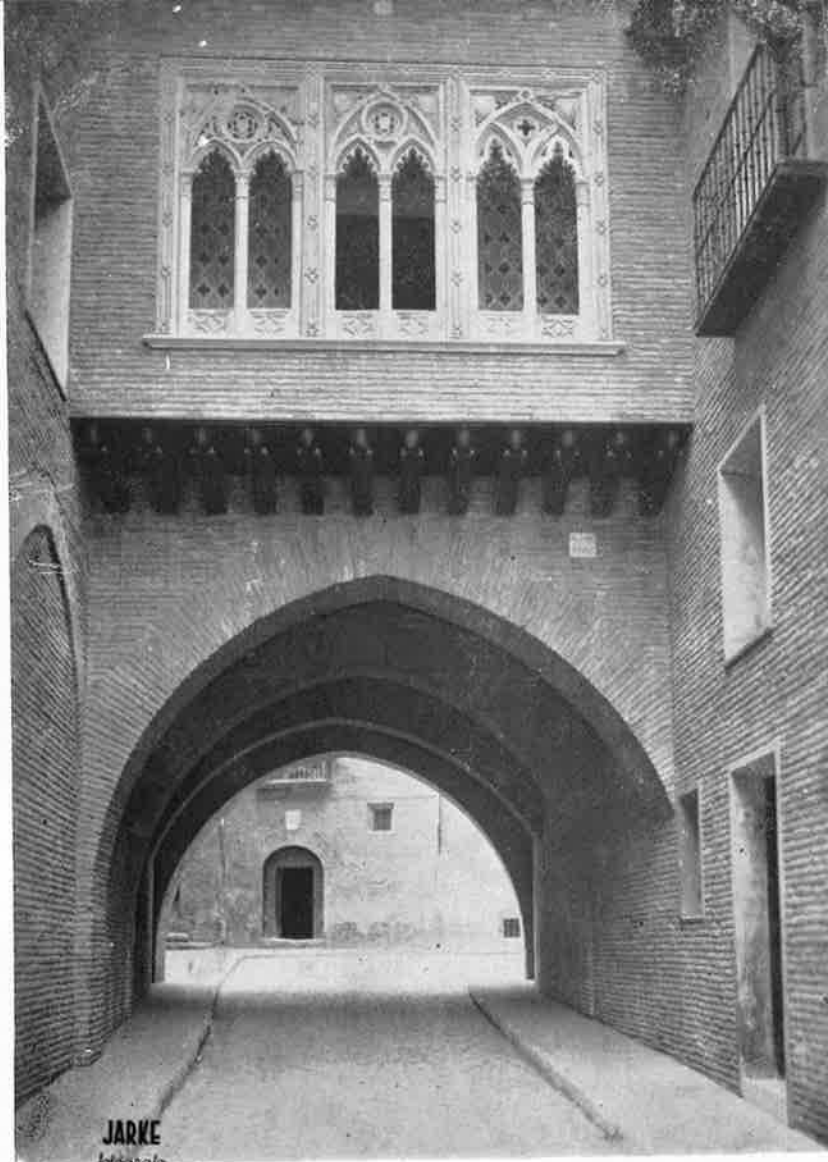


El palacio de la Lonja durante la III Exposición de Riquezas del Patrimonio Nacional,

Alrededor de La Seo queda un barrio que ha conservado en parte la gracia y el ambiente de la Zaragoza antigua. Discurrir por sus callejas es concurrir a una cita con el pasado en una ciudad de nuestro tiempo. En un punto se hallará el palacio renacentista de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, de rancia tradición noble, adornado con espectacular alero, gracioso patio y solemnes salones cubiertos por ricos artesonados; en otro será el Arco del Deán, recientemente restaurado, con bella ventanita entre gótica y renaciente y origen de uno de los más sugerentes rincones de la ciudad; junto al río, y apoyado en las murallas romanas, el convento de Canonasas del Santo Sepulcro, que en obras recientes ha entregado a la admiración



Casa de la Real
Maestranza de Zaragoza
(patio y escalera
renacentista).



Arco del Deán.

de los zaragozanos una sobria arquitectura gótico-mudéjar del siglo XIV, abierta a graciosa plazoleta, y numerosas estancias interiores, sala capitular, iglesia y refectorio, rodeando un delicado claustro y guardando importantes retablos de Jaime Serra y tablas del maestro Torralbilla; y por todas partes casas nobiliarias, entre ellas lo que fue solar del general Palafox, defensor de Zaragoza contra los soldados napoleónicos, con fachada de ladrillo a cara vista, galería superior de arcos de medio punto y una traza sobria y elegante. Saliendo de este barrio, aún podría visitarse la iglesia gótica de Santa Catalina, obra del siglo XIII, muy enmascarada, con tablas pintadas del siglo XV.



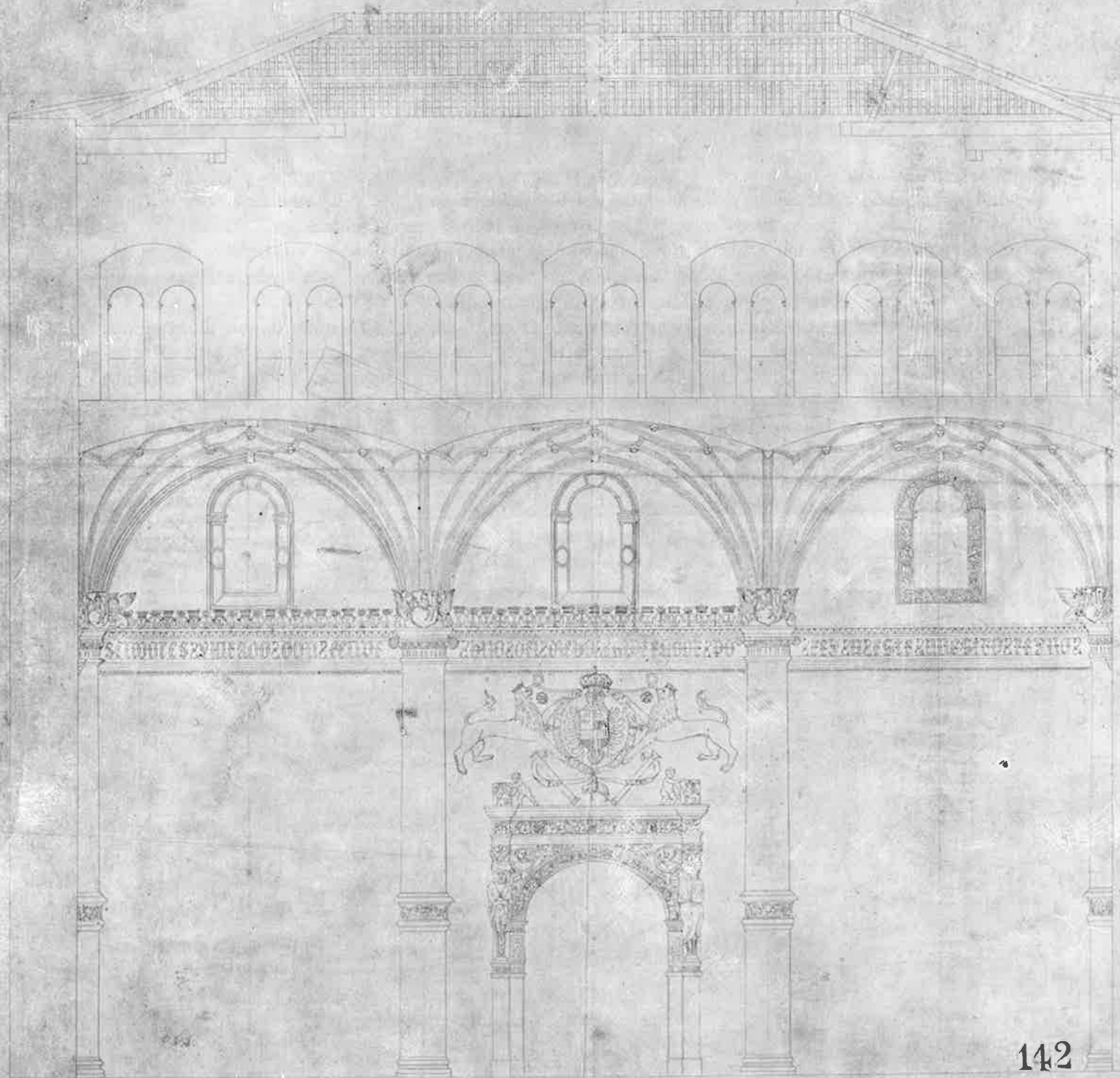
Interior de la Lonja.

ZARAGOZA RENACENTISTA

El «Renacimiento» zaragozano coincide con el gran poderío político aragonés y con una enviable floración de artistas y humanistas. Si hubiéramos de señalar un monumento que fuese la síntesis de la época, citaríamos la Lonja de Los Mercaderes, fechada en 1551, edificio espectacular y una de las construcciones españolas más importantes de su tiempo. Se erigió para que el opulento comercio de Zaragoza no tuviera que realizar sus transacciones en lugares religiosos o en la plaza pública; fue obra muy cuidadosa de Juan de Sariñena y de Gil Morlanes; tiene trazas italianas, concretamente florentinas, en la fachada de ladrillo, escudos imperiales sobre las cuatro puertas, en su interior, y otros de la ciudad sobre el arco adornado de un quinto acceso, hoy ciego; altas y robustas columnas, adornadas claves y un conjunto impresionante en el que no faltan los nombres de doña Juana y don Carlos, con el del príncipe Felipe, en la inscripción que se inicia con la descripción del propósito de los fundadores: «Se acabó esta Lonja, la qual y ciudad tenga Dios de su mano, para que siempre se emplehen en justicia, paz y buen gobierno della. anyo de nacimiento de Nuestro Seyor Jesu Cristo de 1551».

La Lonja y catedral de La Seo.

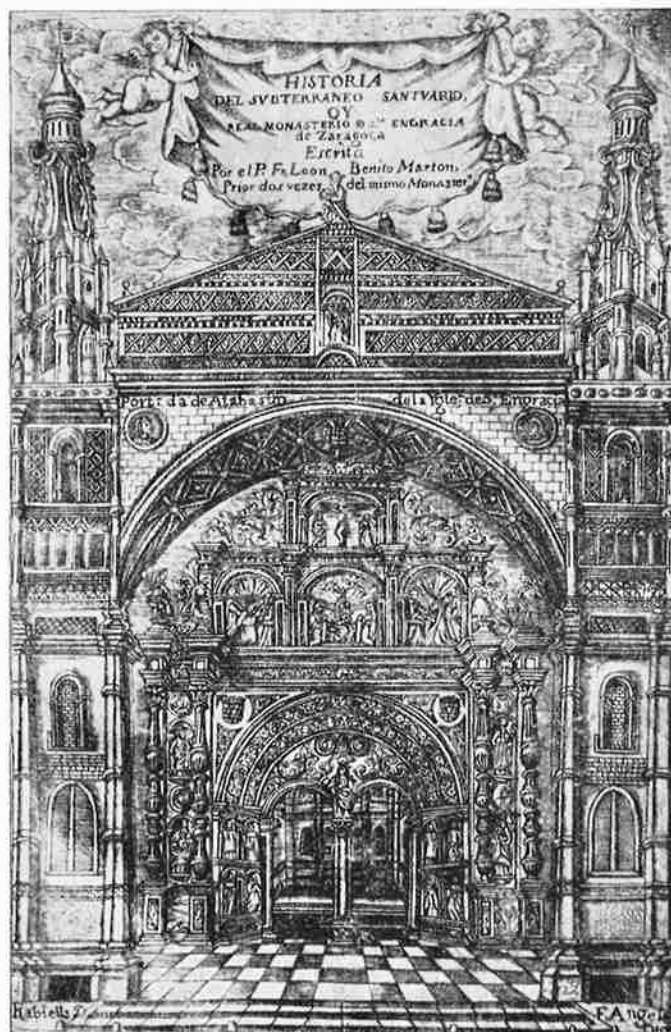




Louja: Capitel y cruería.



Otro insigne monumento renacentista de Zaragoza que merece ser visitado es la iglesia de Santa Engracia, resto del monasterio de Jerónimos volado durante los Sitios. La tradición y la historia aroman la noticia de su fundación: Juan II curó de cataratas al contacto con el clavo, instrumento de martirio de Santa Engracia, y la promesa de construir un monasterio cerca del lugar donde fue martirizada se llevó a cabo por Fernando II y Carlos I; los mejores artistas del tiempo trabajaron en la construcción: Alonso de Berruguete, Tudelilla y Fray Martín Vaca, que trazó el bellissimo claustro gótico-mudéjar. Por desgracia todo se ha perdido, como también la rica biblioteca, y sólo nos queda muy poco de la torre mudéjar con azulejos y la delicada portada plateresca, con muchas figuras, entre ellas la de la Virgen con el Niño, los mártires zaragozanos y las orantes de los Reyes Católicos. En la cripta, rehecha como el resto de la iglesia en el siglo XIX, no hemos podido hallar el templo paleocristiano



Iglesia de Santa Engracia
(portada plateresca).



La Audiencia, antiguo palacio de don Pedro Martínez de Luna.

que quizá existió, y solamente son antiguos dos bellos sarcófagos constantinianos, uno de ellos utilizado como frontal de altar.

Aún podría continuar la visita al Renacimiento aragonés, en Zaragoza, a través de la iglesia del Seminario de San Carlos, edificado sobre una antigua sinagoga, obra seiscientista del jesuita Hermano Cuevas, muy transformada después por una abundante y lujosa decoración barroca; o del convento de Santa Lucía, fundado por don Hernando de Aragón a fines del siglo XVI, con obra de estilo mudéjar hoy derruida. Y quizá, mejor, admirando lo que queda de los viejos palacios de los Morlanes, con relieves en la fachada, de la Maestranza, de Azara, Sástago, Villahermosa, Fuenclara o Pardo, por más que hayan perdido mucho de su empaque y belleza ante las injurias del tiempo y de los hombres. Toda la solemnidad de

la arquitectura señorial aragonesa la hallaremos en la actual Audiencia, antiguo palacio de don Pedro Martínez de Luna, comenzado en 1551, que ofrece a la fama popular la graciosa portada con gigantes enarbolando mazas, obra del francés Guillaume de Briembez. Y poco tardará en ser reconstruido en nuevo emplazamiento el «Patio de la Infanta», vendido al extranjero y reintegrado a Zaragoza por el esfuerzo de una entidad benéfica y bancaria. Su nombre fue otorgado por el pueblo, a causa de haber vivido en ella María Teresa Ballabriga y su esposo don Luis de Borbón, hijo de Carlos III, desterrado a Zaragoza por razón de su matrimonio; la familia fue pintada por Goya, a quien trató como mecenas. El patio, cuadrado, sostenido por ocho columnas, esculturas con sátiros y ninfas y antepechos con relieves y medallones, se ha salvado. No así la magnífica escalera y la cúpula que la cubría.

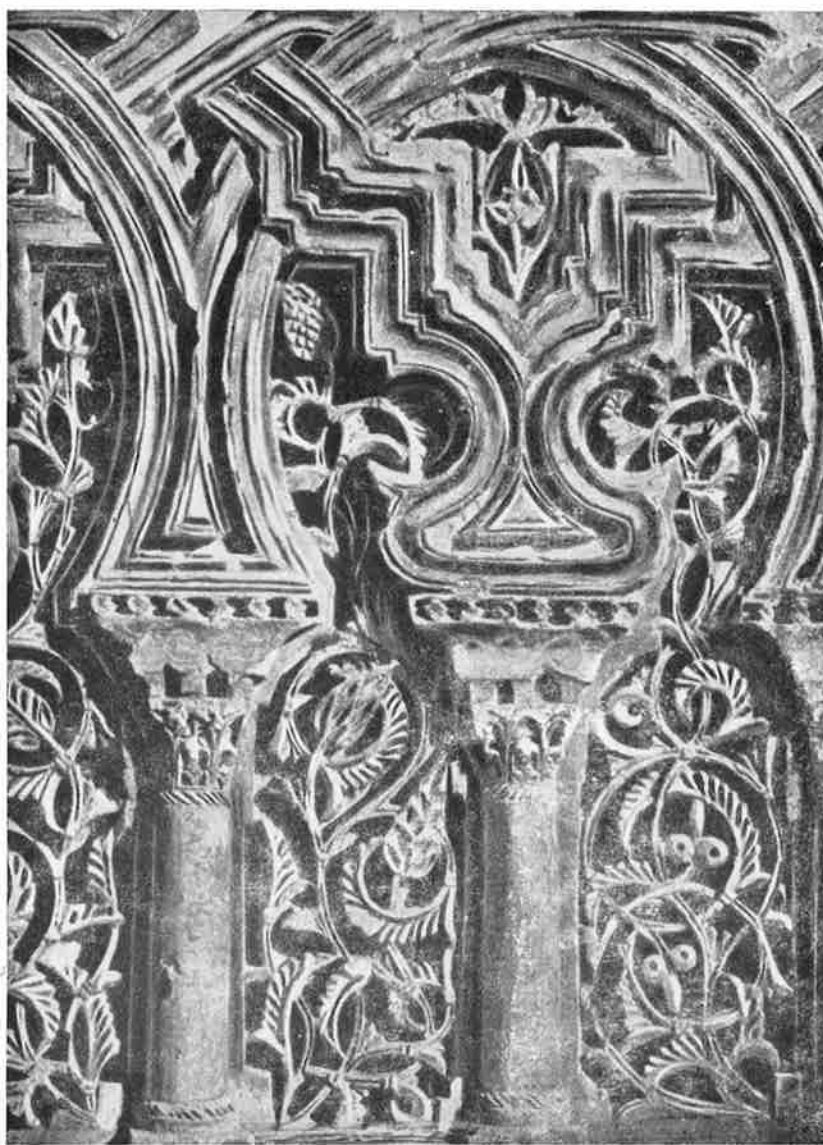


Antiguo patio de la Infanta.

LA ALJAFERIA CRISTIANA

De intento hemos dejado para el final la visita al palacio cristiano de la Aljafería, descubierto en obras recientes que aún continúan. Sobre la planta árabe y modificándola con un patio y una iglesia odosada, los reyes de Aragón edificaron un palacio gótico del que se conservan algunos elementos arquitectónicos —una puerta, una ventana— y una estancia completa sobre el oratorio musulmán, donde pudo nacer la infanta doña Isabel, reina de Portugal, hija de Pedro III y canonizada por Urbano VIII en 1625. Cada uno de los reyes dejó huellas en el nuevo palacio: Jaime I, Pedro III, Jaime II, que urgió del merino la reparación del edificio; Pedro IV se enamoró de esta residencia y a él deben atribuirse los valientes arcos de aire mudéjar del patio central, empalmando con otra teoría de arcos góticos apuntados con tracería calada, por desgracia desaparecida, y el arreglo de la «chambrá morisca», con yeserías exiguamente conservadas, cuyas paredes fueron pintadas con escenas de la «Istoria de Jaufre». El patio de Santa Isabel conoció fiestas palatinas, como las coronaciones de Fernando de Antequera y la de don Martín el Humano; hubo fuentes que manaban ininterrumpidamente agua y vino y toldos con las listas rojas y gualdas de la bandera de Aragón. Pero todos estos esplendores, a los que se añadían las estancias con leones, cuya manutención corría a cargo de las aljamas de la región, estuvieron a punto de terminar; en 1445, el abandono de Alfonso V hace que se hable de «la ruina que amenaza la Aljafería». Seguirán en uso el torreón del Trovador, de base árabe y con reformas de todos los tiempos, en donde García Gutiérrez, cuyo drama aprovechó Verdi para su famosa ópera, situó las desgracias de Manrique, y la iglesia de San Martín, con bella bóveda gótica sobre sus tres naves. Pero el conjunto será modificado por los Reyes Católicos, que abrirán salas cubiertas por ostentosos arcosonados dorados, donde se unirán el gótico y los albores del renacimiento al trabajo peculiar

de los carpinteros y artesanos mudéjares. Especialmente el salón del trono nos mostrará el techo más deslumbrante que pueda imaginarse, con los símbolos de los Reyes y su mote «tanto monta». El esfuerzo real resultó brillante y en el palacio surgieron puertas esculpidas, suelos de azulejos, una aparatosa escalera de respeto, con bovedillas pintadas e innumerables detalles más que contribuyen a lograr un conjunto único. Después caerán sobre el palacio la ruina y el abandono; será cárcel de la Inquisición y cuartel. Sólo en nuestros tiempos ha sido rescatado y se intenta restañar tanta herida a costa de lentos e importantes trabajos.



Arquería árabe
del palacio de
la Aljafería.

Artesonado del salón del trono del palacio de la Aljafería.



NEOCLASICO Y BARROCO EN ZARAGOZA

Los «siglos XVII y XVIII» no fueron afortunados para el desarrollo monumental de Zaragoza. Si visitas, lector, lo que de tal tiempo queda, encontrarás edificios modestos, aunque entrañablemente unidos a la historia de la ciudad. Reflejan el empobrecimiento de Zaragoza, consiguiente a su fusión en lo nacional y su posterior derrota con el archiduque Carlos en la guerra contra Felipe de Borbón. Aun así, no serán inútiles las visitas que se hagan a la iglesia de San Ildefonso, de amplísima nave y muy bella cúpula, amén de la aragonesa decoración de lazo labrada en yeso; la de Santa Isabel o San Cayetano, con fachada barroca de mucho movimiento y riqueza; la de la Mantería, con bóveda pintada por Claudio Coello, y la de San Juan de los Panetes, con torrecilla mudéjar inclinada. Aún podría añadirse a esta relación la puerta de Baltax o del Carmen, que muestra las gloriosas huellas de las bombas francesas.



San Juan de los Panetes,
según una antigua fotografía.



Para cerrar esta época artística habrás de llegar, lector paciente, hasta uno de los más representativos monumentos zaragozanos: a la basílica metropolitana de Nuestra Señora del Pilar, aún no terminada totalmente, puesto que cada generación quiere añadir algo al santuario que cobija una de las más veneradas advocaciones de Santa María. Del templo construido inmediatamente después de la Reconquista no queda sino el tímpano, empotrado hoy en la fachada moderna; destruido por un incendio en 1434 y reconstruido por doña Blanca de Navarra, se convirtió en un gran templo gótico por obra del insigne mecenas don Hernando de Aragón. Demolido en 1677, se encargó a Herrera «el Mozo» la construcción de una basílica barroca, concebida con planta de mezquita, respetando la situación de la Santa Capilla y desapareciendo el claustro. Ventura Rodríguez modificó los planos y le dio la forma actual, con once cúpulas, cuatro torres —dos de ellas, terminadas hace pocos años— y diseñó los planos de la capilla de la Virgen sin mover de su sitio la Santa Columna. El conjunto es ex-

Prosigue la razon dela copla susodicha.

Luydado terrible porcierto pusistes
en mi seso baxo con gran affliction:
que a donde teneys mayor perfection:
de mi remendado leuar le quisistes:
mas porque so velo me lo ingeristes:
dela obediencia: que deuo prestar os
publico mis yerros por accontentaros
con tanto temor: qual cargo me distes.

Adreça la fabla a nuestra señora.



La venida de la Virgen del Pilar,
según un grabado antiguo.

Humilde mas alta: humana: diuina,

a ilij

celente y muy correcta la decoración escultórica de Ramírez, Salas y Alvarez. Todo el templo está lleno de tesoros artísticos, pero sobre todo otro concepto se impone la devoción inmensa que suscita la Virgen del Pilar, representada por una bellísima escultura gótica del siglo XIV. Del templo gótico queda el portentoso altar mayor, obra de Damián Forment, siguiendo las trazas del de La Seo, realizada en alabastro y teniendo el retrato del artista y de su esposa en sendos medallones. También del siglo XVI, el coro, de Juan de Moreto y otros escultores. La sacristía mayor guarda un conjunto de piezas interesantes, bustos-relicario y ornamentos litúrgicos. Finalmente, deben mencionarse los frescos que decoran las cúpulas, debidos a Fernández y González, Francisco y Ramón Bayeu y Goya; de menor interés, los de Pescador, Montañés, Unceta y Stolz. De Goya son la alegría del «Triunfo de la Virgen», en la bóveda del coreto, y el «Regina Martyrum», ante la capilla de San Joaquín, limpios y remozados en 1967.



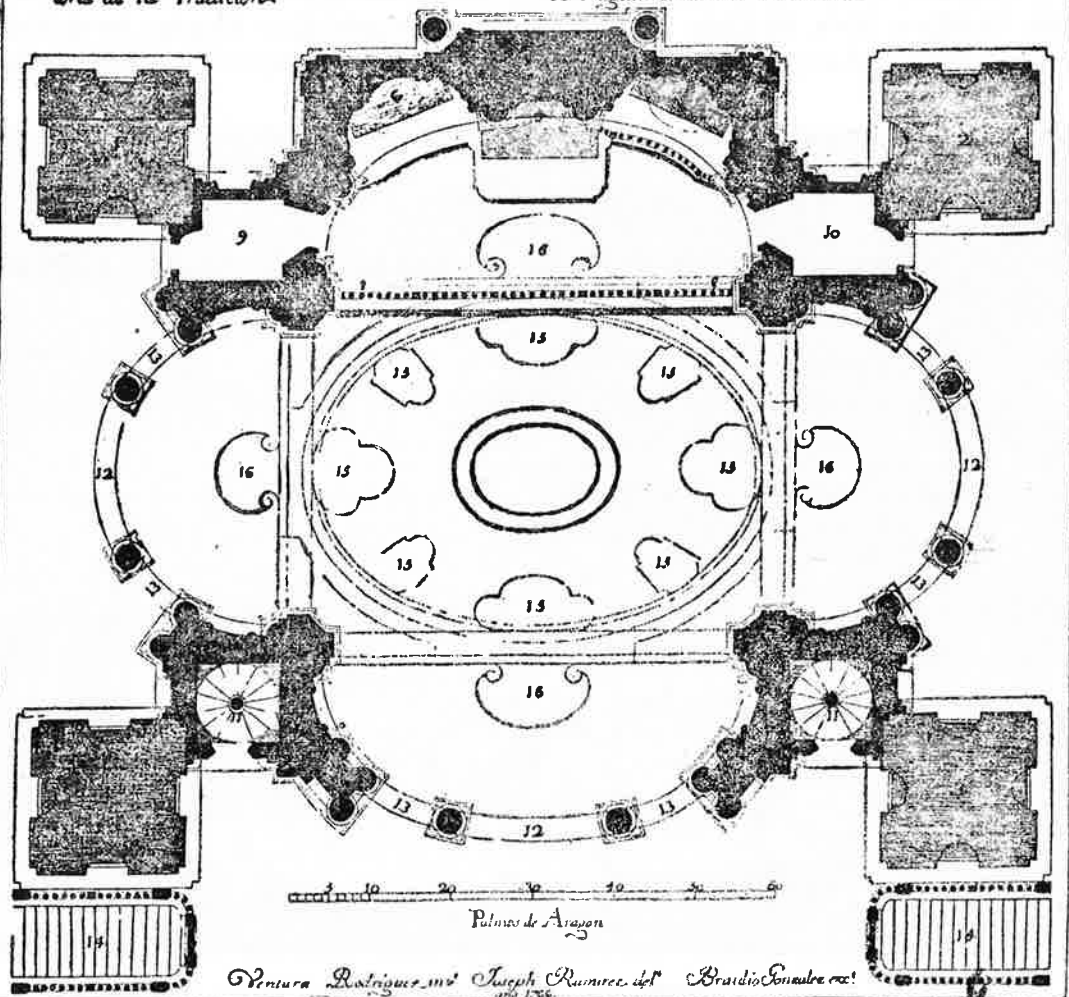
Vista de la basílica del Pilar desde la orilla del Ebro (grabado de Parcerisa).

PLANTA DE LA 8^{TA} CAPILLA DE N^A S^A DEL PILAR DE ZARAGOZA

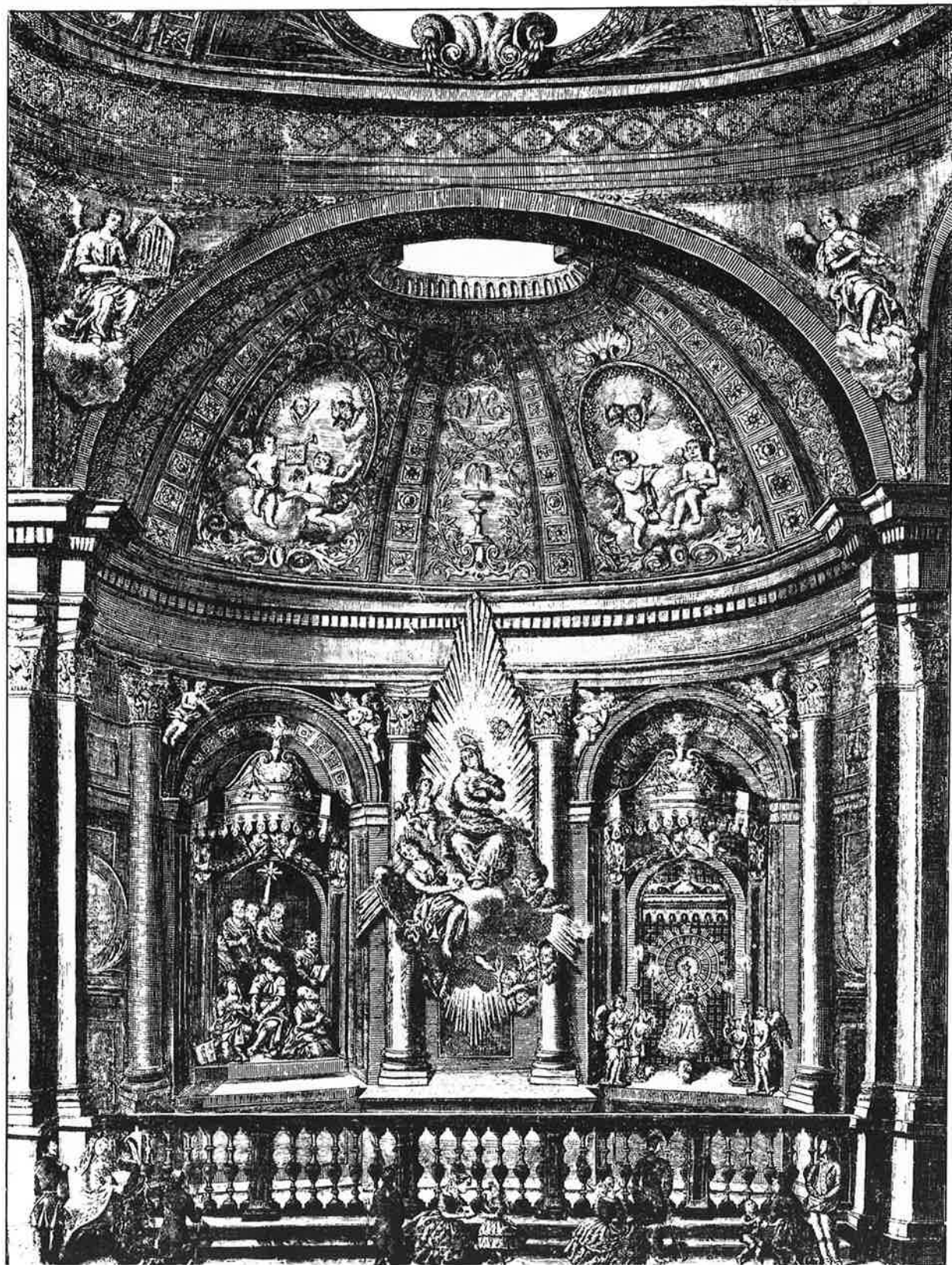
EXPLICACION

N^o 1 2 3 y 4 Los quatro Machones de la fabrica de la Iglesia entre con espacio de hulla la 5^{ta} Capilla.
5 5^{ta} Columna donde esta la 5^{ta} Imagen de N^o S^a desde su educacion por los Angeles.
6 Sitio donde esta la imagen de Santiago y sus Convertidos que corresponden y haze simetria con el de N^o S^a.
7 Mesa de Altar en el medio sobre la qual esta representada la venida de N^o S^a a este sitio que con el orope de Santiago y sus Convertidos a el lado n^o 6 y con la 5^{ta} Imagen a el n^o 5 queda figurada la historia de la Tradicion.

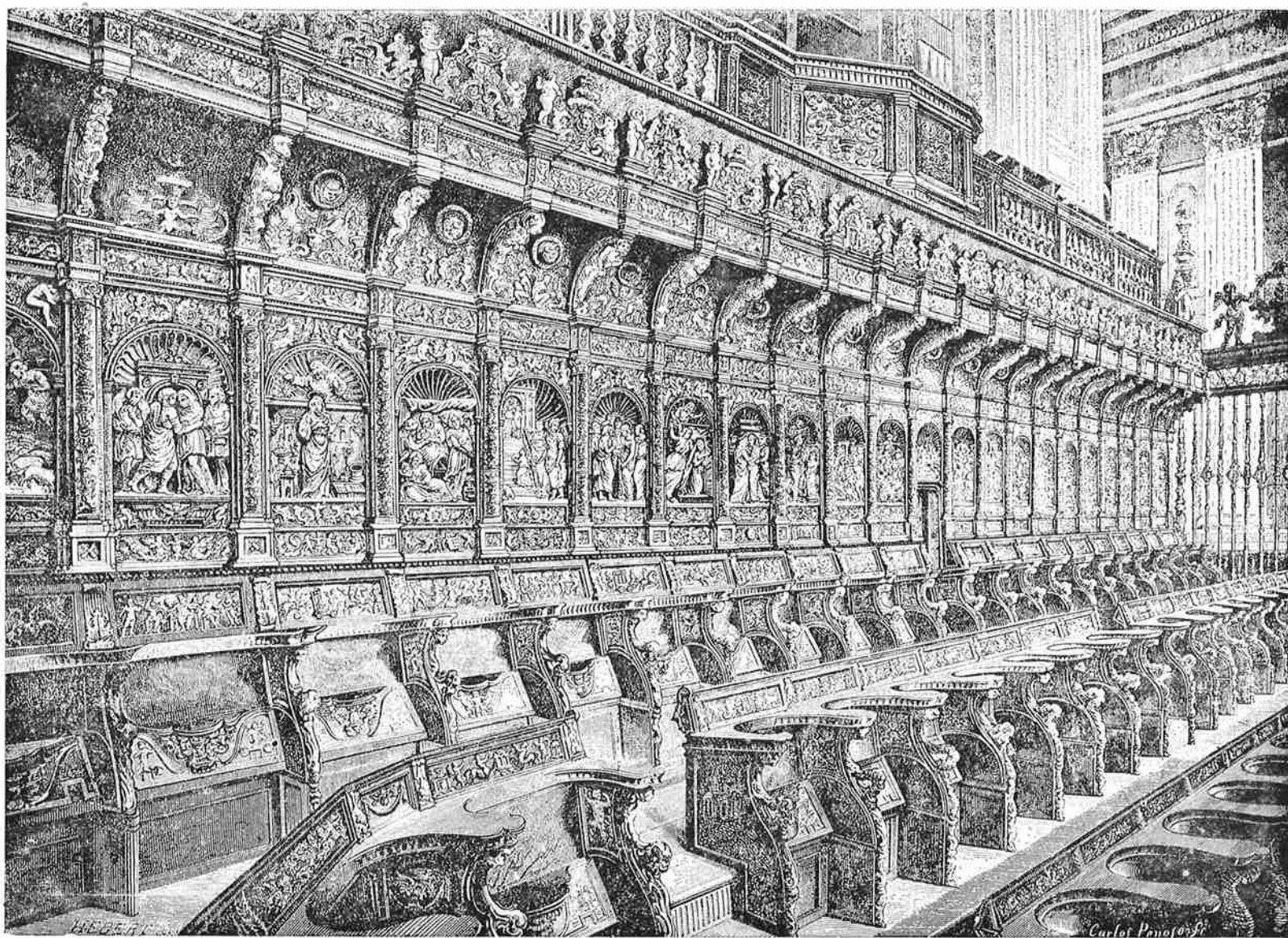
8 Rejada que divide el sitio reservado de la Tradicion de el restante de la Capilla destinado a el Pueblo.
9 Sacristia donde se reviven los Prebendados.
10 Otra Sacristia para solo los Sacerdotes a el Altar de el medio de el num^o 7.
11 Escaleras para subir a lo interior de la 5^{ta} Capilla.
12 Tres entradas principales de la 5^{ta} Capilla.
13 Seis entradas urgentes de la 5^{ta} Capilla por las intercolumnias.
14 Escaleras para bajar a el Porcion.
15 Ventanas de la Medianoche.
16 Tragaluces de los Curaciones.



Reproducción del plano de la Santa Capilla, de Ventura Rodríguez.



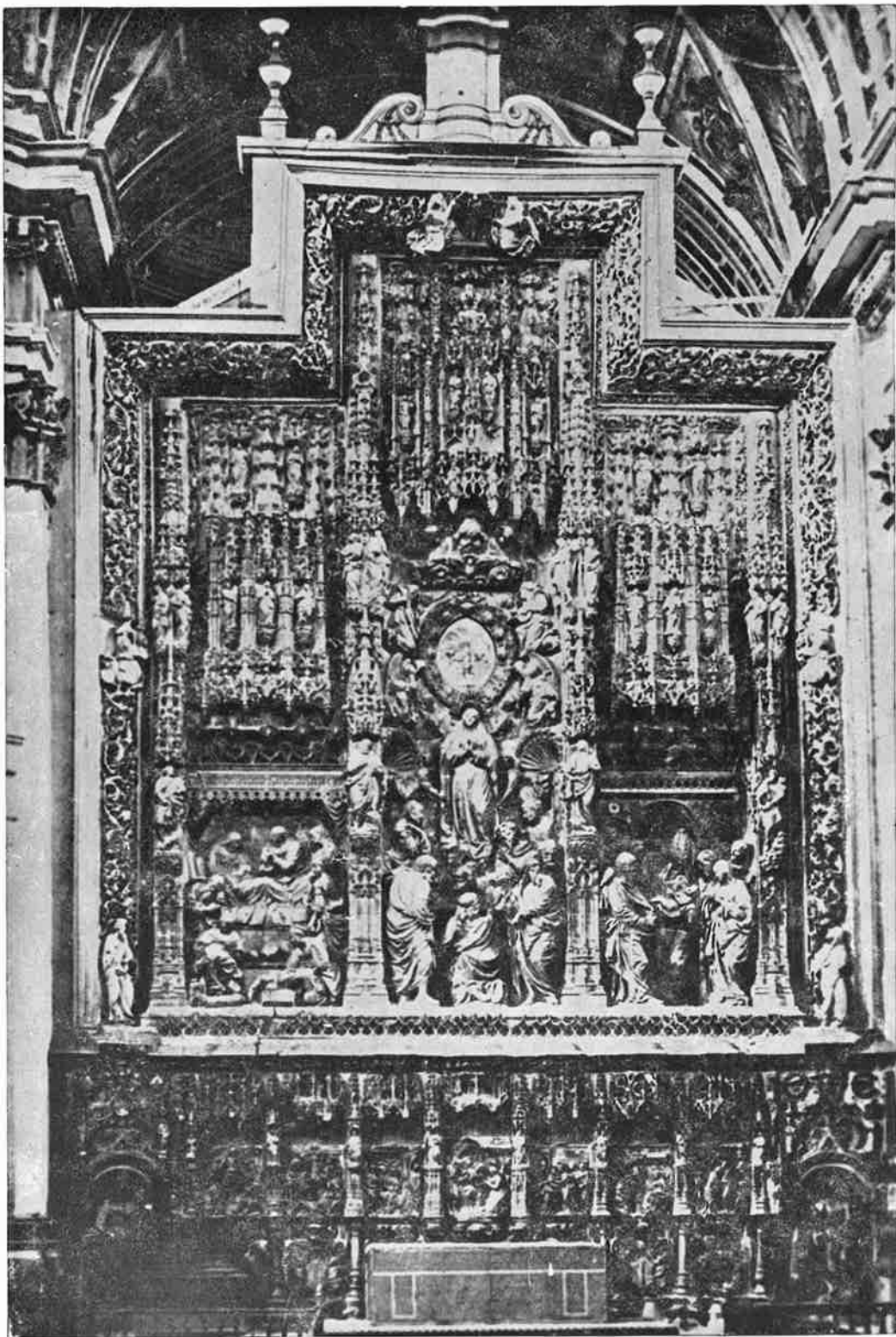
Grabado de la Santa Capilla.



Basílica del Pilar: Coro de Moreto.



Retratos de Forment y de su esposa, en la parte inferior del retablo de la basilica del Pilar.



Retablo mayor de la basilica del Pilar (Damián Forment).



Aparición de la Virgen al
Apóstol Santiago: escultura de
Pablo Serrano en la fachada
principal de la basílica
de Nuestra Señora del Pilar.

ZARAGOZA, HOY

La «Zaragoza de nuestros días» se inicia en las reconstrucciones del siglo XIX, primero tímidamente y luego con un desarrollo económico y urbanístico de gran empuje. Se abrieron las calles transversales al eje mayor de la vieja ciudad romana, la de Alfonso I y la de San Vicente de Paúl; la Exposición Hispano-Francesa de 1908 permitió la correcta urbanización de la antigua huerta de Santa Engracia. Nacieron después barrios y avenidas, la Ciudad Universitaria y los polígonos de crecimiento urbano, el parque del General Primo de Rivera, junto al cabezo de Buenavista, los de Pignatelli y de la Torre de Bruil y la Arboleda de Macanaz.

Los edificios públicos que han servido a este propósito de desarrollo de la ciudad pueden simbolizarse en las casas del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial. La primera, aprobada su construcción en 1940 e inaugurada en 1965, tiene exteriores de tipo aragonés, ennoblecidos con dos extraordinarias estatuas en bronce de Pablo Serrano, representando a San Valero y el Santo Angel, y contiene en su interior un bello vestíbulo moderno, estancias nobles con artesonados antiguos, una solemne escalera de respeto que arranca del zaguán, presidido por la estatua en bronce de Octavio, fundador de la ciudad, vaciada del original llamado de «Prima Porta», y una buena colección de pintura y escultura modernas, donde están representados los más importantes pintores aragoneses de nuestro tiempo.

La Diputación Provincial, con palacio edificado sobre el antiguo convento de Santo Domingo, tiene un bello salón de sesiones, con lienzos de López Villaseñor, que representan a «Alfonso V en Nápoles», «La predicación de Santiago», «Las bodas de los Reyes Católicos» y alegoría de las minas, la montaña, el río y la sed. Además, guarda una importante colección de pinturas de antiguos becarios y de artistas provinciales.

Aún podrían visitarse otros bellos edificios modernos: la Capitanía General, con sobria escalera y solemne salón del trono; la Universidad, con amplio y severo paraninfo; el Gobierno Civil; la iglesia de San Antonio, de aire italiano, otras construcciones de arte actual y el conjunto de casas modernistas de principio de siglo, siendo Zaragoza avanzadilla de las tendencias progresistas en el arte. Y como símbolo de futuro, la estación clarificadora del agua, donde el arte y la ingeniería juegan con tubos, máquinas y superficies líquidas.



López Villaseñor: «La predicación de Santiago a gentiles y conversos». (Diputación Provincial.)

Despacho del Sr. Alcalde.





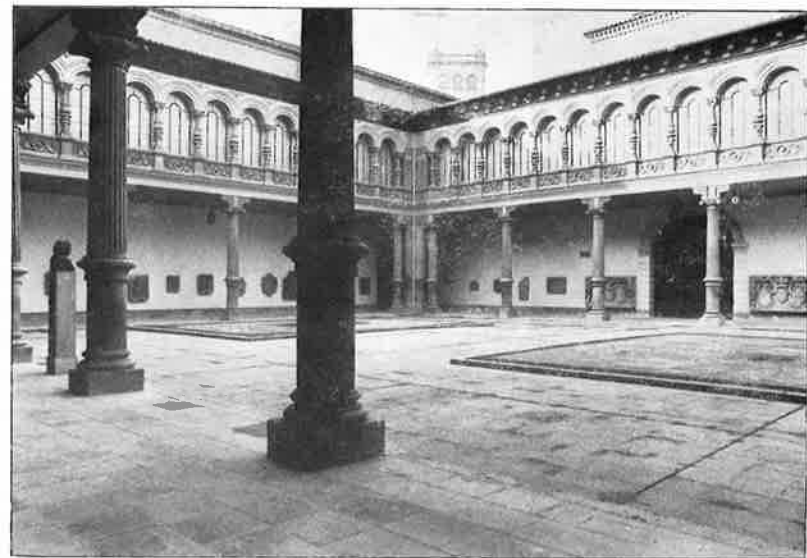
López Villaseñor: «El río». En los murales dedicados a Aragón, «El río», en parangón con «La sed», muestra los contrastes de una naturaleza dura y violenta con el tenaz esfuerzo humano. (Diputación Provincial.)



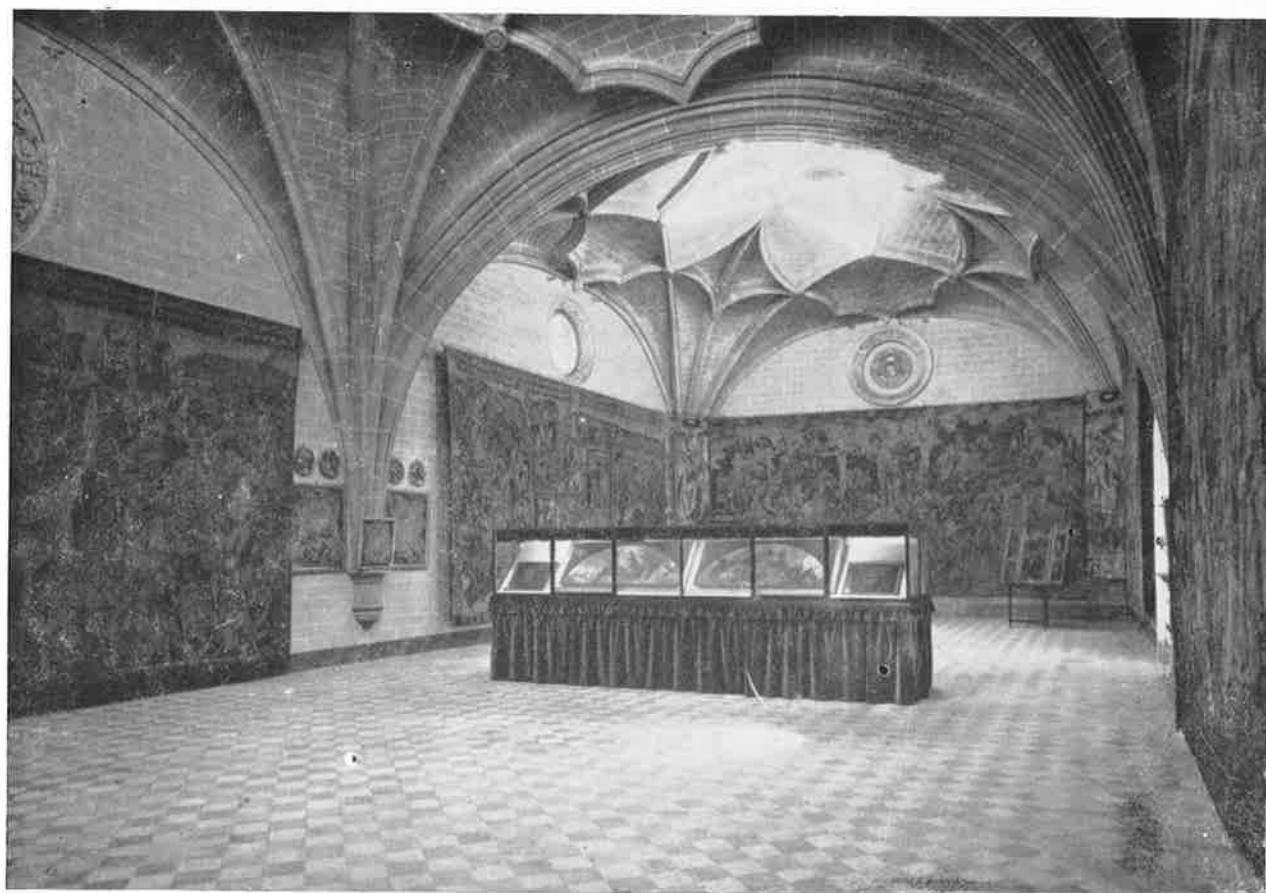
MUSEOS

Museo Provincial de Bellas Artes.

Ha sido importante la actividad museística de Zaragoza en el último decenio, corrigiendo mucho tiempo de abandono. El «Museo Provincial de Bellas Artes», creado en 1792 como secuela de la Academia de San Luís, encontró acomodo definitivo en 1906 en un bello edificio de ladrillo, de aire aragonés. Abierto al público en 1911, estaba ruinoso en 1945, realizándose desde 1953 obras importantes que culminaron en 1973 con un proyecto de más de cincuenta millones de pesetas y su reorganización total inaugurado en 1976. Posee colecciones arqueológicas que resumen la más vieja historia de Aragón, instaladas en el patio (arquitectura, epigrafía) y en una sala, donde por orden cronológico se exponen materiales líticos de la edad de piedra aragonesa y de estaciones francesas; materiales de bronce y hierro de Sádaba, Azaila y el Bajo Aragón; cerámicas de la misma época de importantes yacimientos aragoneses, sobresaliendo el vaso de Estiche, las cerámicas de las Valletas de Sena y el conjunto de las excavaciones del Cabezo de Monleón; merece mención también la cerámica pintada, ibérica, de Azaila y del Palomar de Oliete. Termina la sala con vitrinas de materiales romanos, terracotas de Calvi (Córcega), cerámicas campanienses de Azaila, terra sigillata de Mallén y el extraordinario «vaso Palao» de Belchite. Además, tres bellas estatuas romanas, dos ita-



Museo Provincial (patio).



Catedral de La Seo.
(Exposición de tapices.)

Museo Provincial (Sección Arqueología)
Cerámicas de Azaila.



Museo Provincial (Sección
Arqueología). — Esculturas
y materiales arqueológicos
de Zaragoza y su provincia.



Fraga.



Estada.

lianas, procedentes de la colección Villahermosa, y otra varonil, hallada en Zaragoza. Termina la sección arqueológica con el importante lote de mosaicos romanos de Zaragoza, Fraga, Estada y Artieda, ingresado éste en 1963; con ellos, esculturas como el fauno dormido de Zaragoza y la cabeza femenil de bronce de Fuentes de Ebro y una maqueta del poblado ibero-romano de Azaila.

Se completa la planta baja con las salas de primitivos aragoneses, sobresaliendo el soberbio retablo de «La invención de la Santa Cruz» de Blesa, obra de los cuatrocentistas Miguel Ximénez y Martín Bernat. Excepcional es el retablo, incompleto, de «La Resurrección», de Jaime Serra (1361), procedente del convento del Sepulcro. Además, se le atribuye a Martín Bernat el retablo de Pastriz, y debe citarse el de San Mateo de Gállego, así como la «Virgen de los Angeles», de Albalate del Arzobispo; «Virgen con Niño y Angel», de Jaime Huguet; «Calvario», atribuido a Bermejo; y cenotafio de madera pintada, de doña María Jiménez Coronel, procedente de Sigüenza.



El Santo Angel Custodio
de Zaragoza, procedente
de la «Puerta del Angel».
(Gil Morlanes.)



Museo Provincial. — La Virgen del Arzobispo Mur.



Museo Provincial. — «Virgen con el Niño».
(Lucas de Leyden.)



Museo Provincial. — Cerámicas de Muel

Comunican estas salas con las de arqueología medieval, hoy en reinstalación. En ellas hay capiteles, arcos y otros materiales de la Aljafería; el arco de yeso de Santo Domingo; las piedras armeras de la Diputación, atribuidas a Gil Morlanes; dos buenos sepulcros del siglo XIV procedentes del monasterio de Rueda; los restos renacentistas del sepulcro de Juan Selvaggio, de Alonso de Berruguete y Juan de Borgoña, en Santa Engracia; cerámicas de Talavera, Alcora, Muel y Teruel.

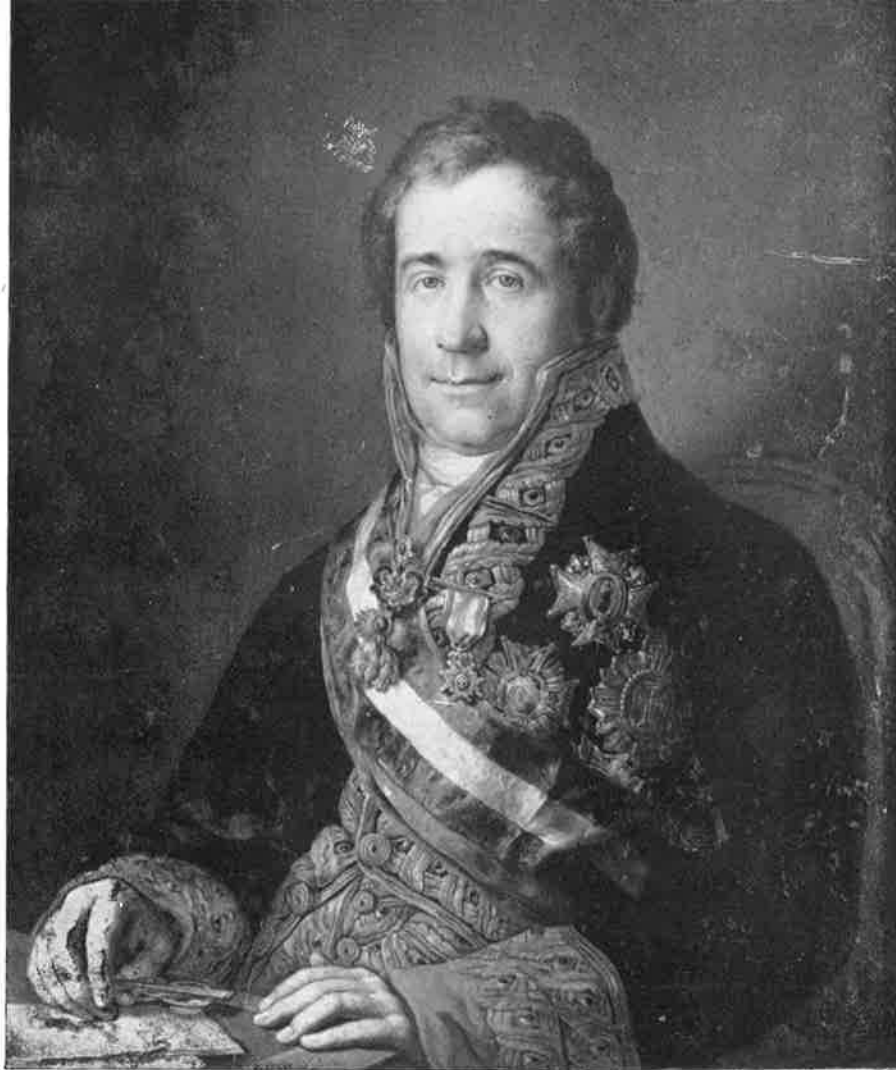
A continuación, una sala monográfica del pintor aragonés F. Marín Bagüés.

Sobre la sala de prehistoria hay una planta intermedia con esculturas, artes menores y decorativas de los siglos XV a XVIII y el monetario. Sobresalen obras de Gil Morlanes, Pere Johan o Joli y Forment; cerámica de reflejos metálicos de Muel y una colección de hierros. Fue inaugurada en 1955.

La escalera presenta el cuadro de Cutanda, de grandes dimensiones, «Matanza de judíos en Toledo». La galería, acristalada y acomodada para exposiciones en 1955, exhibe colecciones modernas provisionalmente; sus puertas se cubren con «Malasaña y su hija», de Alvarez Dumont, y «Reducto del Pilar», de Jiménez Nicanor.

Marín Bagüés: «Los compromisarios de Caspe». (Diputación Provincial.)





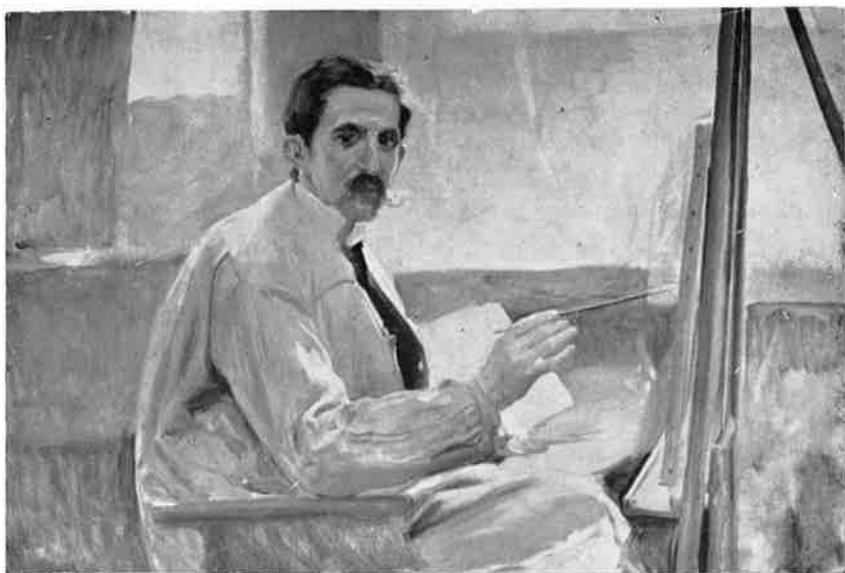
«Retrato de Calomarde». (Vicente López.)

La pinacoteca se halla en reinstalación, habiéndose inaugurado ya las nuevas salas. Lo más importante de su colección son el retablito de la Cárcel, por Jerónimo Cosida: «Virgen con el Niño», de Adrián Ysenbrandt, y otra de Lucas de Leyden; «San Jerónimo», de Lucas Cranach; «Epifanía», de Rolan de Moïs, de lo mejor del Renacimiento aragonés; un banco de altar pintado por Forment; autorretrato de Antonio Martínez en el acto de pintar el retrato de su padre, Jusepe; hay además lienzos de Ribera, Pantoja, los Bayeu, Mengs, Sánchez Coello; lunetos de la Cartuja de Aula Dei, por Antonio Martínez; «San Pedro Nolasco», por Car-
ducci o Jusepe; y una tabla retrato de Alonso V, por Andrés de Palermo o Juan de Juanes. Terminan estas salas por la de Goya, con obras muy importantes.



Museo Provincial.

«Azara». (Mengs.)



Museo Provincial. — «Retrato del pintor Portillo». (J. Sorolla.)



Museo Provincial. — «Chulilla». (Zuloaga.)



Museo Etnológico. — Casa Pirenaica.

Las salas de pintura moderna, incluídas también en la reforma de 1964, guardan pinturas de Vicente López, Eugenio Lucas, Carlos Haes, Unceta, Rusiñol, Alvarez Sala, Sorolla, Carlos Vázquez, Verger, Zuloaga, Moreno Carbonero, E. Hermoso, V. Zubiaurre, Benedito, Beruete, Pinazo, Pradilla, Barbasán, Gracia, Marín Bagüés, Duce y Berdejo.

En la sacristía y en otras dependencias de La Seo se ha instalado, desde 1940, el «Museo catedralicio». Comprende hermosos ejemplares de orfebrería, con el extraordinario busto-relicario de San Valero, obra con esmaltes de Aviñón; la gran custodia procesional; el olifante de marfil de Gastón de Bearne. En las salas altas, una asombrosa y excepcional colección de tapices bruseleses y franceses de los siglos XIV al XVI. Con ellos, los bocetos para los frescos del Pilar. En esta catedral, un conjunto artístico importante en la sacristía y un rico tesoro en el «Joyero de la Virgen».

El «Museo Etnológico y de Ciencias Naturales de Aragón», en bello emplazamiento en el parque de Primo de Rivera, consta de dos pequeñas casas reproduciendo la arquitectura popular del Pirineo y de la Sierra de Albarracín, inauguradas en 1956. La casa pirenaica guarda las colecciones de trajes populares, muebles, aperos de labranza, cerámicas, hierros, instrumentos domésticos, etc. Sobresale una colección, única en su clase, de trajes ansotanos en instalaciones vivas. La sección de ciencias naturales, en la casa de Albarracín, comprende colecciones de botánica, zoología y geología aragonesas. Hay aquí, además, una colección de trajes populares españoles, sobre muñecos.

En la provincia, aparte de insignificantes colecciones arqueológicas de Zaforas, en la Biblioteca de Caspe y de La Oruña, en el monasterio de Veruela, no hay más museo que el de Daroca, con piezas de importancia como el relicario de Moragues para los Corporales, de 1384, y la arqueta relicario del siglo XIII, obra de un tal Stephanus; hay además ropas litúrgicas, orfebrería, imaginería y tablas pintadas, como un retablo referente al milagro, con los retratos de los Reyes Católicos y de sus hijos, seguramente de Pedro de Aponte; extraordinarios son los retablos de San Martín, Santo Tomás Apóstol y San Miguel, atribuido a Martín Bernat. Actualmente, en la Colegiata, se estudia una nueva instalación para este museo.

Museo Provincial. — Piedras armeras de la Diputación del Reino.





Autorretrato.

GOYA EN ZARAGOZA

Francisco de Goya y Lucientes, el más universal de los pintores españoles y el más aragonés de los artistas, conserva viva su memoria en Zaragoza. No sólo en su casa natal de Fuendetodos o en la vieja Escuela Pía del Padre Joaquín o en la obra de sus maestros Luzán y Bayeu, sino en sus propias pinturas. El Pilar guarda su «Regina Martyrum» y la bóveda del Coreto, aparte del recuerdo de sus polémicas con el cabildo y de la devoción del pintor que llevaba a su mujer, Pepa Bayeu, medallas como obsequio y que escribía a su amigo Zapater: «Para mi casa no necesito de muchos muebles, pues me parece que con una estampa de Nuestra Señora del Pilar, una mesa, cinco sillas, una sartén, una bota y un tiple, asador y candil, todo lo demás es superfluo...».



Frescos de Goya en la Basílica del Pilar.



Fragments of the frescoes that
decorate the domes of the Basilica
del Pilar, work of Francisco de Goya
and Lucientes.





Cartuja de Aula Dei: «Presentación de Jesús». (Goya, 1774.)

En Zaragoza vivió Goya siendo niño, en la calle de la Morería, en 1749. A ella volverá en repetidas ocasiones. Perdidas las pinturillas de la iglesia de Fuendetodos, las que hicieron exclamar a su autor: «No digáis que yo he pintado eso», quedan en tierras zaragozanas los Padres de la Iglesia de los óvalos de Remolinos y de las pechinas de Muel. El recuerdo y el lienzo del «Sueño de San José», en el Museo Provincial, del malbaratado conjunto del oratorio de los Condes de Sobradiel y las once grandes composiciones con escenas de la vida de la Virgen en la iglesia de la Cartuja de Aula Dei.



«Desposorios de la Virgen». (Goya, 1774.)



«Visitación de Nuestra Señora». (Goya, 1774.)



Cartuja de Aula Dei: «Nacimiento de la Virgen». (Goya, 1774.)



Goya: «Sueño de San José».
(Museo Provincial.)



Goya:
«Duque de San Carlos».
(Museo Provincial.)



Goya: «Fernando VII». (Museo Provincial.)

En el Museo Provincial, varias obras de las más importantes del genial pintor zaragozano. El Duque de San Carlos, retrato soberbio y llenc de vigor y desenfado; Fernando VII gemelo del que se conserva en el Prado; un autorretrato de joven, poco conocido hasta hace unos años, que ha causado admiración en las exposiciones de París y Madrid, Carlos IV y María Luisa, y algunas obras menores.

LA PROVINCIA

LAS CINCO VILLAS

Entre el Pirineo y el Ebro, y la provincia de Huesca y las Bardenas Reales de Navarra se extiende una tierra de paisaje desarbolado y homogéneo, comarca natural de 2.500 kilómetros cuadrados, que hasta hace pocos años apenas ofrecía las exiguas huertas que mal regaba el río Arba con sus afluentes de Luesia, Farasdués y Biel y el Riguel, y las amplias que fertilizaba el canal de Tauste, y hoy en trance de redención absoluta por los nuevos regadíos de las Bardenas. Es la comarca de Sos del Rey Católico, Uncastillo, Sádaba, Ejea y Tauste, inmensa llanura apenas quebrada por las sierras aledañas de Uncastillo, Sos y Luesia y por el vértice de Sancho Abarca, tradicionalmente considerada como el granero de Aragón, elevándose desde los 300 metros del valle del Ebro hasta los 700 de las tierras altas. En su territorio se halla situado el enclave artificial de los Baztanés o Bartán de Petilla, adscrito administrativamente a Navarra, y lugar de nacimiento del eminente histólogo Ramón y Cajal. Históricamente, las Cinco Villas fueron habitual campo de batalla, como tierra fronteriza entre Navarra y Aragón. En lo folklórico, están desapareciendo las peculiaridades que hasta hace poco tiempo las distinguieron; así, las cofradías cívico-religiosas, entre las que revestía especial importancia la de los zapateros de Uncastillo; las fiestas votivas y rogativas de agua, como en toda la zona esteparia de Aragón; las hogueras en las vísperas de los patronos, lifaras, vaquillas, cucañas, «mayos» plantados por los quintos, los juegos de pelota y barra y el dance, briosamente conservado en Tauste con algunas peculiaridades, aunque haya desaparecido la parte recitada y tengan escasa parte en él los palos y espadas, pero en cambio se conservan las «torres» humanas, las cintas y los arcos y es celosamente cuidado por el pueblo entero.

Una visita a las Cinco Villas deberá atender, ante todo, a las nuevas tierras redimidas por los canales. Si en 1529 Carlos I concedía el privilegio del riego de Tauste, en acequia de 50 kilómetros de longitud, ha sido necesario llegar a nuestros días para que estas tierras viejas recibieran el agua nueva y con ella bellísimos pueblos nacidos de la colonización.

En lo monumental y turístico, puede trazarse aquí un itinerario lleno de bellezas, bautizado como «ruta del románico», en el que se aúnan el arte, el paisaje y lo pintoresco.

Partiendo del Norte, hallamos el bello pueblo de Sos del Rey Católico, centro de una comarca muy romanizada y luego núcleo cristiano repoblado por Sancho Abarca en el siglo X. Su

Ejea de los Caballeros. — Capiteles del Salvador.





Eje de los Caballeros.

aspecto actual recuerda el de una ciudad medieval con murallas, arcos, callejas y palacios llenos de encanto. Lo que se conserva de las murallas y del castillo, de fines de las épocas románica y gótica, en gran parte, es todavía imponente, sobresaliendo las torres almenadas del Reloj y del Homenaje. En la parte más alta, junto al castillo, la iglesia de San Esteban se alza sobre una cripta comenzada en el siglo XI, con pinturas románicas y tallas de la Virgen del Perdón y de Cristo crucificado, ambas de fines del siglo XIII; la iglesia, románica, posee una bella portada con mucha escultura que imita la de Sangüesa.



Sos del Rey Católico.
Iglesia (entrada lateral).



Sos del Rey Católico — Palacio de Sada, reconstruido.

Entre los palacios de Sos debe señalarse el de los Sada, donde nació Fernando el Católico, que conserva un oratorio gótico del siglo XIII y el resto de la casona restaurada y convertida en centro de recuerdos fernandinos. Pueden añadirse al conjunto varios palacios del siglo XVI, como el actual Ayuntamiento y el convento de Carmelitas; la graciosa casa del tesorero Luis Santángel y todas y cada una de las calles del viejo casco de esta deliciosa ciudad.

En los alrededores de Sos pueden hallarse las construcciones románicas de las ermitas de Santa Lucía, de Santa Te de Barués y las iglesias de Ceñito, Serún y Gurdíes; tiene interés también el convento de Valentuñana, del siglo XVII.

Hacia el Norte, una comarca poco conocida depara sorpresas al viajero, bien sea en los paisajes ásperos e inéditos o en los pueblos que guardan, como Urriés, pinturas románicas (trasladadas hoy a la catedral de Jaca), o un castillo del siglo XIV, como Ruesta, una pintoresca situación en Tiermas, colgada en una eminencia del terreno sobre el lago artificial del embalse de Yesa y rodeada de muros en los que se abre el Portal de las Brujas y en Navardún, cuyo nombre es aún herencia indoeuropea, o en Sigüés y su valle. Aún debe añadirse el gracioso románico, del siglo XI, de la iglesia de Bagüés.

Tomando la excelente carretera que comunica Sos con el Sur, hallamos Castiliscar, en cuya iglesia, románica tardía, de no mala traza y testigo de la encomienda de San Juan del Hospital, otorgada al pueblo, se guarda un sarcófago constantiniano, procedente de Sofuentes, y en la ermita un calvario del siglo XII, muy interesante.

Ejea de los Caballeros. — Iglesia parroquial del Salvador.







Sos del Rey Católico.
Entrada de la iglesia
de San Esteban.

Uncastillo, uno de los pueblos más ricos en monumentos de toda la provincia, está situado en el fondo del valle del río Riguel y rodeado de montes sin vegetación, pero con excelente ambiente como fondo de sus iglesias. El viejo poblamiento romano se delata por las importantes ruinas en su término, en los Bañales, de una ciudad, especialmente los pilares de un acueducto, columnas y parte del edificio de los baños. De la ciudad románica fundada por Sancho

Uncastillo. -- Vista general.





Uncastillo.
Iglesia de San Martín
(ábside y torre).



Uncastillo.

Abarca en el siglo IX queda algo de la iglesia de Santa María, con bellísima puerta románica y un conjunto del siglo XII, muy modificado después, siendo lo más bello la torre fortificada gótica, el claustro del siglo XVI y un conjunto muy interesante de retablos, entre ellos uno de Jusepe Martínez, del siglo XVII. La iglesia de San Martín, consagrada en el siglo XII y muy transformada su antigua estructura románica, no tiene de ella sino el ábside y un tím-



Uncastillo. — Puerta románica de San Miguel.



Sádaba. — El castillo.

pano decorado; como la de Santa María es la torre; e importantes los retablos y en la sacristía un lote de orfebrería litúrgica. También románica es la iglesia de San Juan, de fines del siglo XII y hoy sin culto, que guarda un conjunto de pinturas del mismo tiempo, muy importante. De fecha análoga y del mismo estilo es la iglesia de San Felices, con portadas y tímpano esculpturados, obra del maestro de Agüero. En ruinas se halla la ermita de San Lorenzo y convertida en vivienda la de San Miguel, habiéndose perdido casi totalmente su decoración. Renacentista es la iglesia de San Andrés, con interesantes pinturas murales, y la Casa Con-



Sádaba — Tumba romana.

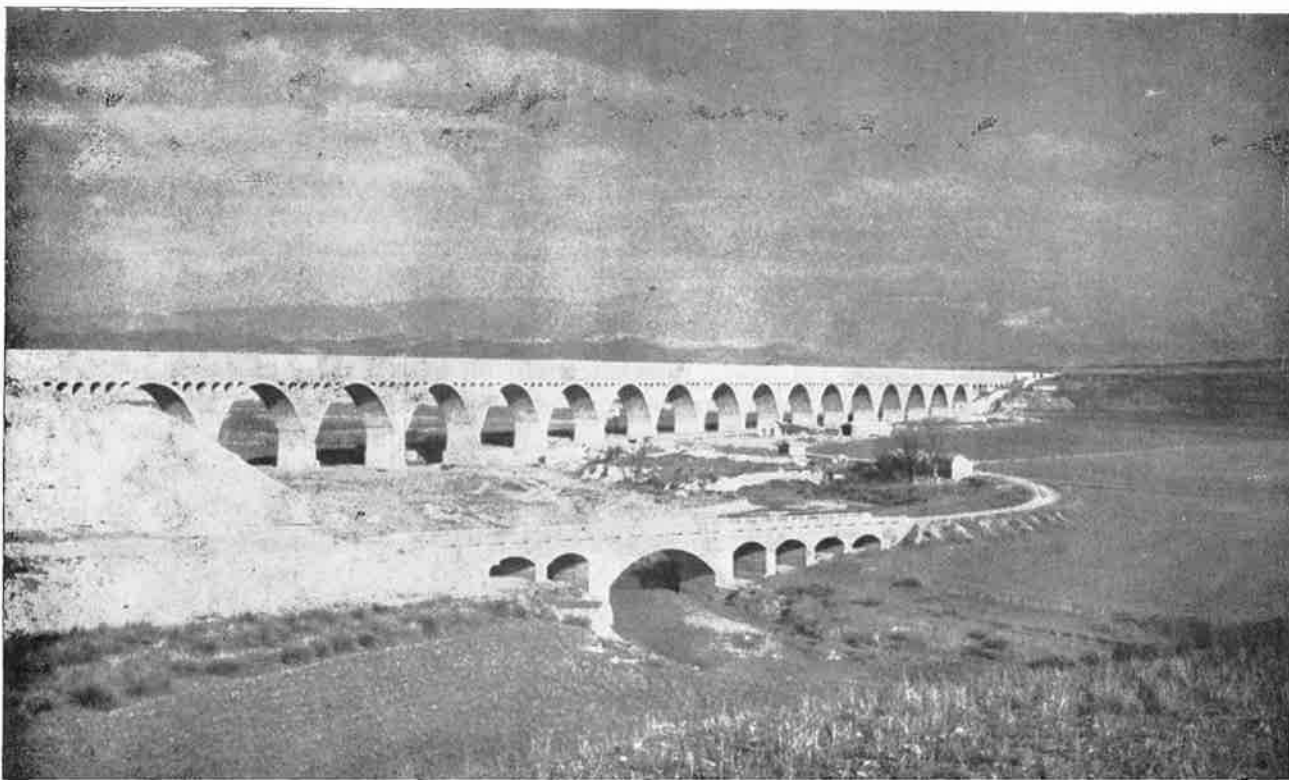
sistorial. Dominando la población se yergue el castillo, de los siglos XIII y XIV, con la torre del homenaje y un salón aún conservado dentro del conjunto de ruinas que lo forman.

Cerca de Uncastillo, Luesia conserva aún el castillo testigo de su posición en el límite de la conquista musulmana, y la iglesia del Salvador, primero románica y luego modificada durante el Renacimiento. Románica es la iglesia de San Esteban, y del siglo XIII, con bello retablo gótico de San Fabián y San Sebastián, en el estilo de Bermejo, la ermita de la Virgen del Puyal. Biel conserva un interesante caserío, con muchas trazas góticas.

Sádaba, otra de las Cinco Villas, tiene en sus proximidades la ruina del mausoleo de los Atilios, construcción romana interesante, del que se conserva un solo muro de sillería con relieves e inscripción y el edificio llamado «la sinagoga», realmente panteón romano del siglo IV. En el pueblo interesan la bella iglesia gótica, con esbelta torre y tablas pintadas, y el espectacular castillo, muy bien conservado en su exterior, con planta cuadrada y cuatro macizas torres de la misma forma. En la comarca de Sádaba quedan restos de los monasterios románicos de Puilampa y de Cambrón.

Entre Sádaba y el valle del Gállego hay una serie de pueblos pintorescos y con edificios monumentales: Layana, con restos romanos y una sencilla iglesia románica; Biota, con iglesia del siglo XII, dedicada a San Miguel, ricamente ornamentada, y castillo; Farasdués, con interesantes casas góticas; Asín y Orés, con sendas iglesuelas románicas, y El Frago, con iglesia de la misma época y numerosas ermitas también románicas en los alrededores. Luna posee también un conjunto de iglesias, entre las que sobresale la románica de San Gil de Mediavilla. Ejea de los Caballeros, en el centro de una comarca de colonización matizada por nuevos pueblos, creación avanzada de la urbanística rural moderna, y cruzada por canales, es ciudad progresiva, en continuo crecimiento demográfico. Su más bello monumento, la iglesia de San Salvador, del siglo XIII, con muy bellas fachadas, airosa torre y algunos retablos; menor interés presenta la iglesia de Santa María, con torre del mismo tipo e interesante púlpito mudéjar. Quedan bastantes casas de tipo aragonés. En Erla hay una iglesia muy parecida a la de Ejea, con tablas interesantes y un castillo.

Canal de las Bardenas. Acueducto de Onsella.



Tauste.—Plaza de Santa María. Al fondo, la iglesia con su torre mudéjar.

El Bayo.



Tauste, la más meridional de las Cinco Villas, transformada en ciudad moderna y embellecida por continuas obras, conserva aún mucho de su vieja población morisca. En lo monumental, su iglesia, mudéjar del siglo XIII, contiene una de las realizaciones más importantes de los escultores del Renacimiento aragonés en el retablo mayor, obra de Gil Morlanes, Joly y Salas. Mención aparte merece la torre mudéjar, ricamente decorada. La patrona de Tauste, Virgen de Sancho Abarca, tiene una capilla del siglo XVIII en la iglesia y ermita en el término municipal.



Vista de Alcalá de Ebro.

EL VALLE DEL EBRO

A las orillas de este río varón de España, el romano Hiberus, que atraviesa de Noroeste a Sudeste toda la provincia, creando ubérrimas huertas junto a páramos desolados, ha existido un intenso poblamiento en todos los tiempos, con gran número de ciudades y casas de campo célticas, ibéricas y romanas (Mallén, Gallur, Alagón, Figueruelas, Zaragoza, El Burgo, Osera, Fuentes, Quinto, Velilla, etc.) y luego una de las zonas de mayor densidad de habitantes y de mayor riqueza agrícola. El paisaje, de río de llanura, se embellece con sotos y arboledas, puentes en Gallur, Remolinos, Zaragoza y Gelsa y escasos pueblos junto a la orilla, por temor a las inundaciones.

En Pedrola y Alcalá de Ebro suelen situarse las escenas del Quijote que tuvieron por marco el palacio de la Duquesa (que sería el de Villahermosa, del siglo XVI, con solemnes salones y colecciones artísticas) y la Insula Barataria. En Alagón, la iglesia mudéjar posee una soberbia torre, del aspecto de la de Tauste, y mucho más modesta, aunque con gracia dentro del mismo estilo, la de Pinseque. Remolinos, con minas de sal, nos ofrece en su iglesia cuatro pechinas con óvalos sobre lienzo, obra de Goya, representando cuatro padres de la iglesia latina.

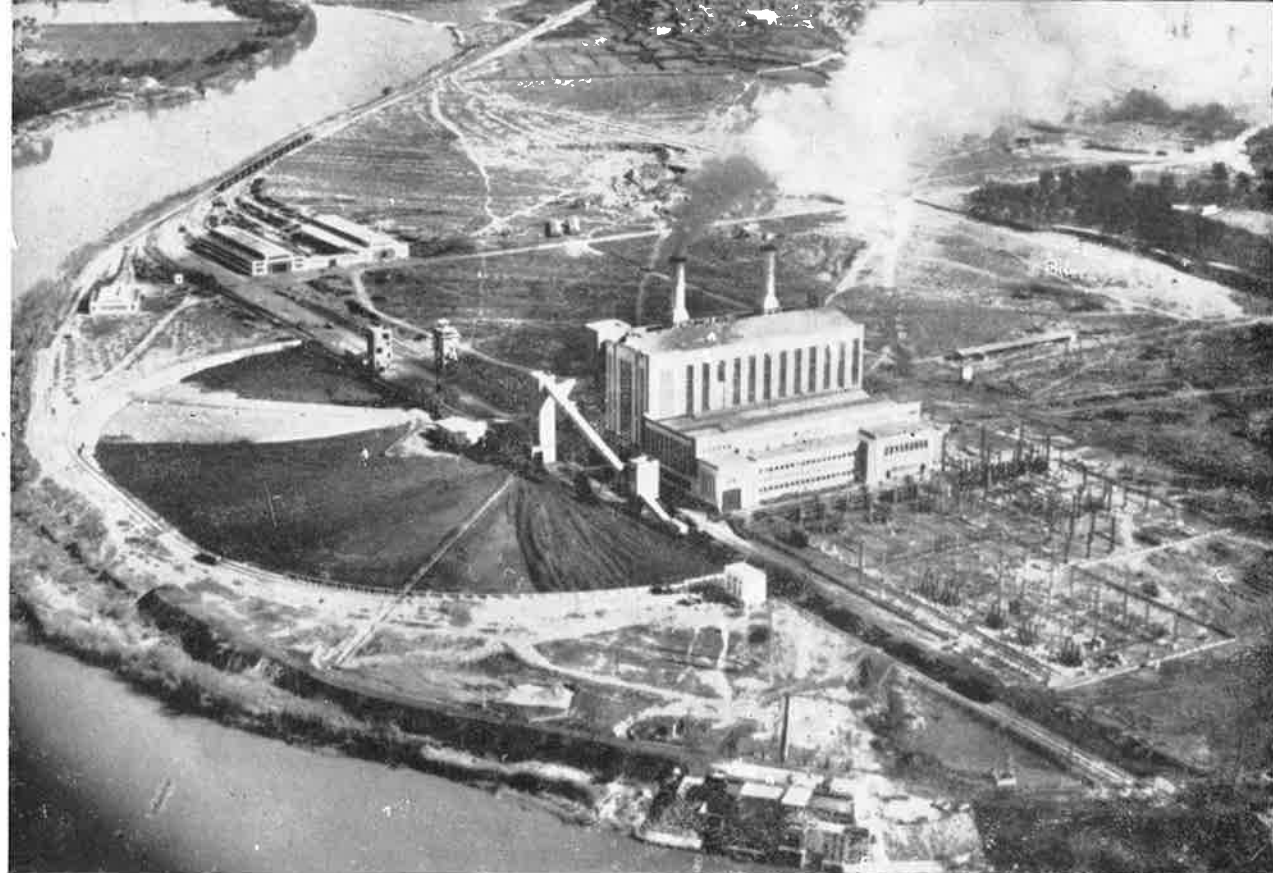
A lo largo de toda la orilla izquierda se levantan las terrazas del Castellar, en un tiempo avanzada de la Reconquista sobre Zaragoza y sembradas de castillos que han dejado su nombre en la tierra. En el fondo del valle, Utebo muestra una de las más femeninas y bellas torres mudéjares aragonesas, conservando la casi totalidad de sus azulejos, que ofrecen un gracioso conjunto.

Aguas abajo de Zaragoza, al pie de la meseta árida de los Monegros, Alfajarín, antiguo pueblo de alfareros, conserva las terrosas ruinas de un castillo, iglesia con bella torre mudéjar y un excelente retablo de la Virgen de Montserrat, en el estilo de Bermejo, y la ermita de la Virgen de la Peña. A la orilla derecha, La Cartuja Baja, barrio de Zaragoza, con iglesia del siglo XVII; El Burgo de Ebro, que tiene en su término la graciosa ermita de Nuestra Señora de Zaragoza la Vieja, con restos romanos del siglo I en sus alrededores, y Fuentes, con una iglesia de bello interior renacentista del siglo XVI, obra de Pedro Vedel, y excelentes retablos mayor y de Santa Ana; en Quinto, sobre las ruinas de un castillo se edificó una iglesia mudéjar, muy dañada en los avatares heroicos de la campaña de Liberación, que tuvo esta zona como campo de batalla.

Danzantes de Remolinos.



Central térmica
Escatrón.



En Velilla se conserva el emplazamiento de la romana Celsa, con muchos restos aún a la vista y la ermita de San Nicolás, famosa por su campana del milagro, que tañe por sí sola para anunciar acontecimientos importantes, generalmente luctuosos, desde la Edad Media, habiéndose perdido casi totalmente el retablo de Forment que la adornaba.

Escatrón, con importantes instalaciones de una central térmica y moderno poblado, apenas conserva nada monumental en el pueblo antiguo. En sus alrededores el Ebro dibuja una serie de curiosos meandros, con ejemplos de algunos estrangulados y violento contraste entre las ásperas orillas y los rientes fondos del valle. A la orilla izquierda se encuentra lo que queda del monasterio de Rueda, cuyo altar mayor fue trasladado a la iglesia de Escatrón y otros elementos al Museo de Zaragoza. El monumento, cisterciense del siglo XIV, conserva en románicas ruinas la iglesia, muy bello claustro con edículo octogonal y contiguos la sala capitular, el refectorio con graciosa escalera de acceso al púlpito, aparte de la cocina, el dormitorio de novicios y otras estancias que por desgracia han perdido mucho de su carácter. El monasterio de Rueda, arruinado en su mayor parte, es monumento singular del tipo de Veruela y muy digno de ser restaurado.

EL VALLE DEL GALLEGO

En este feraz y ameno valle, que discurre pocos kilómetros en la provincia de Zaragoza, en el término de Montañana, se encuentra la Cartuja de Aula Dei, con muy notables pinturas al óleo sobre los muros, obra primeriza de Goya, representando escenas de la vida de la Virgen, realizadas en 1771 y 1772, formando once composiciones de hasta diez metros de largo, con alguna parte torpemente renovada a fines del siglo XIX.

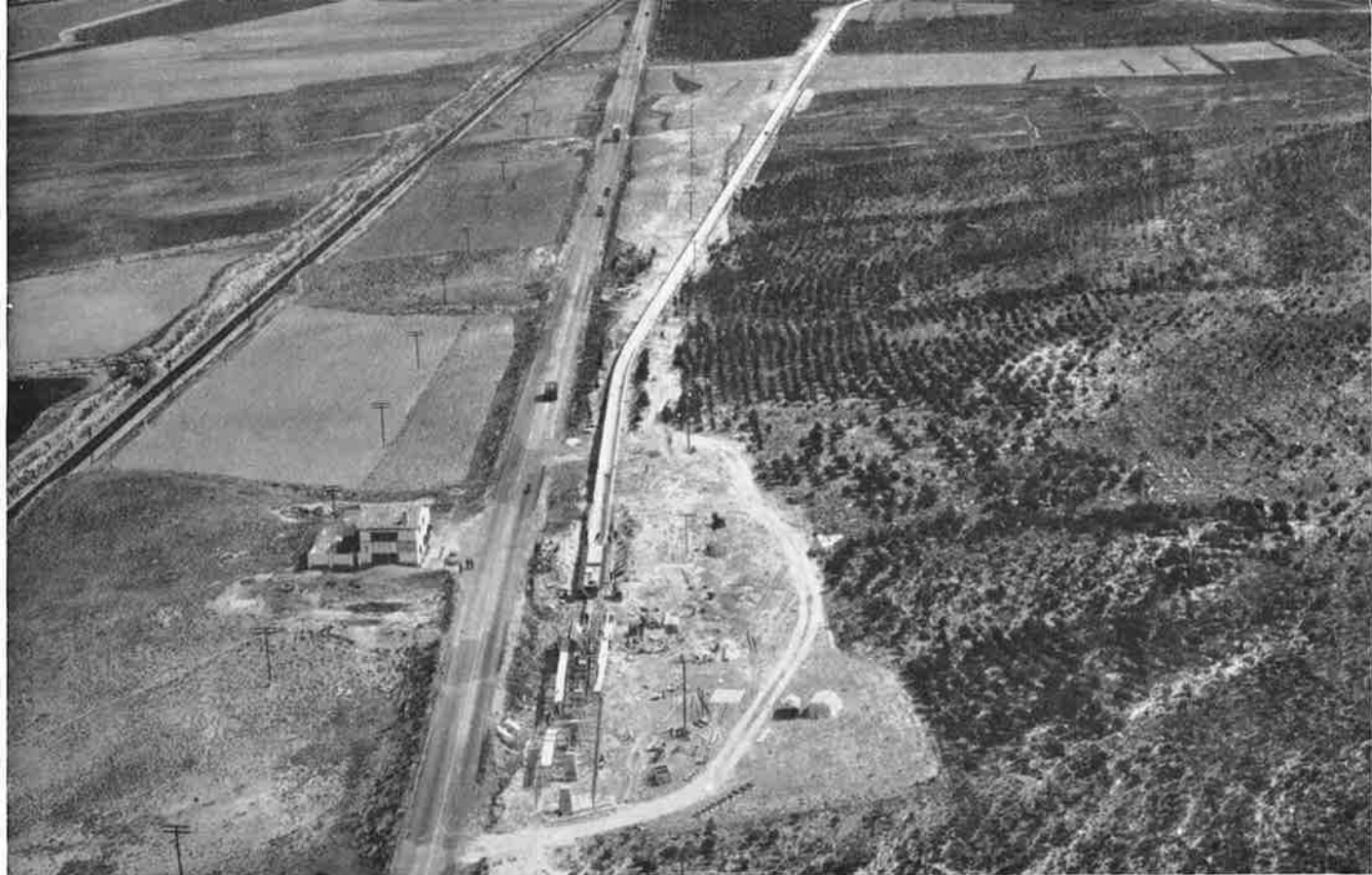
En San Mateo, la iglesia, mudéjar, contiene un interesante retablo mayor plateresco, relacionado con el de Zuera, muy importante. Entre esta región y la de Luna se extienden dilatadas manchas de pinar. Las provincias de Zaragoza y Huesca poseen a lo largo de la orilla derecha del Gállego la comarca de La Violada, antigua «vía lata» romana desde Caesaraugusta al Bearn, donde se han verificado importantes obras de riego y la creación de nuevos pueblos, como Ontinar del Salz, habiendo así cambiado completamente el paisaje de la zona.

En la parte más septentrional del río Gállego en la provincia existen retablos importantes en Puendeluna, en Ardisa, junto al embalse de su nombre, con uno muy interesante del siglo XV, de un seguidor de Bartolomé Bermejo, representando a San Juan Bautista, y en Las Pedro-sas, con un buen altar del siglo XVI. En una pintoresca situación, en la ladera de una escarpada montaña, se alza Murillo, con impresionante iglesia-fortaleza, sobre cripta del siglo XII, siendo también románicos el ábside y el crucero y el resto del siglo XVI. En los alrededores, de bellísimos paisajes, no lejos de los Mallos de Riglos, la ermita de la Virgen de la Liena, con Virgen gótica del siglo XIII.



Claustrillo.
Cartuja de Aula Dei.

La Violada.
Acequia de
Santa Quiteria.



LOS MONEGROS

Zaragoza tiene en su provincia una parte de esta comarca que ha de ser pronto fertilizada por el canal de su nombre, ya parcialmente construido. Carece esta región de fuentes y de ríos, dependiendo sus extensos sembrados cerealistas de la escasa lluvia, que provee también a llenar las balsas de agua potable, algunas de época romana y contiguas a las vías tendidas a través de esta región. El paisaje desolado, con salinas y negros bosques residuales de sabinas que han dado nombre a la comarca, se ve iluminado por una luz diáfana que permite la nítida observación de amplios horizontes y la cromática contrastación de cielos y tierras. Los escasos pueblos, pardos y blancos, no son demasiado ricos en obras de arte; pueden nombrarse la iglesia gótica de Perdiguera; el monumento a su hijo, el cosmógrafo Martín Cortés, en Bujaraloz, en cuyo término el «camino de los Fieros» va sobre la vía romana; una iglesia con pinturas modernas en La Almolda, pueblo con habla peculiar y antiguas alfarerías. En la cima de la sierra de Alcubierre, el altar y monumento a los héroes falangistas de la posición «San Simón», en medio de un agreste paisaje.

Bujaraloz. — Iglesia parroquial
y monumento al cosmógrafo Martín Cortés.



LA REGION DEL MONCAYO

Con su vértice de 2.316 metros, el Moncayo, nevado durante gran parte del año, es el único paraje de alta montaña de la provincia. Nacen en sus cumbres los ríos trucheros Queiles, Huecha, Araviana e Isuela, y en sus frondosos bosques hay gamos y jabalíes. Citado el Moncayo por los autores clásicos por su riqueza en hierro y por los numerosos poblados metalúrgicos como el de La Oruña o la vieja Turiaso, en su somontano hay muchos atractivos; así, el castillo de Trasmoz, con leyendas de brujas y aquelarres, entre cuyos nombres se recuerda el de la tía Casca; o bien los castillos de Talamantes y Vozmediano. Se conservan también narraciones piadosas de aparición milagrosa de Vírgenes, como la de Veruela, que se remonta al siglo XII, y leyendas relacionadas con las selvas de la montaña y alusivas a Túbal, Hércules o Caco.

El camino natural parte de la línea del Ebro en Mallén o en Gallur para ir a buscar el valle del Huecha. En pintoresca situación, Magallón exhibe en lo alto de un peñón elevado una iglesia de poco interés, monumental, recortada escenográficamente sobre el fondo de la Cordillera Ibérica, y en la parte baja el ábside mudéjar, muy bello, del derruido convento de Dominicos, y algunas tablas del siglo XV en la ermita de San Sebastián.

Siguiendo el valle encontramos la ciudad de Borja, antigua Bursao ibérica, con restos romanos en el castillo y un interesante y pintoresco caserío de mucho carácter. En la colegiata poco quedó de importancia después de un devastador incendio del siglo XVIII, pero aun así pueden admirarse las tallas del retablo de la Inmaculada, renacentistas, y la tabla gótica de la Virgen, con santos, de Jaime Laná. Aún pueden hallarse motivos de admiración en algunas casas señoriales, en los edificios barrocos de Concepcionistas y en el Hospital y en las escasas ruinas del castillo. En la comarca de Borja, Bulbunte y Ambel poseen un conjunto estimable de retablos y orfebrería, y el Santuario de Misericordia, un centro veraniego de montaña, con denso arbolado.

Uno de los monumentos más importantes de la comarca y de toda la provincia es el monasterio cisterciense de Veruela, hasta hace poco ocupado por los PP. Jesuitas. En sus proximidades está el despoblado ibérico de La Oruña, sede de un establecimiento metalúrgico, algunos de cuyos restos se guardan en el museo del monasterio. Muchas de las riquezas de Veruela fueron a parar al vecino pueblo de Vera de Moncayo, especialmente el excelente altar mayor, muy semejante al de San Bernardo, de La Seo de Zaragoza, y otros restos al Museo Provincial zaragozano. El monasterio fue fundado por Pedro de Atarés en 1171, con monjes franceses; se rodeó totalmente por muralla almenada, con torreones circulares. La iglesia, de sillería, tiene



Ambel. — Iglesia de la Virgen.



Borja. — Puerta baja de la ex-Colegiata de Santa María.

Iglesia parroquial. (Retablo de Santa Lucía.)



Ainzón. — Iglesia parroquial.

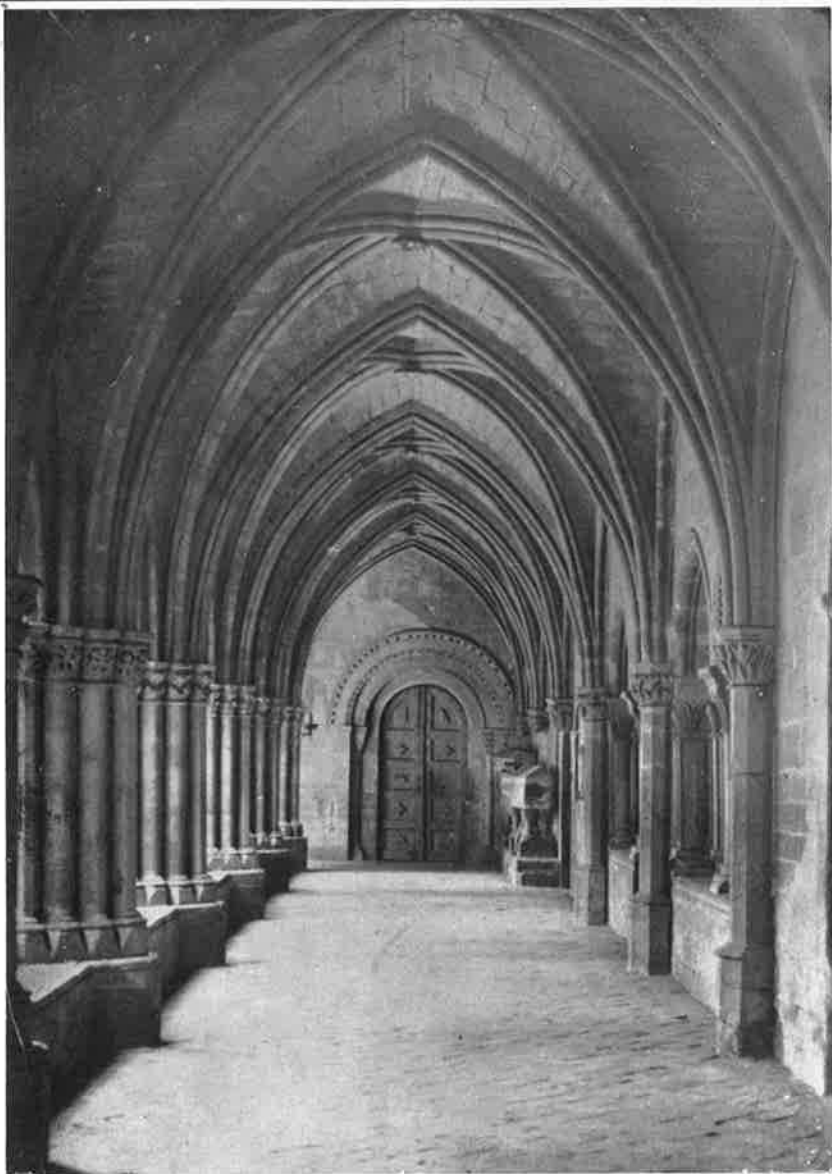
severa portada románica con capiteles historiados, uno de ellos con la leyenda de Caco, alusiva al topónimo Moncayo; el amplio interior, de tres naves, sigue de cerca al modelo de Poblet. Muy bello es el claustro y ya en transición al gótico la sala capitular y, sobre todo, el refectorio, con bóveda de crucería; bellísima es la galería alta plateresca del claustro. El paisaje que rodea el monasterio es de gran serenidad y encanto; aquí se retiró Gustavo Adolfo Bécquer, escribiendo «Cartas desde mi celda» y recordándose su nombre en la bella cruz de término, plateresca, vecina a la entrada principal del recinto.

El Somontano del Moncayo está cubierto por pintorescos e interesantes pueblos, donde se conservan viejas tradiciones y no pocos monumentos de interés; así las murallas medievales de Añón, las iglesias románicas de Litago y de Lituénigo y el castillo rodeado de leyendas fantásticas de Trasmoz.

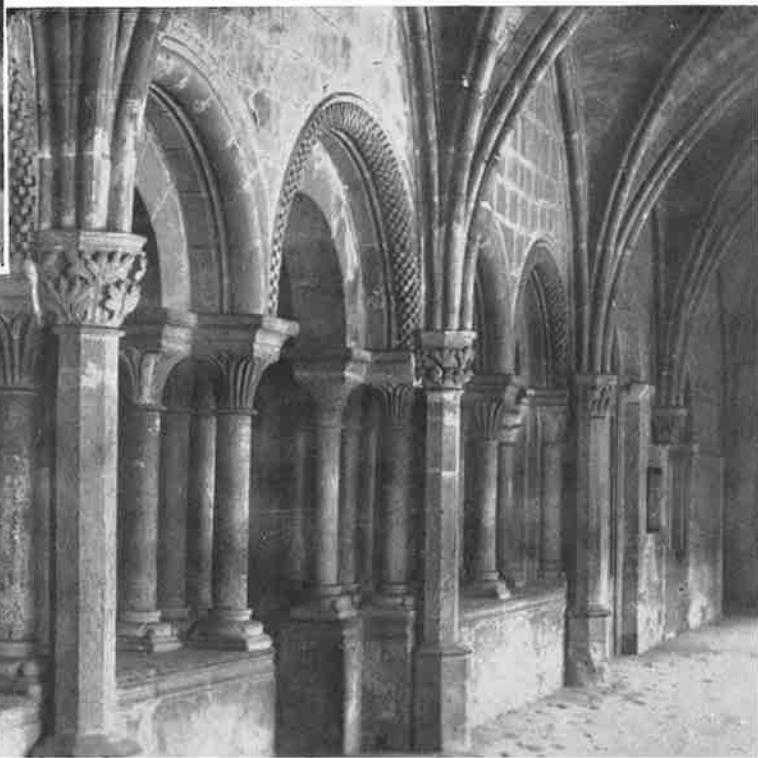
Tarazona, la ibérica Turiaso, es una de las ciudades mudéjares más interesantes de Aragón, llamada por algunos la «Toledo aragonesa». La ciudad alta conserva pintorescas callejas y arcos, casas voladas sobre el barrio de la judería, la vieja plaza de toros graciosamente habilitada para viviendas, y un tesoro inestimable de monumentos históricos y artísticos. La ciudad baja, moderna y progresiva, cuenta con industrias y edificaciones actuales tolerables.

Veruela. — Sala capitular.





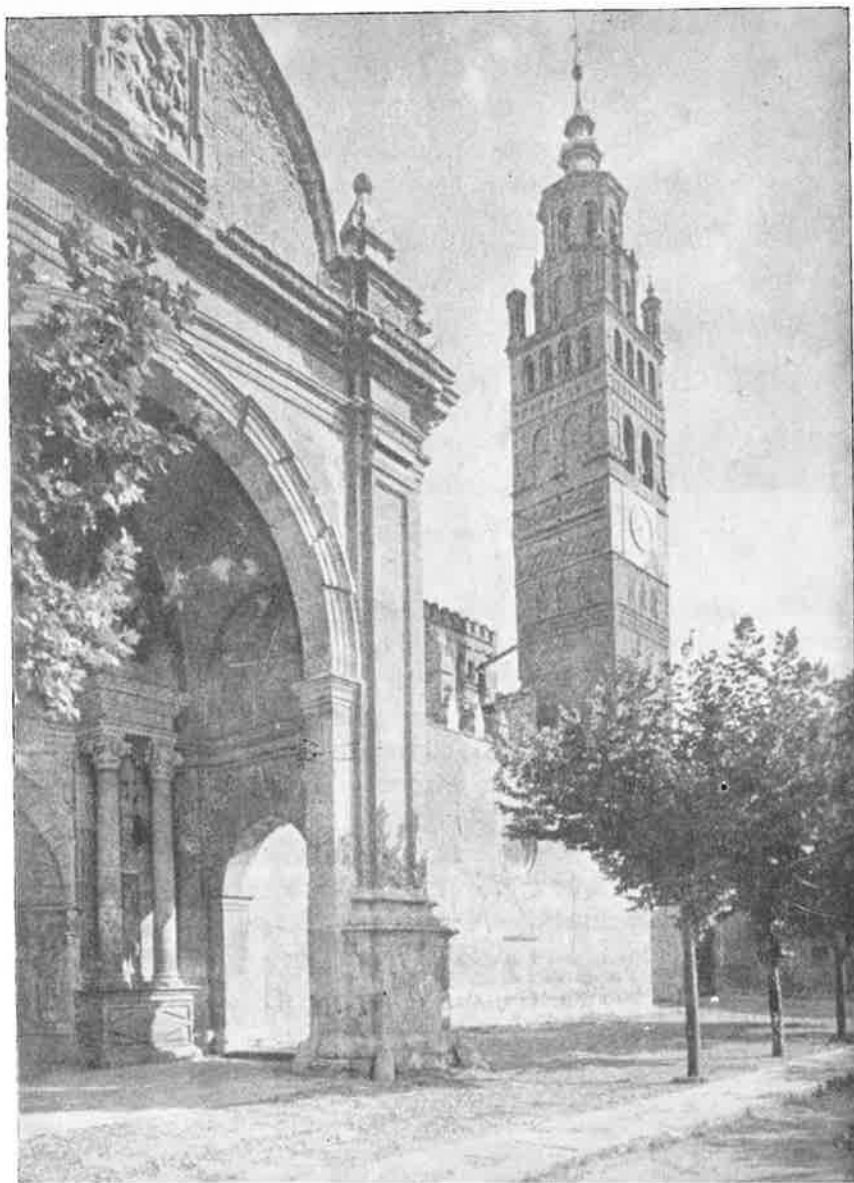
Veruela. — Claustro
e ingreso a la sala capitular.





Monasterio de Veruela.
Gárgolas.

Está bordeada por las exiguas aguas del río Queiles, tal vez el Chalybs de los antiguos, y es rica en perspectivas y puntos de vista. Su historia se inaugura con el poderío metalúrgico que le atribuyeron las minas ibero-romanas de hierro del Moncayo, y en sus alrededores se han hallado estatuas, sarcófagos, mosaicos y monedas. Árabe desde el siglo VIII y reconquistada por Alfonso I en 1117, conservó sus barrios morisco y judío y fue rica en acontecimientos históricos que la tuvieron por protagonista, especialmente como plaza fronteriza entre Aragón y



Tarazona. — La catedral.



Tarazona. — Vista general

Castilla. Felipe II mandó celebrar en Tarazona las cortes en las que desaparecieron las libertades políticas aragonesas, como castigo por el apoyo que la ciudad prestó a los propósitos del justicia Lanuza. El monumento más importante es la catedral, consagrada en el siglo XIII, con fuertes paralelos con su coetánea Veruela, y posteriores restauraciones y reconstrucciones, entre ellas la del crucero, del siglo XVI, imitando el de La Seo de Zaragoza. El conjunto, trazado con grandiosidad, posee tres naves, con girola, y es de gran belleza. Al exterior, la torre gótico mudéjar, muy airosa, es de fines del siglo XV y la portada del XVI. Las capillas contienen abundante número de retablos, pintados y esculpidos, sepulcros y otras obras de arte, formando un conjunto de primerísima importancia, que se completa por las piezas de orfebrería guardadas en la sacristía. De mucho carácter es el claustro gótico, ya del siglo XVI, con gentiles celosías en piedra calada de aire morisco; aún debe añadirse el coro gótico, el púlpito mudéjar y el retablo mayor, del siglo XVII.

La ciudad alta está dominada por la esbelta torre cuadrangular de la Magdalena, iglesia mudéjar edificada sobre antigua construcción románica, de la que muy poco se ha conservado, excepto en los ábsides, guardando en el interior una serie de retablos de interés. También lo tienen la parroquia de San Miguel, cuyo edificio actual es del siglo XVI; el convento de San Francisco, donde hay una bella custodia procesional gótica, y el de la Concepción, con algunos restos mudéjares y numerosas pinturas. El esplendor histórico de Tarazona se refleja en algunos ostentosos edificios civiles, como el Palacio Episcopal, del siglo XIV, con elegante escalera cubierta con cúpula ochavada, pomposo salón del trono con artesonado, capilla y otras estancias, y el Ayuntamiento, con adornado exterior del siglo XVI, donde figuran los escudos de Tarazona, Aragón y Carlos V, cuya entrada en Bolonia se representa en una faja de relieves; se completa el conjunto con las esculturas de los míticos pobladores del Moncayo, Pierre, Caco y Cesarón. Quedan, perdidos en las callejuelas de aire morisco, otros palacios y casas, como el de los conde de Alcira, algunos restos de la muralla e innumerables parajes que convierten el paseo por las empinadas calles tarazonicas en una verdadera delicia espiritual.

La comarca de Tarazona fue muy rica en materiales artísticos, por desgracia en gran parte desaparecidos y malbaratados. Aun así, no serán perdidas las excursiones que recorran los bellos parajes y los monumentos de Torrellas, Pozuelo, con su iglesia gótica; Trasobares, con las delicadas Vírgenes de los siglos XII y XIII; Calcena, con otra iglesia gótica y retablos del XVI, y tantos otros pueblos de estos lugares cargados de Historia.

Marín Bagüés. «Familia aragonesa».



«Las tres edades», por Francisco Marín Bagüés (1880-1961).
(Colección Baeza Alegria.)



VALLE DEL JALON Y MONASTERIO DE PIEDRA

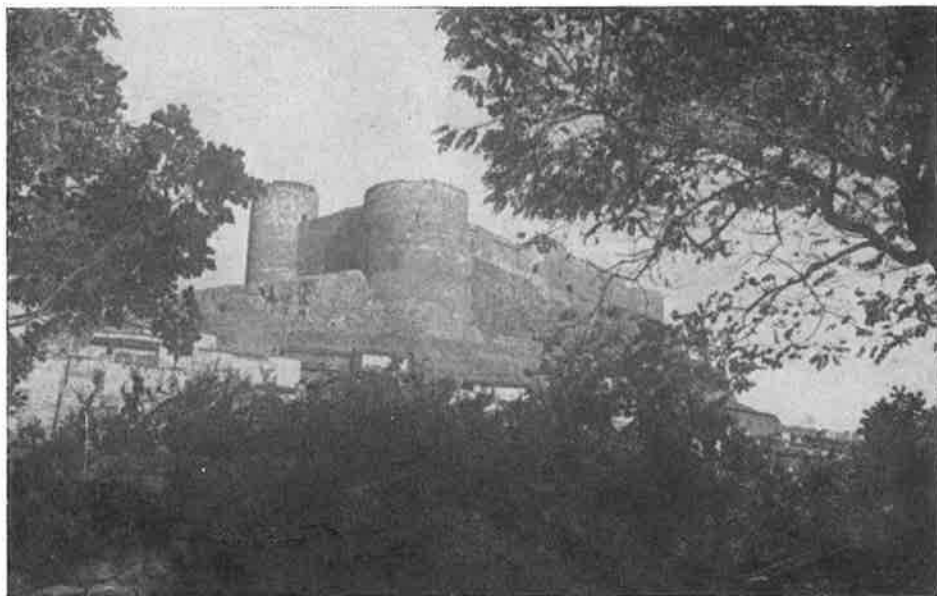
El impetuoso Jalón, de aguas rojizas, Salo de los iberos, es uno de los caminos privilegiados, entre el Mediterráneo y la Meseta y, por ende, sede de antiguas ciudades y hoy de florecientes vegas, estrechas pero ubérrimas, cuya producción frutera es de las más importantes de España. El valle lo utilizan hoy el ferrocarril y la carretera y asciende trabajosamente hasta la altiplanicie soriana y las tierras de Medinaceli. Los pueblos son pintorescos y se engloban dentro del área de las culturas de moriscos y del mudéjar, apretándose a lo largo del angosto valle, alzando sus castillos de defensa en las escarpadas orillas cuaternarias del río. Así, partiendo de Alagón, que fue tutela de la confluencia del Jalón y el Ebro, se pasa por Rueda, con ruinas de elevado castillo, y por Lumpiaque, famosa un tiempo por sus alfarerías de loza común. Epila, centro azucarero de mucha importancia, fue testigo de la derrota de las tropas nobiliarias de la Unión frente a Pedro IV, en el siglo XIV, y de las de don Juan Lanuza por las de Felipe II, en el XVI, mostrando así el valor estratégico de su situación. Monumentalmente, la iglesia se eleva en la parte más alta del cerro que sirve de asiento a Epila, como mundo de una bellísima plaza con escaleras ajardinadas; de grandes proporciones, en el estilo neoclásico, con frescos muy académicos, guarda también el sepulcro gótico de don Lope Ximénez de Urrea. Gran prestancia y solemnes salones con artesonados tiene el palacio de los duques de Híjar, con museo de trajes, pinturas y otras obras artísticas.

Calatorao, con restos romanos en su término, posee en la iglesia un Cristo crucificado, famoso en toda la provincia y en los ritos de endemoniados, del siglo XVI y atribuido a Gabriel Yoli.

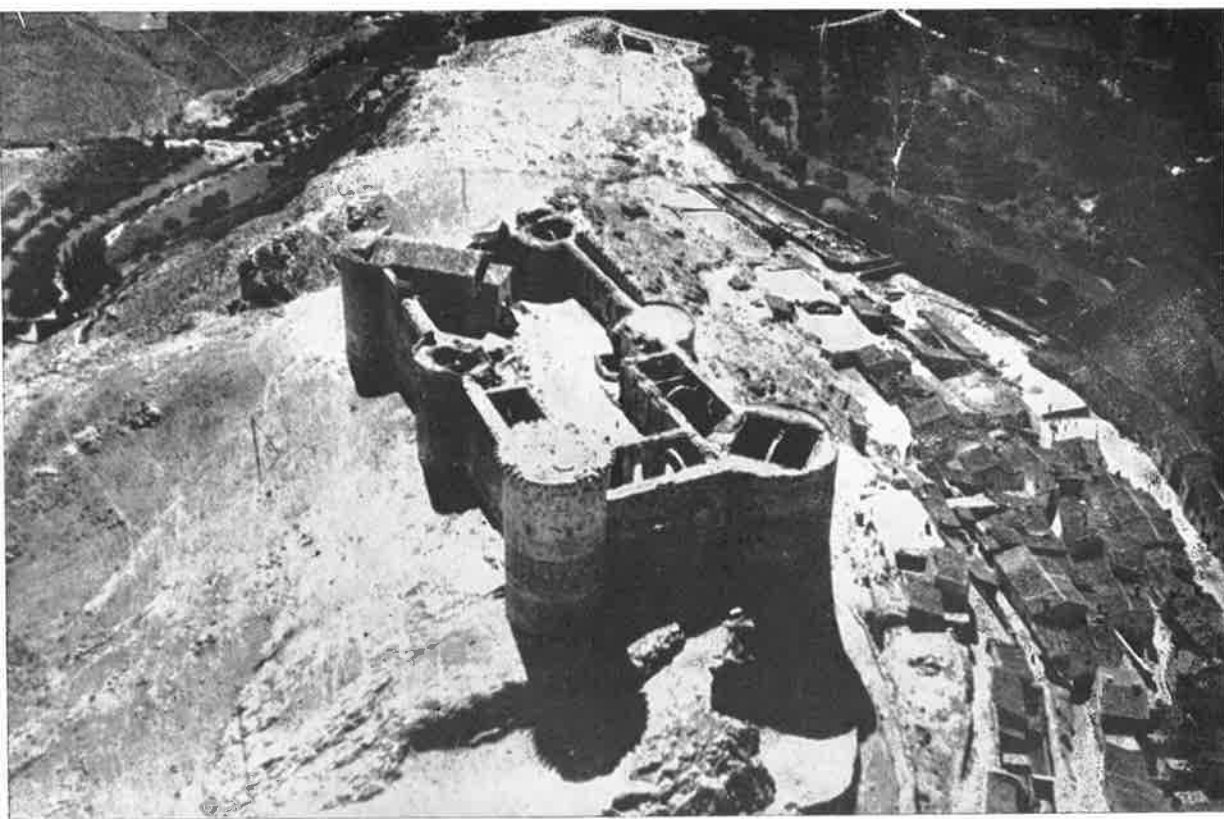
En La Almunia de Doña Godina, donde rematan las terrazas escalonadas que comienzan en la meseta de La Muela se inicia el portillo del río Grío, es menos importante la iglesia parroquial, de grandes dimensiones y aire neoclásico, asentada sobre mosaicos romanos, que la ermita del despoblado de Cabañas, donde todas las paredes están pintadas al fresco, en estilo popular arcaizante, seguramente del siglo XIV. En la iglesia de La Almunia puede admirarse un busto relicario de Santa Pantaria. Muy bella es la torre mudéjar de Ricla, con un cuerpo octogonal descansando sobre otro cuadrado.

Un interés especial tiene Chodes, que conserva hoy su traza urbanística del siglo XVIII, partiendo de una plaza central circular y de calles con cruce ortogonal, abiertas a las cuatro puertas de la nombrada plaza.

En el valle del río Isuela, que nace en el Moncayo, Mesones posee el más bello castillo de la comarca, macizo, de planta rectangular, con seis torreones de exterior cilíndrico flanqueándolo, obra del siglo XIV; en la capilla hay un artesonado mudéjar, con bellas tablas pintadas.



Castillo de Mesones de Isuela.





Castillo de Illueca.

A lo largo del curso del río Aranda, Brea, con potente industria de calzado y antiguo pueblo morisco, y Gotor, poseen sendas iglesias barrocas, y Arándiga un retablo de Anchieta, pero ceden ante el interés de Illueca, patria de don Alvaro de Luna y del «Papa Luna», Benedicto XIII, uno de los protagonistas del Cisma de Occidente; la iglesia fue mudéjar, rehecha



Castillo de Rueda de Jalón.

Catedral. — Campanario
torre de la Colegiata
de Santa María.





Vista oriental de la ciudad de Calatayud. (Grabado de Palomino.)

en el siglo XVIII; y el palacio del conde de Argillo, de fines del siglo XVI, con gran muro exterior decorado con arquillos aragoneses; artesonados y otros restos decorativos. Finalmente, Aranda de Moncayo, en la falda meridional de este monte, conserva en la iglesia una bella custodia procesional gótica.

En el centro del valle del Jalón y en su confluencia con el Jiloca, Calatayud, la ciudad más importante de la provincia de Zaragoza, nudo de comunicaciones y mercado de una extensa comarca, es también núcleo histórico y artístico importante. Sustituyó, en época árabe (Calat. Ayub), a la ibera y romana Bílbilis, patria de Marcial, asentada en el cerro de Bámbole, sobre los desfiladeros del Jalón, junto a Huérmeda; aún quedan muchos restos romanos, algunos visibles, de la antigua población. De la época árabe pueden ser parte de las ruinas de las murallas y castillo y la herencia de un importante taller cerámico de reflejos metálicos. De la Calatayud cristiana, la Colegiata de Santa María, mudéjar, con una esbeltísima torre octogonal, es el monumento más importante; la portada plateresca, del siglo XVI, labrada en alabastro, es finísima; de gran interés el retablo mayor del siglo XVII y un conjunto de tablas y lienzos en las capillas, sala capitular y claustro, así como orfebrería y ropas litúrgicas. También gallarda e importante es la torre mudéjar de San Andrés; importante el

Calatayud. — Plaza del
Mercado.

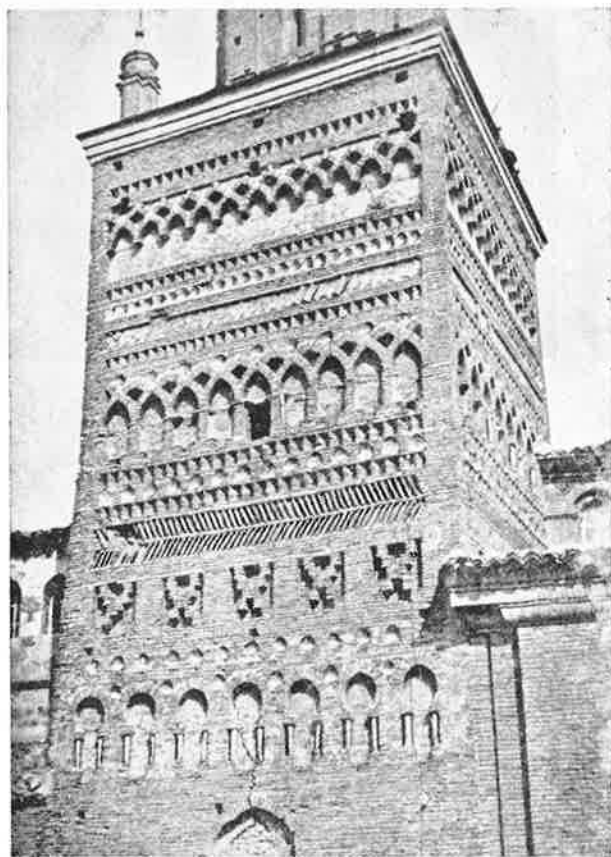


Calatayud. — Pórtico de la
iglesia de Santa María.

órgano de madera tallada mudéjar de San Pedro de los Francos y la traza general de las iglesias de San Francisco y del Santo Sepulcro, así como la iglesia de San Juan Bautista, de los Jesuítas, que tuvieron en Calatayud Seminario de Nobles y casa en la que sobresalió Baltasar Gracián, y algunas casas señoriales, como el Ayuntamiento y el Casino Principal, antiguo palacio del barón de Warsage. Debe añadirse al Calatayud pintoresco un buen número de plazuelas y callejas de los barrios de la Morería, del Cristo o de San Roque, o la posada de San Antón, la ermita de la Virgen de la Peña y las bellezas de su vega y alrededores, así como el trazado y la prestancia de la zona moderna, con jardines y paseos, y sus fiestas de la Fruta, de San Roque y la Virgen de la Peña.

Flanqueando el río Ribota están Torralba, con iglesia mudéjar del siglo XIV y muy importantes tablas góticas y un calvario en talla. Anión, con una de las más adornadas obras mudéjares de Aragón en el exterior de la impresionante iglesia y buen altar mayor renacentista, aparte de piezas de orfebrería, y Cervera de la Cañada, cuya importante iglesia gótica tiene

Ateca. — Torre mudéjar de la iglesia parroquial.



Ateca. — Detalles del fuerte árabe y torre del reloj.





Calatayud. — Azulejo procedente de la desaparecida iglesia-convento de San Pedro Mártir, con los atributos cardenalicios del más tarde Papa Luna.

muy bellos adornos mudéjares, obra de Mahoma Rami, de 1426, debiéndose añadir retablos, el púlpito, la cancela-pretil del coro y una talla románica de la Virgen.

Siguiendo el curso del Jalón, Ateca, en su confluencia con el Manubles, es una ciudad cuidada, dominada por la bellísima torre mudéjar de la iglesia, en cuyo interior sobresale la recargada y ostentosa capilla de la Virgen de la Peana. La casa consistorial es del siglo XVI, con galería de arquillos de medio punto. En Ateca se conserva un peculiar dance. En el valle del Manubles, Torrijo de la Cañada conserva dos interesantes iglesias góticas, una monumental

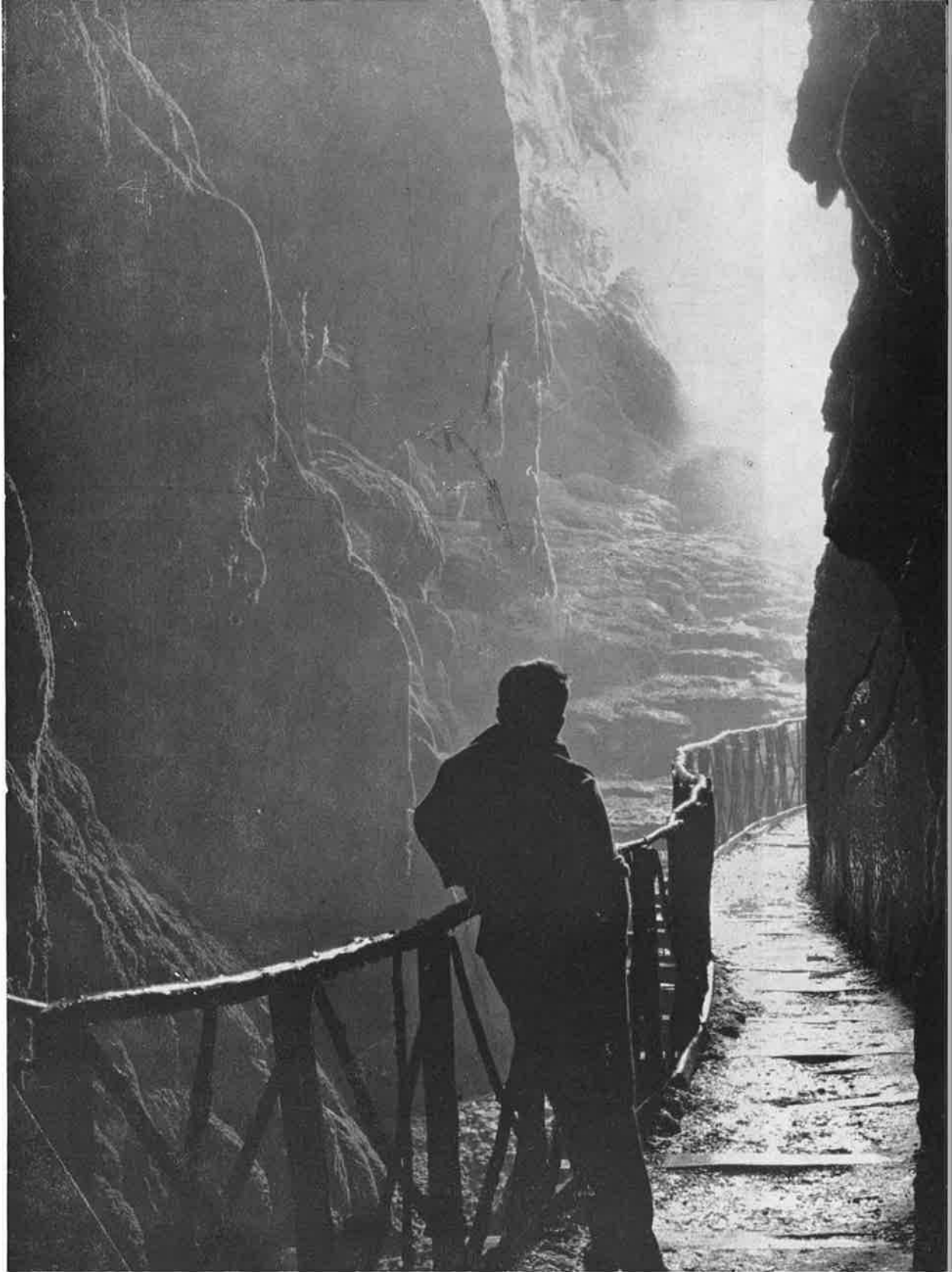


Pantano de la Tranquera.

Casa Ayuntamiento, de las mejores muestras de esta arquitectura civil en Aragón y la torre del Reloj de las antiguas murallas, y Villalengua una iglesia gótica del siglo XVI.

Alhama de Aragón, importante estación balnearia, en muy pintoresca situación sobre un boquete abierto en las rocas por el Jalón, es la antigua «Aguae Bilbilitanorum», donde los romanos utilizaban ya las fuentes termales. Cetina, junto con un palacio de grandes proporciones,

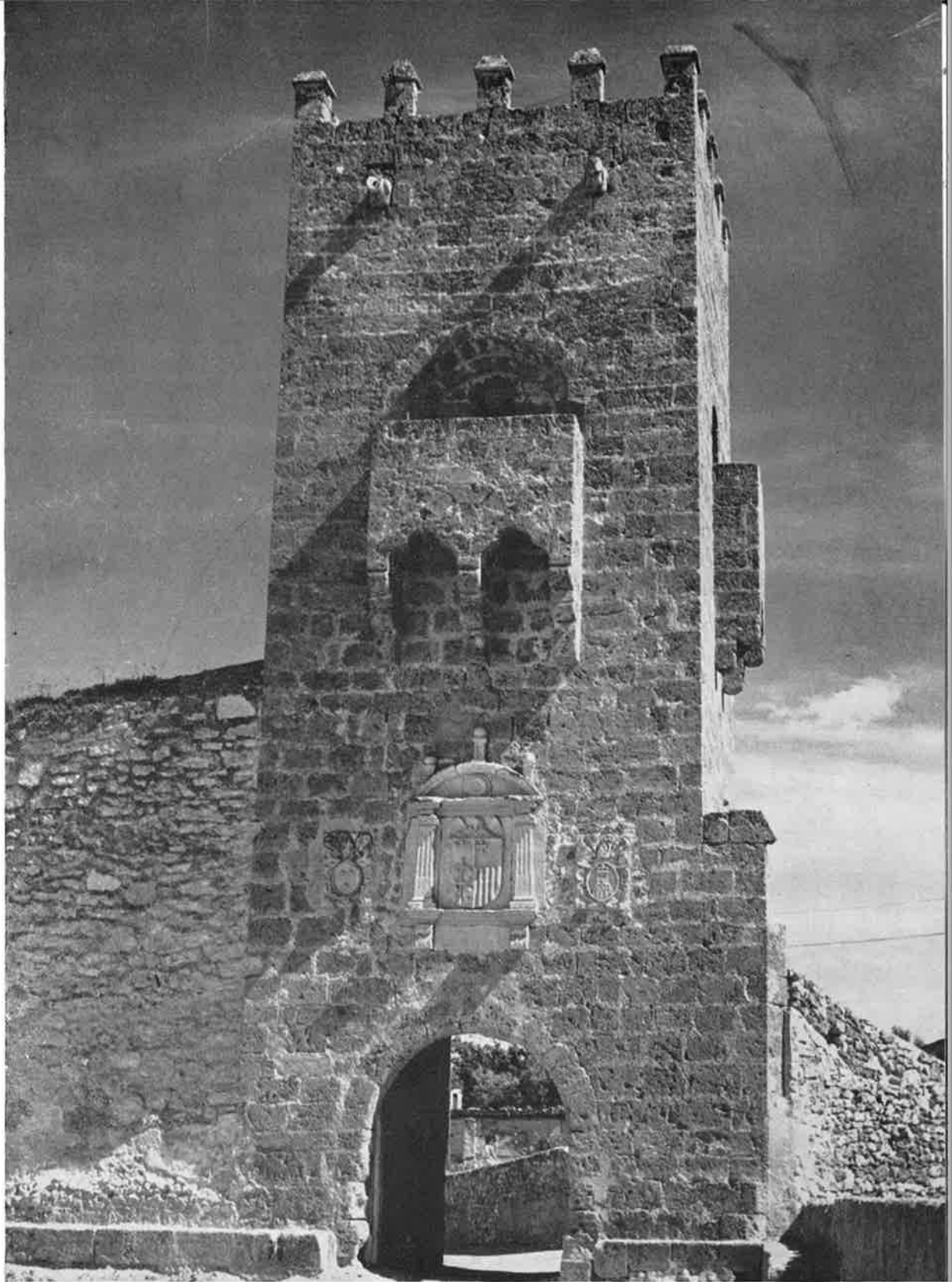
Monasterio de Piedra. — Gruta gris.





Monasterio de Piedra. — Cascada «Trinidad».

Monasterio de Piedra. — Torre del Homenaje.





Monasterio de Piedra.

conserva la interpretación de su famosa «contradanza», una de las antiguas muestras del folclore musical zaragozano. Ariza, centro de una comarca de frías tierras altas de aspecto soriano, tiene una iglesia gótica del siglo XVI, y en Monreal de Ariza se conservan los restos de la supuesta Arcóbriga, ciudad celtibérica.

Cerca de Ateca vierten en el Jalón los ríos Mesa y Piedra; ambos recorren una desolada comarca hundidos en grietas profundas, por terrenos calcáreos de una espléndida vegetación. Con las aguas de ambos se forma el amplio embalse de la Tranquera y en sus orillas están Ibdes, con gran iglesia gótica de ladrillo y soberbio altar mayor de talla policromada debido a Pedro Moreto, y Jaraba, centro balneario.

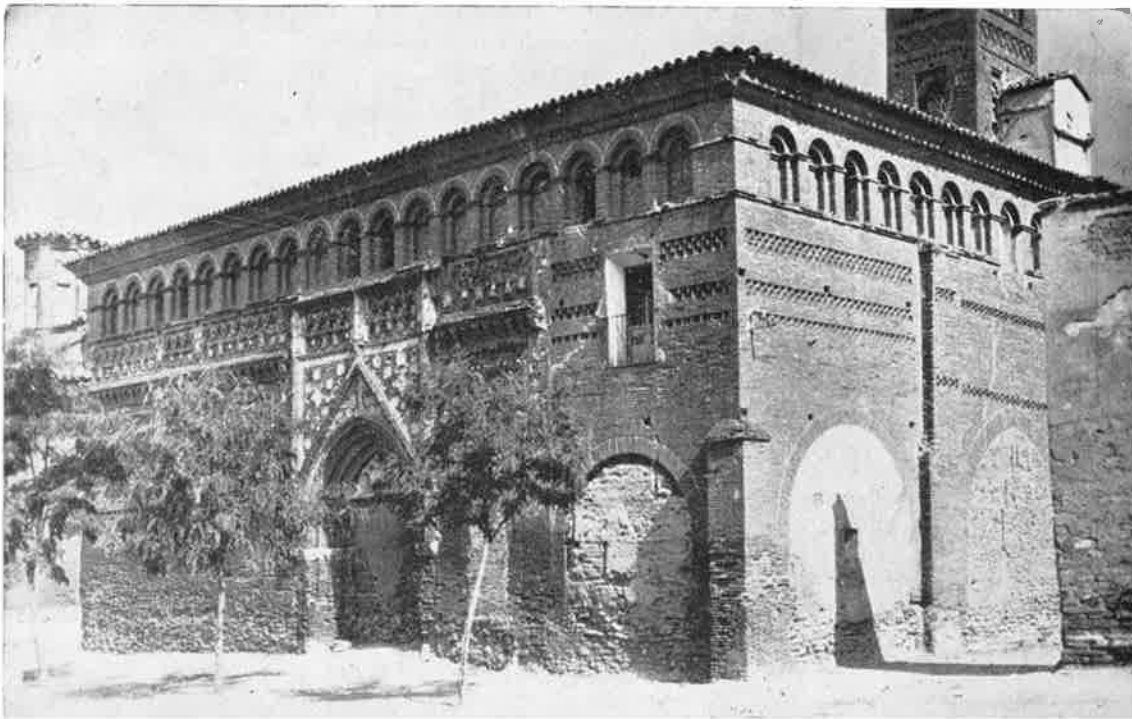
El río Piedra forma, en el término de Nuévalos, un bellissimo parque natural, con cascadas y parajes de extraordinario encanto y frondosa vegetación, siendo uno de los puntos de mayor atractivo turístico de la provincia. El lugar fue escogido por los monjes de Poblet para la fundación de un monasterio cisterciense, en el siglo XII. Quedan de él la puerta de entrada en la muralla, bajo torreón, la iglesia de transición del románico al gótico, claustro y sala capitular como los de Veruela, gran refectorio y cocina, muchas de estas estancias modificadas y rehechas.

EL VALLE DEL JILOCA

El río Jiloca, de aguas claras, curso paralelo a las sierras ibéricas y de comarca frutícola muy rica y poblada, pertenece al área del mudéjar. Tiene en Paracuellos establecimientos balnearios y una iglesia mudéjar del siglo XVI. Dentro de este estilo, los más bellos ejemplos están en Maluenda, especialmente Santa María, de arquitectura de ladrillo, de monótono exterior y puerta gótica, pero delicioso interior, obra de Muza Abd-el-Malic, con artesonados y otros elementos arquitectónicos del siglo XIV, así como excelentes retablos de los siglos XV y XVI. Idéntica, pero de proporción menor, es la iglesia de las Santas Justa y Rufina, de 1410 y decoración pintada sobre lacería y yeserías y conjunto extraordinario de retablos del siglo XV al XVIII. En la casa rectoral se guardaba otra serie importante de pinturas, muchas de las cuales han desaparecido en los últimos tiempos.

También muy importante es la iglesia de San Martín, de Morata de Jiloca, con un exterior de la mayor riqueza y vistosidad, y en la vecina ermita de la Santa Cruz un retablo del «Descendimiento del Señor», obra fundamental en la historia de la pintura aragonesa, de un discípulo de Jaime Huguet.

Morata de Jiloca. — Iglesia parroquial.





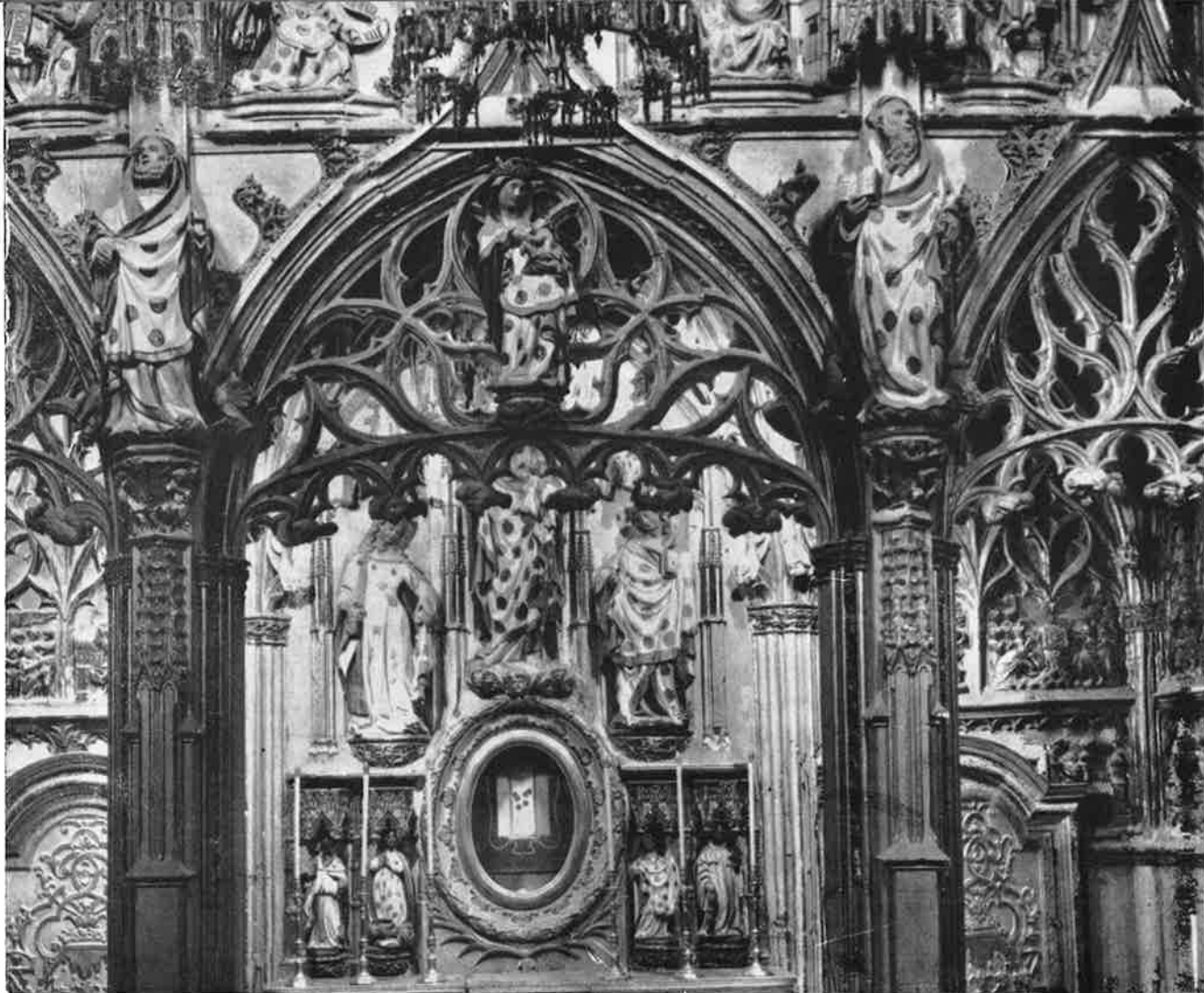
Daroca. — «Epifanía». Colegiata (siglo XV).

Menos importancia tienen los monumentos de Fuentes de Jiloca, con iglesia gótica del siglo XVI, y los escasos restos de un castillo, siendo insignificantes los de la mezquita de Villafeliche, pueblo morisco de alfareros.

Otro de los excepcionales pueblos zaragozanos, con tesoros artísticos de enorme valor, es Daroca, cabeza de una importante comunidad y ciudad clave en la reconquista de Teruel y Valencia, en cuyo camino fue importante ciudad fortificada. No sabemos si fue la ibérica Contrebia. Pertenece al crecido número de ciudades musulmanas conquistadas por Alfonso I en el siglo XII. Su situación es muy pintoresca, en el fondo de un barranco y al pie de un monte repoblado con densos pinares. Cuatro kilómetros de muralla cercan completamente la ciudad y bastantes tierras de su campo. Los muros, en gran parte de tapial, de un romántico color bermejo, se abren por dos puertas: la Baja, soberbia muestra de la arquitectura militar de tiempos de Carlos I, cuyo escudo imperial campea sobre el arco, y la Alta o Fondonera, más modesta de arquitectura, pero graciosa de aspecto. En el perímetro amurallado hay ciento catorce torreones de sillería y en la parte más alta uno dedicado a San Cristóbal, donde se celebra anualmente un festejo popular de automovilistas, en honor del Santo.

La iglesia de San Miguel es románica, del siglo XII, recientemente restaurada y embellecidos sus alrededores; tuvo importantes pinturas, hoy arrancadas y restauradas. La iglesia de San Juan, románica en un principio, conserva sólo el ábside y en él importantes pinturas; el resto, mudéjar, con arcos lobulados, está en restauración. Muy graciosa es la torre mudéjar e interesante lo que queda del ábside románico de la iglesia de San Francisco, y pueden completar el conjunto monumental la curiosa «mina» o conducto de desagüe de uno de los barrancos, obra de P. Vedel, la llamada «Casa de don Juan de Austria» y otras casas señoriales de la calle Mayor, alguna casa gótica y la «Fuente de los veinte años», del siglo XVII.

El monumento más importante de Daroca es la iglesia parroquial, de grandes proporciones y en gran parte construída en el siglo XVI, englobando una anterior iglesia románica, de la que se ha desembarazado de postizos el ábside y una parte de la nave; consagrada en el siglo XII, se amplió a compás de la difusión del culto de los Santos Corporales, primero abriendo la puerta gótica del Perdón, muy decorada, y después planteando una nueva iglesia de grandes dimensiones, a pesar del parecer contrario de Felipe II. La traza de la nueva colegiata es de severa grandiosidad y se cubre con bóveda de crucería estrellada, curiosa cúpula sobre el crucero y puerta renacentista. Se conservan en esta iglesia muchos tesoros artísticos, especialmente en la capilla de los Corporales, con numerosos relieves policromados representando la historia de la reliquia, únicos en su género, y retablo de alabastro pintado, obra singular de Juan de la Huerta. A señalar también el gran retablo de San Miguel, del maestro de Langa, discípulo de Bermejo; la imagen de la Asunción, bajo baldaquino, del presbiterio; la deliciosa caja del órgano plateresco y los relieves delicados, en alabastro, de la capilla de la Virgen del Pilar.



Daroca. — Basílica. Altar de los Santos Corporales.

Con materiales procedentes de todas las iglesias darocenses se organizó en 1939 un Museo Parroquial, para el que se estudia nuevo emplazamiento y que es el único que merece el nombre de museo en la provincia. La pieza cumbre es el relicario de plata sobredorada, del orfebre de Pedro IV, Pere Moragues, fechado en 1384, con punzón de Zaragoza; los relieves representan la «Crucifixión y la Virgen» entre el rey y doña Sibila de Fortiá, su esposa, orantes; la decoración, riquísima, se avalora con esmaltes; el viril que remata el relicario es posterior. Hay también una arqueta firmada por un tal Stephanus, un frontal románico, el soberbio retablo de San Martín, obra de Martín Bernat; un grupo de tablas de Bermejo; las del retablo de los Corporales, imágenes góticas, colecciones de orfebrería y ornamentos.

Daroca. — Basílica. Puerta principal.



Son fiestas importantes en Daroca las del Corpus, con actos religiosos y representación de teatro popular al aire libre, y la de San Cristóbal.

En la comarca de Daroca deben visitarse la iglesia de Anento, por sus cuatro extraordinarios retablos góticos; la de Villarroya del Campo, con otro excelente de la misma época, y los de Villadoz, donde hay también pinturas góticas populares al fresco, en una ermita. Retascón se presenta en el fondo de un barranco, en pintoresca situación. A una treintena de kilómetros está la laguna de Gallocanta, una de las más extensas de España, y cerca de ella, «La Salada» de Used.

En el valle del Grío, paralelo al Jiloca, hay que anotar la bella iglesia mudéjar de Tobed, con una tabla del taller de los Serra; y en el del Peregiles, Belmonte de Calatayud, patria de Gracián, conservando en su término una espectacular muralla ibero-romana, de enormes sillares, perteneciente a la antigua Segeda; su construcción fue el pretexto para el inicio de la última guerra celtibérica.

Herrera de los Navarros.
Torre de la iglesia parroquial.



CARIÑENA Y SU CAMPO

Uno de los más característicos paisajes de la provincia es el de los viñedos de Cariñena y su campo, simétricamente dispuestos sobre las llanadas rojizas, con variedades cromáticas en las tierras que van del rosado al violeta, vecinas de las blancas de La Muela y en otras ocasiones trepando hasta los montes cubiertos de matorrales verdinegros de las cumbres de la Ibérica. Supone además una considerable riqueza, explotada por cooperativas que han propagado el nombre del vino de Cariñena hasta más allá de nuestras fronteras.

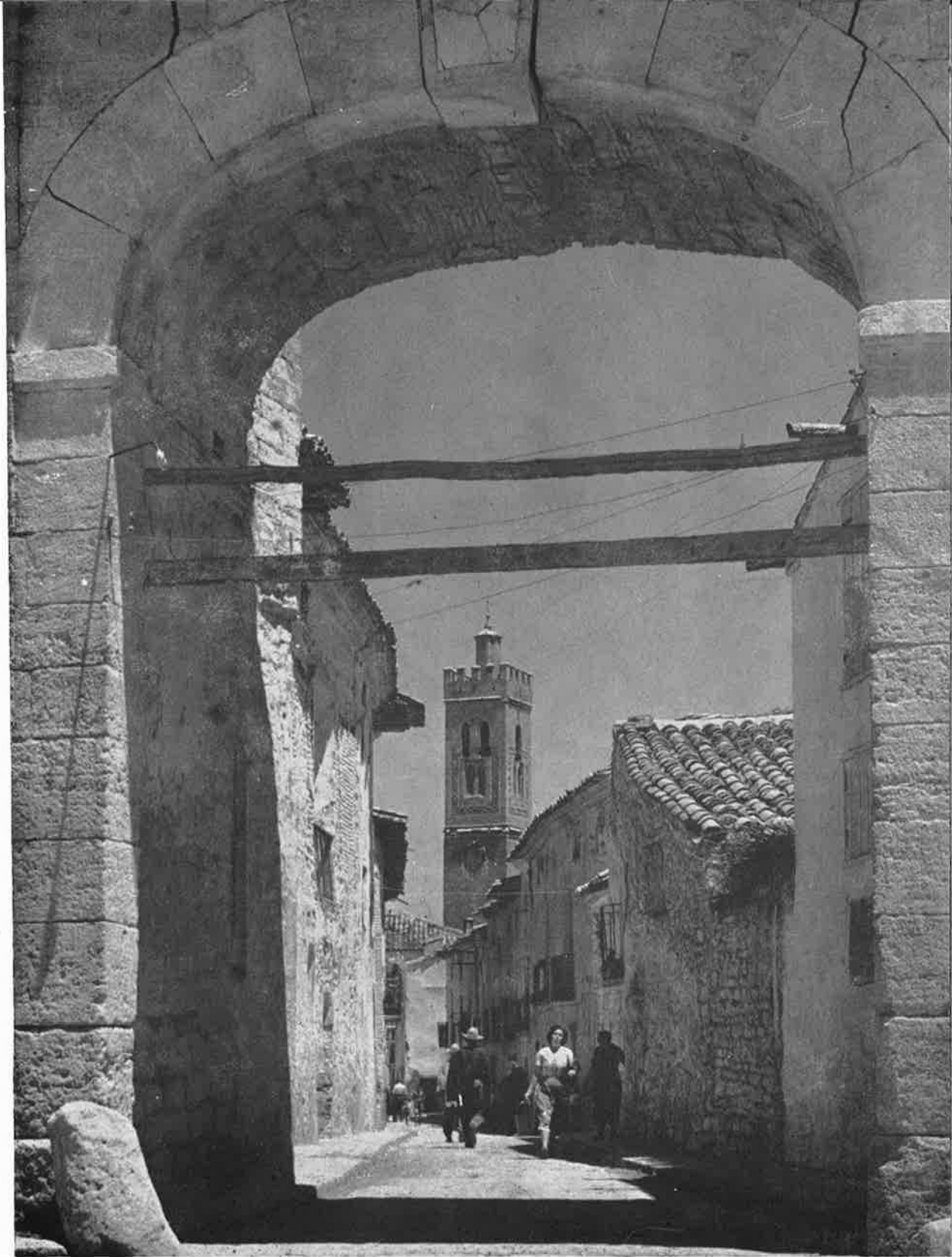
Desde Zaragoza se llega al campo de Cariñena por el valle del Huerva, cuyas aguas se embalsan en los pantanos de Mezalocha y de las Torcas, en Tosos. El valle, en su parte baja, es estrecho, fértil en el fondo y árido en las laderas, con montes blancos y a veces coronados por castillos y siempre despoblados. Uno de los más interesantes pueblos es Muel, que conserva su aspecto morisco y que se hizo famoso por sus alfarerías, resucitadas recientemente; actualmente, en la ermita de la Virgen de la Fuente, edificada junto a un murallón o dique romano para contención del Huerva, que forma un bello parque, se conservan cuatro pechinas pintadas al fresco por Goya, en su primera época, representando padres de la Iglesia.

Taller Escuela de Cerámica de Muel.





Longares. — Puerta de Valencia y torre.





Cerámica de Muel.

Zaragoza. — Fragmento de una cerámica de Muel. (Fotografía Duce-Minguez.)





Paisaje de Muel.

En Mozota y Mezalocha hay iglesias interesantes; pero sin duda la más importante de la comarca es la de Longares, pueblo rodeado aún de muros, cuya impresionante parroquia, del siglo XVI, está muy influída por las obras zaragozanas de su tiempo. Entre los numerosos retablos y tallas sobresale el Ecce Homo, del siglo XVII, de escuela granadina, atribuido a Alonso Cano. Muy interesante es la torre, del siglo XIV, indudablemente árabe y seguramente resto de la antigua mezquita.

Cariñena, en muy pintoresca situación, al pie de la sierra, cuenta con una robusta torre octogonal, de sillaría, almenada, y con un busto relicario de Santa Ana, del siglo XVI.

Encaramada a la sierra de su nombre, Paniza tiene una iglesia con gracioso exterior mudéjar muy decorado. Otros restos de interés pueden verse en Encinacorba y Tosos. Y como ejemplares muy buenos de mudéjar, las iglesias de Herrera y Villar de los Navarros.

Mainar. — Torre mudéjar.





Belchite. — Casa Consistorial y plaza.

DE BELCHITE A FUENDETODOS

Las llanuras y terrazas yesosas de Belchite tienen hoy el valor emotivo de los dos pueblos, uno, como los demás de la comarca, de adobe, mostrando lo que queda tras el asedio a que fue sometido en la Guerra de Liberación, y junto a él, un pueblo nuevo, de graciosa arquitectura, que es un monumento a la resistencia enconada del verano de 1937. Antes, la historia de Belchite se escribió por la población romana asentada en El Pueyo; una batalla ganada por Suchet a los españoles hizo que el nombre de Belchite pasara a la nómina de las victorias napoleónicas inscritas en el Arco de Triunfo de París.



Fuendetodos. — Casa natalicia de Goya y vista general.

En la comarca, Lécera, mudéjar en su poblado e iglesia, sufrió como todos los pueblos de la comarca las destrucciones de la guerra de 1936, guardándose sólo una tabla gótica. Moyuela, con el sepulcro del arzobispo Apaolaza, del siglo XVII, con decoración de calaveras y temas funerarios. Almonacid de la Cuba, con un dique romano, y Azuara, con una graciosa traza mudéjar. Cerca de Samper del Salz, el extenso pantano de Moneva.

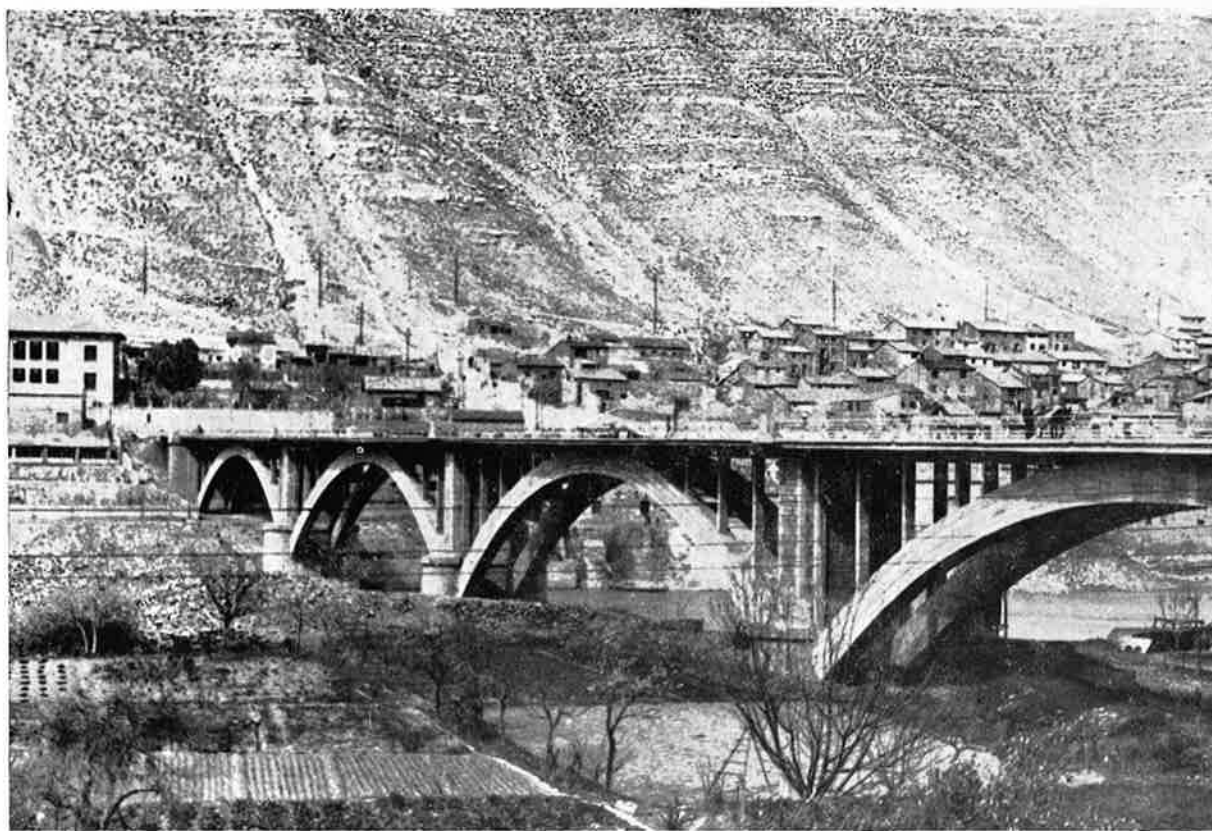
Fuendetodos es famoso por haber sido la cuna de Goya; se conserva la casa natal del pintor, convertida en museo por la familia Zuloaga y ahora restaurada y cuidada por la Diputación Provincial. Han desaparecido las pinturas juveniles del gran artista que hubo en la iglesia, hoy completamente reedificada. Junto a ella, monumento a Goya de Julio Antonio.

CASPE Y EL BAJO ARAGON ZARAGOZANO

La comarca caspolina, inmenso campo de olivos, ondulada por sierras y valles, se extiende al Este de la provincia de Zaragoza, como una alargada faja de terreno recorrido por el Ebro, que se convertirá aquí en un enorme embalse desde Mequinenza. El río lucha en toda esta zona con los primeros estribos de la cordillera costera catalana y alterna recorridos de llanura con tramos en donde corre encajonado; sobre él, en muy pintoresca situación, Chiprana, que conserva un mausoleo romano en los muros de la ermita de la Consolación y memorias de poblados de la primera edad del hierro. Otro sepulcro romano, en forma de templo «in antis», con cripta, excelentemente conservado, hay en las proximidades de Fabara. En Mequinenza, restaurado el castillo, se ha formado un abigarrado centro minero.

Caspe es centro de una zona de gran importancia prehistórica, con poblados de la primera y segunda edades del hierro y de época romana; el Cabezo de Monleón, La Tallada o Palermo,

Puente sobre el río Ebro, en Mequinenza.



Caspe. — Colegiata de
Santa María la Mayor.



La tumba de «Miralpeix».
(Enterramiento romano trasladado
recientemente a los jardines
inmediatos a la Colegiata de
Santa María la Mayor, en Caspe.)





Fabara. — Dos aspectos de la Plaza Mayor y calle de San Juan.

aparecen en todos los libros de prehistoria. A los jardines contiguos a la iglesia se ha trasladado la tumba de Miralpeix, panteón del tipo de los de Fabara, Chiprana y Sádaba, con cripta.

La iglesia, muy maltratada y destruídas las esculturas de la bellísima portada, fue escenario del famoso «Compromiso» y, restaurada recientemente, muestra aún la gracia gótica del edificio del siglo XV. Conserva el sepulcro del obispo Martín García y el del maestro Juan Fernández de Heredia y algunas piezas de orfebrería. Quedan en Caspe calles de aire antiguo, como los arcos de la Plaza Mayor, alguna casa gótica y rincones con mucho ambiente.



Monumento a Agustina de Aragón (detalle).



Camarín de la Virgen del Pilar.

Termina aquí este libro, escrito con amor, en el que hemos querido confiar a la imagen el encanto y valor de nuestras tierras, nuestra historia, nuestro arte y nuestros hombres. Apenas hemos esbozado la nómina de las bellezas y realizaciones del pasado, presente y futuro. Tal vez, y esto sería gran alegría para nosotros, el lector amigo desee saber más cosas de Zaragoza, de su historia y de sus propósitos de futuro. Si es así, queremos remitirle a algunos de los libros, más extensos y especializados, que le guiarán en el amable camino que haya de recorrer para conocernos mejor, sin propósito de ofrecerle una bibliografía exhaustiva, sino una simple guía para sus deseos.

F. ABBAD: *Guía de Zaragoza y Provincia de Zaragoza*, «Aries», Barcelona, 1952 y 1959. *Catálogo monumental de España: Zaragoza*, C. S. I. C., Madrid, 1957. *La Seo y el Pilar de Zaragoza*, Madrid, s. a.

R. DEL ARCO: *Aragón*, Huesca, 1931.

A. BELTRÁN: *España en paz: Zaragoza*, Madrid, 1964. *La jota aragonesa*, Zaragoza, 1960. *Loa de Zaragoza y su provincia. Itinerario arqueológico de Zaragoza* (en la revista «Zaragoza»). Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza, Madrid, 1964. *De nuestras tierras y nuestras gentes*, I-IV, Zaragoza, 1968-1973.

CASAS, LACARRA, ESTAPÉ: *Aragón: La Naturaleza. Aragón en el pasado. Los hombres y su trabajo. La economía*, Zaragoza, 1960.

J. GALIAY: *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, 1950.

R. ESTEBAN: *La ciudad y comunidad de Daroca*, Teruel, 1959.

J. BELTRÁN: *Historia de Daroca*, Zaragoza, 1954.

L. ESCAGUÉS: *Las Cinco Villas de Aragón*, Vitoria, 1944.

SANZ ARTIBUCILLA: *Historia de la ciudad de Tarazona*, Madrid, 1929.

M. RUBIO: *Calatayud*, Zaragoza, 1952.

TORRALBA: *Guía artística de Aragón*, Zaragoza, 1960.

J. M. QUADRADO: *Aragón*, Barcelona, 1886.

Información urbanística regional de Aragón, Madrid, 1964.

MINGOTE: *Cancionero musical de la provincia de Zaragoza*, Zaragoza, 1950.

Son legión los autores actuales o del pasado siglo que han escrito libros y artículos importantes, que aquí no podemos citar. Se consultarán con provecho las revistas «Aragón», «Zaragoza» y «Caesaraugusta», de la Institución «Fernando el Católico», y los Boletines Municipal y del Museo Provincial de Bellas Artes.



San Jorge, Patrón de Aragón.

INDICE DE LAMINAS SIN TEXTO

- Pág. 11. La Lonja.
Pág. 23. Vista aérea de Zaragoza.
Pág. 36. Río Ebro.
Pág. 38. Basílica de Nuestra Señora del Pilar.
Pág. 75. Perspectiva de la avenida de la Independencia.
Pág. 83. El Pilar, el Ayuntamiento y el Ebro.
Pág. 86. Vista aérea de uno de los ensanches.
Pág. 131. Museo de Tapices del Cabildo de Zaragoza. «Jesús ante Pilatos». Detalle del tapiz de la Pasión de Jesús (siglo XV).

Fotógrafos:

Jarke.
Coyne.
García Garrabella.
Jalón Angel.
Guillermo Fatás.
Fotografía aérea Lecar.
Duce-Mínguez.
José Casas.

Los clichés y fotocromos que figuran en esta edición son propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, Arbega, S. A., Institución «Fernando el Católico» y Octavio y Félez, S. A.

Fotografía de la Estación Depuradora de Aguas, cedida por la empresa Entrecanales y Tavora, S. A.

Ediciones del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza.

*Se terminó de imprimir en Zaragoza,
en los talleres gráficos de «Octavio y Félez», S. A.
el día 3 de febrero de 1977
festividad de San Blas.*

Depósito legal: Z - 133 - 1977

